



Enemigos

Apasionados

Cathryn de Bourgh

Enemigos apasionados-Cathryn de Bourgh-saga doncellas cautivas 1. © Enemigos apasionados-Cathryn de Bourgh 2013.

Nueva edición setiembre de 2018

Prohibida su reproducción total y parcial sin consentimiento de su autora. Todos los derechos reservados. Obra registrada en safecreative. Todos los derechos reservados. Todos los nombres, apellidos mencionados en la presente son ficticios. Nueva edición Setiembre de 2018. Edición original publicada en el mes de junio de 2013 con el título de La doncella cautiva.

La presente edición es la primera parte de la trilogía doncellas cautivas compuesta por: 1-Enemigos apasionados (la presente). 2-Pasiones salvajes y 3-El hechizo del bosque que fue publicado por la editorial Amazon publishing en diciembre de 2015.

Enemigos apasionados

Cathryn de Bourgh

Tabla de contenido

Prólogo

PRIMERA PARTE

EL RAPTO DE LA BELLA DONCELLA

SEGUNDA PARTE

El pretendiente apasionado

TERCERA PARTE

EL ARDIENTE ENEMIGO

CUARTA PARTE

LA VENGANZA DE LOS GOLFIERI

QUINTA PARTE

CARTAS DESDE EL CONVENTO

SEXTA PARTE

CAUTIVA

Prólogo

Enrico Golfieri observó a la joven que se dirigía en procesión por la plaza de Milán con expresión alerta. Todo estaba listo para vengar la muerte de su hermano Giulio a manos de sus enemigos: la casa Manfredi y sin inmutarse avanzó, seguido por sus caballeros y escuderos.

Debía impedir esa boda de los Manfredi con los poderosos Visconti y tenía todo listo para la venganza, nada le detendría. Primero raptaría a la bella damisela, luego vengaría de la muerte de su hermano en manos de los malnacidos Manfredi.

Una hermosa dama siempre era un bocado apetitoso y había oído que Isabella Manfredi, la joven novia, era la doncella más bella de la ciudad, ¡al diablo! ¿Qué importaba eso? La tendría en su lecho y la sometería a sus deseos hasta enloquecerla de miedo y luego, la enviaría de regreso con su familia. Esa sería su cruel venganza.

No tenía miedo ni era un novato, sabía lidiar con las mujeres.

Esa bella le importaba un rábano, debía ser odiosa como todos los miembros de su familia. Había visto de lejos a sus hermanas y eran feas como varones, ¿a quién le harían creer que era hermosa? Al tonto de su prometido tal vez. Solo al imbécil Giulio Visconti.

Una unión con los Visconti fortalecería a los Manfredi, y eso era lo que menos deseaban sus enemigos.

Tal vez fuera tan fea que su verga no pudiera hacerle ningún daño y se quedara flácida y avergonzada entre sus piernas. Bueno, en tal caso pediría ayuda a su amigo Galeazzo ese sí que era capaz de mantener su vara firme con cualquier mujer porque todas le gustaban. Apenas estar cerca de una dama se excitaba tanto que su miembro permanecía alerta por si acaso alguna accedía a sus deseos.

Se encaminó con sus largas piernas, largas y fuertes y con paso ligero avanzó entre el gentío. Era tiempo de tomar su caballo y esperar a que la joven Isabella Manfredi abandonara su hogar: Castello vecchio, a la orilla del río

Navigli.

Todo estaba listo para la venganza, nada podía fallar.

PRIMERA PARTE

EL RAPTO DE LA BELLA DONCELLA

La ciudad de Milán se vestía de gala y se preparaban para los festejos de la boda entre la casa Manfredi y los poderosos Visconti, estos durarían días.

Todos los ciudadanos y curiosos se acercaron a la calle solo para ver a la bella novia que pasaba cubierta con un velo custodiada por una veintena de criados robustos y fieros caballeros a su alrededor, que no hacían más que apartar a empujones a los curiosos y echar miradas torvas de advertencia a los imbéciles que quisieran acercarse.

Decían que era hermosa y querían verla y muchos jóvenes atrevidos le gritaban “bella, bellísima Isabella Manfredi” y uno de ellos recibió azotes en sus piernas por haberse atrevido a acercarse demasiado.

Decían que era hermosa pero el velo cubría su rostro, así que bien podía ser un monstruo, como sus hermanas Manfredi: gordas, de facciones varoniles, feas como el espanto, las pobres seguían la procesión con la mirada baja y enfurruñada. Sabían que solo su hermana menor Isabella se casaría ese día, ellas jamás tendrían esposo y todas estaban destinadas al convento pues sabrían que ninguna sería capaz de encontrar marido a pesar de dote que ofrecería su familia. Por eso Isabella, hermosa y de cabello color oro, era la única esperanza de la casa Manfredi.

La joven novia solo tenía quince años y estaba asustada. Había pasado ocho años en un convento donde había aprendido latín, lenguas y álgebra. Sus ojos color topacio observaron el gentío con inquietud: había muchos jóvenes observándola con una expresión que ella no entendía, pero la asustaba.

Pero ese día se casaría con el heredero Visconti porque su familia así lo había dispuesto y ella prefería casarse que vivir encerrada el resto de su vida

en un convento. En realidad, su vida en el convento había sido apacible, pero cuando cumplió catorce años comenzó a soñar con un esposo, y un bonito castillo, ser una dama de ricos vestidos y joyas.

Los escuderos y caballeros la rodeaban y sus hermanas seguían la procesión con expresiones de envidia y maldad. La odiaban, siempre la habían detestado por ser hermosa y ellas tan poco agraciadas... Como si fuera su culpa nacer bella en una familia de damas feas...

—¡Apresúrate hija! —dijo su madre.

Ella apuró el paso y se mantuvo erguida y orgullosa, no por ser bella sino por ser una Manfredi y ser además la única hija de sus padres que tendría esposo. Sus hermanas irían a un convento al año siguiente y lo sabían.

Su hermano Pierre se acercó, guapo y alegre se sentía orgulloso de tener al menos una hermana bonita que despertara miradas de lujuria por doquier. Debía cuidarla y alejarla de los peligrosos raptos, tan frecuentes en esos tiempos. Por eso la casaban con prisa sin haber visto siquiera a su novio ni una vez. Pero los padres de Giulio Visconti sí habían ido a verla para dar fe de que era hermosa. No habrían aceptado la boda de haber sido tan fea como sus hermanas.

—Hermosa doncella déjame mirarte solo una vez—dijo un atrevido doncel mientras se acercaba a ella y le quitaba el velo con atrevido ademán.

La joven gritó al sentir las manos del joven sobre ella, pero no pudo llegar más lejos y robarle un beso como planeaba pues cayó de bruces al piso y recibió una paliza de los caballeros que la cuidaban.

El incidente la dejó tan alterada que sintió deseos de llorar.

Su hermano la ayudó a colocarse el velo nuevamente mientras dejaba escapar una maldición y el gentío exclamaba: “Es realmente hermosa, es la más bella de la ciudad. Los Manfredi no mentían”.

Aturdida miró a su alrededor un instante antes de que su hermano la cubriera con su velo y la ayudara a caminar sin tropezar.

—No temas hija mía, matarán al primer atrevido que vuelva a acercarse a

ti—dijo su padre.

Isabella lo miró agradecida y su mano temblaba cuando tomó la suya para llevarla a la puerta de la Iglesia donde un gentío aguardaba para presenciar la boda entre Giuliano Visconti y la dama Manfredi.

Lo vio a la distancia y notó que era un joven alto y de semblante agradable, y vestía con sobriedad y elegancia. Sus ojos la observaron con ansiedad y temor. Su padre le había asegurado que era hermosa pero luego de ver a sus futuras cuñadas sentía pavor de que Isabella fuera como ellas. Y hablando con su sirviente le había rogado que le quitara el velo a la novia, pues temía que su familia pretendía engañarlo, y se juró que la encerraría en una torre si descubría una dama horrenda como las damas de su familia. El resultado fue nefasto para su criado por la paliza que recibió de los guardias de la novia, pero muy positivo para él que pudo observarla a la distancia y contemplar embelesado sus rasgos delicados y su figura esbelta y femenina.

Ahora la joven novia avanzaba temblorosa pero emocionada al saber que su marido sería guapo y muy rico: un Visconti, la familia más importante del ducado de Milán. “¡Qué afortunada era!” Pensó y mientras se disponía a subir los escalones de mármol un grupo de jinetes inundó las calles y rodeó a la bella Manfredi matando a criados y caballeros que intentaron defenderla del feroz ataque.

La multitud observaba el espectáculo entre risas y gritos, creyendo que tal vez era una chanza, una broma de la familia del novio; pero al ver que muchos jóvenes escuderos caían muertos cubiertos con la sangre de sus tripas, el gentío se alejó asustado.

Nadie pudo ayudarla, y la pobre dama quiso correr, pero un joven alto la atrapó y otro le frenó el paso y lo primero que hicieron fue arrancarle el velo. La belleza rubia y radiante de la novia los dejó deslumbrados, esa no podía ser hija de los Manfredi, debía ser una parienta o una amiga. Era hermosa y delicada, femenina. Tal vez ni siquiera fuera de ese país.

—¿Eres Isabella Manfredi, hermosa damisela? —preguntaron.

Ella los miró desafiante.

Pudo engañarles, pero estaba muy orgullosa de ser una Manfredi y no la negaría, aunque esos rufianes la mataran en ese acto.

—Así es y si no me soltáis enseguida vuestras cabezas colgarán mañana del sendero: ¡palurdos imbéciles! —les gritó furiosa.

No estaba asustada, les hacía frente y a juzgar por su bravo carácter sí era una Manfredi. Las mujeres de esa familia eran casi tan belicosas como los hombres: intrigantes, chismosas, y con una lengua de víboras.

Pero esa era hermosa, como sapo de otro pozo. ¿Quién habría engendrado a esa hermosa criatura? Porque su madre era horrenda y su padre también.

—Muy bien preciosa, entonces si eres la novia Manfredi deberemos llevarte—anunciaron con calma.

—No me llevarán a ningún lado—chilló la joven y uno de ellos recibió un puntapié y el otro un empujón, la jovencita era brava como todas las de su sangre y no fue sencillo atraparla y amordazarla pues se echó a correr como una gacela entre el gentío mientras la muchedumbre de ciudadanos gritabas y aguardabas más emociones sangrientas ese día.

Isabella se abrió paso entre los curiosos y corrió hacia la Iglesia, su novio la esperaba allí y la ayudaría, estaba segura.

Pero un nuevo grupo de enemigos le cerró el paso cuando se proponía llegar a destino y finalmente fue atrapada y envuelta en una capa como si fuera una fiera peligrosa y atada de pies y manos mientras pateaba y gritaba.

El novio observó la escena, horrorizado, y demasiado asustado para intentar defender a su desdichada prometida Manfredi, y solo lamentó que en el instante en que descubría al fin a su hermosa novia le era arrebatada por un grupo de salvajes rufianes, y la guardia de su casa no pudo evitar que se la llevaran. Y cuando su conciencia lo llamó mozalbete cobarde y su tío le gritó “ve por ella” y tuvo suficiente coraje para correr a auxiliarla como era su deber, recibió un palo en la cabeza que lo dejó tendido y desmayado en el piso.

Horas después la novia raptada llegó a un bosque sombrío y oscuro. Iba montada en la grupa de uno de los escuderos villanos, y este no había dejado de mirarla y al saber que pronto deberían dejar a la bella dama en su cautiverio acarició su cintura y besó su cuello despacio solo para sentir ese perfume de flores tan suave. Ella quiso apartarle, pero tenía las manos atadas y solo pudo mirar a su alrededor en busca de ayuda, pero no vio a nadie. El bosque parecía desierto, silencioso... Solo se oían los cascotes de la comitiva de rufianes.

Y de pronto sintió sus manos rodeando su cintura apretándola contra su pecho y se movió furiosa y asustada.

—Déjala Giacomo, será para Enrico y no le agrada saber que tocaste a la Manfredi antes que él—dijo un joven de cabello oscuro y mirada ceñuda.

—Es muy bella, quiero tenerla ahora—insistió el joven.

—No puedes tocarla, se ha desmayado estúpido, despiértala imbécil. Enrico la quiere para él y si la tocas lo lamentarás—insistió Fulco hermano del mencionado.

Cuando Isabella despertó iba montada al caballo de un jinete, con las manos atadas y una mordaza en su boca.

Sus raptos no dejaban de mirarla y reírse de ella, comentando que era bonita, pero con el genio endiablado de las brujas Manfredi.

—Nuestro señor Enrico es afortunado, tomará a la única Manfredi que no es un monstruo—dijo uno de los caballeros.

Ella los miró furiosa y asustada, sabía lo que significaba “ser tomada” y se preguntó quién sería se Enrico, amo de esos canallas. Todos recibirían su merecido, su familia sería alertada de inmediato y ninguno podría salvar su pescuezo. Solo rezaba para que llegaran a tiempo.

De pronto observó el paisaje y suspiró, el bosque se hacía espeso y sombrío, ¿a dónde diablos la llevaban? ¿Pedirían un rescate o acaso simplemente querían vengarse?

Su familia tenía muchos enemigos, demasiados y en los últimos años había

protagonizado sangrientas vendettas. Ella había estado en un convento educándose así que no sabía mucho del asunto más que por los comentarios de sus hermanas mayores.

La visión de ese castillo negro en medio de un bosque la llenó de angustia. Era valiente, pero sabía que estaba a merced de esos hombres y que podían hacerle cosas horribles. Ellos o su señor. Porque la habían raptado siguiendo sus órdenes.

Rezó en silencio a pedir ayuda al señor para que la salvara del difícil trance que la esperaba.

—Bueno, hemos llegado, nos libraremos de esta carga y regresaremos— dijo uno de ellos señalando a la joven.

—Oh, yo me quedaré, tal vez pueda compartir un poco de cama y disfrutar los despojos del banquete —dijo otro dirigiéndole una mirada atrevida.

Ella no entendió la chanza de lo contrario se habría horrorizado de su significado.

El joven que la llevaba la miró con torvo semblante.

—Le aflojaré un poco las cuerdas si promete no escapar—le dijo.

Ella asintió incapaz de pronunciar palabra.

El doncel le quitó la horrible capa que la dejaba prensada como un jamón y solo ató sus manos con suavidad mientras un criado se llevaba su caballo y otro caballero de noble semblante la escoltaba respetuoso hasta su destino.

De pronto sintió sus miradas y cierta vacilación en su torvo gesto. ¿Qué demonios estaría pensando? ¿Acaso estaría arrepentido de su mala acción?

El cabello de la joven caía como cascada a ambos lados y pasaba sus hombros. Lacios, brillante y del color del oro parecía una madona de un retrato de la capilla Sixtina, bella y etérea, sus rasgos eran delicados y perfectos. Y ese joven doncel la miraba embelesado y tal vez la ayudaría a escapar...

Isabella había visto esa mirada una vez, en una ocasión un joven escudero había pasado por su ventana en su caballo, a media tarde y se había quedado

prendado de su belleza y le preguntó su nombre. Ella huyó sin responderle, pero jamás olvidaría la expresión soñadora del joven contemplándola desde la calle.

Y notó que el caballero que la escoltaba la cuidaba del resto y en ningún momento la dejaba sola, excepto cuando fue a hablar con su señor.

Enrico Golfieri lo recibió en el solar principal.

—¿Me has traído a la bella Manfredi, Ercolano?

—Sí, lo he hecho mi señor conde, pero le ruego que... No sea cruel con ella, es... Una chiquilla.

Esas palabras causaron estupor en Enrico.

—¿Una chiquilla? ¿Qué quieres decir con eso? —dijo.

—Es muy delicada y muy tierna... Quiero que me prometa que no le hará daño.

Enrico miró a su primo sorprendido “¿Qué diablos le estaba diciendo ese primo suyo?” pensó.

—Oh, esa Manfredi te ha embrujado y espera seducirte para que la ayudes a escapar, una astuta harpía, como todas las de su casa.

—Yo jamás traicionaría a mi familia Enrico, pero esa pobre joven está muerta del susto y te ruego que no le hagas daño.

Enrico se acercó a su primo con una sonrisa torva.

—Es mi venganza prima, no la tuya, fue mi hermano al que mataron por eso puedes mostrarte tierno y sentimental.

Y sin más ordenó que le trajera a su prisionera.

Isabella avanzó con paso firme, con toda la dignidad de una Manfredi sin demostrar el terror que aquejaba a su corazón en ningún momento.

Se detuvo frente al amo de los rufianes en el lugar más luminoso del salón y el joven la observó perplejo pensando que debía estar viendo visiones. La figura hermosa y esbelta de la joven: su cabeza, la dorada cabellera como un manto, brillaba como una imagen sagrada y etérea en un rostro redondo y rosado de facciones delicadas. Los ojos de mirar sereno color cielo lo

observaron con sorpresa y temor, la nariz pequeña y los labios rojos... Parecía un ángel, esa joven no podía ser Isabella Manfredi. Alguien le había jugado una broma, o esos imbéciles habían raptado a la joven equivocada.

—¿Sois Isabella Manfredi? —preguntó dudando.

El vestido que lucía la joven estaba bordado en piedras y lucía un rosario de oro y un anillo en su dedo. Además, lo miraba con orgullo sin bajar la mirada.

—Sí, lo soy. ¿Y vos quién sois, señor? —preguntó desafiante.

Enrico no le respondió y simplemente se quedó recorriéndola con la mirada. Era hermosa y perfecta y ahora comprendía las palabras de su primo y las bromas de sus criados.

—Enrico Golfieri bella dama, encantado de conocerla y de raptarla—dijo haciéndole una reverencia mientras la miraba burlón con esos ojos de un tinte azul oscuro.

La mención de ese nombre le provocó un sobresalto, eran acérrimos enemigos de su familia desde cientos de años y aunque en varias ocasiones fueron castigados por sus querellas los episodios de paz duraron poco tiempo. Nunca los había visto, pero eso no era extraño, luego de su regreso del convento pasaba el día encerrada y solo salía para asistir a misa todos los domingos.

Observó a su enemigo con curiosidad. Era muy alto y delgado y lucía calzas negras y un jubón y una camisa justa como solían llevar los condotieros. Su cabello era oscuro y sus rasgos afilados, comunes en esas tierras, excepto por los ojos, inesperadamente azules, de un tinte oscuro muy raro de verse, que resaltaban por las pestañas y las cejas negras como su cabello.

—¿Ha oído hablar de los Golfieri, damisela? —preguntó él mirándola con intenso deseo.

Disfrutaba atormentándola, era la hija de su peor enemigo, pero le gustaba y disfrutaría especialmente de su venganza. Muy pronto la tendría en su lecho y la sometería a su indomable lujuria.

—Usted es enemigo de mi casa, signore. Mi padre dijo que... Todos vosotros sois crueles como demonios y deformes como ratas malnacidas—la joven sentía sus miradas en ella y temblaba mientras pronunciaba esas palabras.

—¿De veras? Pues como ve no somos deformes ni demonios, solo defendemos a los nuestros y su familia mató a mi hermano mayor a sangre fría. Ahora he ocupado su lugar y planeo vengar su muerte y destruir a su familia hasta que no quede uno vivo dama Isabella.

—No podrá hacerlo, mis parientes darán cuenta de usted y de sus familiares, si me hace daño no habrá lugar donde pueda esconderse señor Golfieri.

Sus palabras eran una provocación y acercándose a la dama la atrapó contra su pecho y la miró con odio y deseo. Isabella quiso gritar asustada pero no pudo hacerlo porque ese demonio enemigo cubrió su boca con un beso introduciendo su lengua en ella. El sabor de su boca y de su piel embriagó sus sentidos y la excitación de su miembro fue instantánea y en poco segundos su vara era firme como una roca mientras apretaba el cuerpo suave de la hermosa dama contra el suyo.

Isabella nunca había estado en los brazos de un hombre de esa forma y se estremeció de horror al comprender lo que planeaba ese demonio y solo pudo forcejear y apartarle furiosa para descubrir que su adversario era muy fuerte y podría tomarla cuando se le antojara y sin esfuerzo.

Pero todavía no lo haría, la atormentaría un poco más. Y sujetando sus muñecas para que no pudiera golpearle la miró con sorna sin dejar de sonreír.

—Isabella Manfredi es usted mi cautiva ahora y la tomaré las veces que yo desee y luego la regresaré a su familia. Satisfaré mi sed de venganza en usted y su familia maldecirá el día que mató a mi hermano—dijo sin piedad.

Ella lo miró horrorizada y mientras forcejeaba se juró que no derramaría una sola lágrima y que se defendería como una gata cuando ese hombre intentara tomarla por la fuerza, pero estaba asustada, aterrada y Enrico vio

esos bellos ojos color cielo llenos de rabia y cubiertos de lágrimas.

Pero no la tendría en esos momentos, la haría sufrir un poco más, quería ver a esa altiva dama Manfredi suplicándole piedad antes de apoderarse de ella como pensaba hacerlo, sin prisa y disfrutando cada segundo acariciando su bello y esbelto cuerpo de doncella...

Al verse libre, Isabella hizo un gesto de rabia y huyó, pero unos caballeros le cerraron el paso y la joven doncella se detuvo y los miró sin saber quién la asustaba más: ese joven Golfieri o sus sirvientes.

—Lleven a la cautiva a su celda, y que nada le falte, será mi huésped por algún tiempo—dijo ese demonio a sus espaldas.

Isabella abandonó la habitación aliviada.

Esa noche se hincó a rezar desesperada, el señor la salvaría, había pasado tantos años en el convento, no podía abandonarla en ese lugar. Ni sus familiares... Oh sabía que la encontrarían y darían cuenta de ese joven necio que se había atrevido a raptarla.

Pero estaba exhausta y las rodillas le dolían por estar hincada rezando así que decidió tenderse en ese camastro.

Días estuvo encerrada sin verle, y la joven lloraba al quedarse sola porque temía que ese Golfieri entrara de un momento a otro para cumplir sus amenazas. No hacía más que rezar y aguardar angustiada esperanzada en que sus parientes fueran a rescatarla, pero a medida que pasaban los días temía que eso no ocurriera jamás.

Enrico Golfieri entró en su habitación esa noche, y la encontró profundamente dormida.

Se detuvo a contemplar las suaves líneas de su cuerpo a través del vestido ligero color blanco.

No podía ser una Manfredi, al menos sería la perla entre las brujas.

Y era rubia, de un tono dorado brillante casi rojizo, como una hechicera.

Sus parientes le habían animado a llevar a cabo su venganza con la sabrosa cautiva esa noche y él bebió dos copas llenas de vino para darse

ánimo.

Había cortado pescuezos, destripado enemigos y envenenado a un Manfredi en una ocasión, pero nunca había forzado a una mujer. Todas solían rendirse sin demasiado esfuerzo. ¿Cómo sería atrapar a esa bella cautiva y arrebatarle el vestido y recorrer su cuerpo con caricias?

Porque primero debía tocarla...

Siguiendo un impulso acarició su cabello y su mejilla sintiendo un deleite extraño, era tan suave y delicada. Tenía suerte, llevaría a cabo su venganza sintiendo mucho placer al hacerlo.

Ella abrió los ojos y lo vio: al malvado Golfieri mirándola de forma extraña.

Se cubrió con la manta y le gritó encolerizada y asustada:

—¿Cómo se atreve a entrar en la habitación de una dama? Márchese en seguida—le ordenó como si fuera un criado.

Enrico rió tentado.

—Este es mi castillo donna Isabella y usted mi cautiva, puedo hacer lo que me plazca aquí y en esta celda—le respondió.

La doncella enrojeció haciendo que sus ojos celestes se vieran más luminosos.

—Pues primero deberá matarme antes: ¡despreciable Golfieri! —le respondió.

—Mida sus palabras, chiquilla, no olvide que es mi prisionera y podría perder la paciencia y hacerle mucho daño ahora mismo—dijo su raptor mirándola con una mezcla de rabia y deseo.

—Usted no me hará nada, no es más que un cobarde como todos los de su familia. Y si acaso se atreve a hacerme daño signore, le aseguro que los Manfredi se lo harán pagar con su vida.

Esas palabras lo enfurecieron y atrapando a la diablesa Manfredi la tendió en la cama sujetando sus manos para que no pudiera arañarle. Y mientras la retenía en su poder la miró furioso.

—¿De veras cree que no sería capaz de hacerle mucho daño con mi vara, bella damisela? Claro que lo haré, ¿para qué diablos cree que la traje aquí? ¿Para que diera un paseíto antes de casarse? La he raptado para vengarme de toda su familia, no solo impedí esa boda ventajosa, sino que impediré que vuelva usted a casarse con nadie más. ¿Quiere ver cómo me atrevo a cumplir mis amenazas ahora donna Isabella?

Ella lo miró furiosa y desafiante, no se rendiría, no le suplicaría solo buscaría la forma de confundirle.

—Si algo me ocurre mi hermana María ocupará mi lugar, no podrá arruinar el matrimonio con el signore Visconti. Pero si me hace algún daño mi familia no descansará hasta que su cabeza cuelgue en una pica en las murallas de la ciudad.

—¿Esperáis asustarme con eso, bella damisela?

Al estar tan cerca de la joven sintió el aroma de su piel, de su cabello perfumado con agua de rosas y toda su rabia se esfumó transformándose en deseo. Un deseo sensual y latente, el de tener a esa hermosa dama rendida bajo su peso, domada y ansiosa de recibirle en su delicioso rincón.

Pero eso no ocurriría ahora, y su trabajo para domar a esa fierecilla sería arduo...

Isabella estaba aterrada, pero procuró mantenerse fiera y desafiante, nunca un caballero se había subido encima de ella como lo hacía ese tunante y se preguntó si realmente sería capaz de hacerle daño o solo quería atormentarla.

Sintió sus besos en su cuello, y sus manos la acariciaron con atrevimiento y ella lo mordió demostrando que era brava y no podría tomarla sin que clavara en él sus dientes y uñas.

Enrico gritó de dolor. Era la primera vez que una dama lo mordía, pero no estaba enojado, solo divertido al ver ese rostro blanco enrojecido de furia mientras sus ojos eran como dos llamaradas de fuego salvaje.

Y sosteniendo sus muñecas la miró y rió.

—Oh, vaya que eres brava Isabella Manfredi, por fuera eres una Madonna,

pero por dentro eres una fiera que hace honor a la sangre que lleva—le dijo y observó como subía y bajaban sus pechos redondos y la piel del cuello tan blanca y suave...

—Si usted me hace daño lo llenaré de mordidas Enrico Golfieri, no crea que podrá tenerme sin sufrir ningún daño.

Sus amenazas no lo asustaron demasiado.

—Bella doncella cautiva, cuando decida tomarla la ataré de pies a manos y pondré una mordaza en su boca para que no pueda morderme, se lo aseguro —dijo yo se alejó de la joven de forma inesperada, despacio, sin dejar de mirarla.

Esa noche no podría hacerlo y lo sabía, pero mañana sí lo haría solo que antes debía embriagarla o dormirla, pues sabía que sería incómodo atarla como había amenazado.

Ella lo vio alejarse aturdida pero aliviada, agradecida de que la hubiera dejado en paz.

Oh, ¿dónde diablos estaban sus familiares? ¿Por qué no la habían rescatado todavía? No podían dejarla a merced de ese loco ni de sus parientes, pues sospechaba que ese castillo estaba repleto de Golfieri y que no solo ese malvado le haría daño. Se volvería loca si eso llegaba a ocurrirle.

Isabella lloró mientras se cubría con la manta de pieles, observando su vestido roto y los brazos con marcas rojas que ese demonio le había dejado. Luego pensó que nadie sabía que habían sido los Golfieri, fueron con el rostro cubierto como bandidos a buscarla.

En la soledad de su celda la joven lloró hasta quedar exhausta y se durmió después de rezar sus oraciones y pedir al señor que la salvara de un destino tan cruel.

En el castillo Vechio de la familia Manfredi reinaba el caos. Habían raptado a su hija Isabella casi a los pies de la iglesia cuando iba a casarse con Giulio Visconti y no tenían consuelo.

El novio y sus familiares la habían buscado en vano, pero solo supieron

que se la habían llevado un grupo de feroces caballeros y siguieron rumbo al Sur.

Donna Manfredi no hacía más que llorar y lamentarse. Nadie podía consolarla, su pequeña hija, oh, el señor no podía permitir un horrible raptó.

¡Quién sabe qué cosas horribles debería estar soportando la pobrecilla en manos de esos bandidos! No se atrevía siquiera a imaginarlo.

Su esposo llegó en esos momentos con expresión sombría, echando maldiciones.

—Pietro ¿has sabido algo de nuestra hija? —preguntó Beatrice Manfredi.

El hombre se sentó, con expresión torva y cansada.

—No la hemos encontrado mujer, estoy furioso, no recibimos mensaje ni pista... Temo que esto sea una venganza de nuestros enemigos Golfieri.

—¿Los Golfieri? ¡Dios mío! Esos bellacos matarán a nuestra pobre hija, debes encontrarla Manfredi.

—Envié a mis hombres al castillo negro a espiar, pero tardarán horas en llegar y tal vez no puedan entrar en ese recinto sombrío. Nos culpan de la muerte de su primogénito, siempre nos han culpado de un crimen... Ese joven murió envenenado, cualquier enemigo de esos Golfieri pudo hacerlo. Son temidos y odiados en todo el ducado.

—¿Y Giulio Visconti?

Su marido palideció.

—Ha desistido de la boda Beatrice, dijo que no tomará por esposa a una joven raptada y deshonrada por unos bandidos.

Beatrice no dijo palabra, lo que más temía había ocurrido, pues no había peor deshonra para una familia que una de sus hijas fuera raptada. Y debió tomar a la más bella y joven, a la más buena de sus hijas... Beatrice lloró, adoraba a esa niña rubia como un ángel y había estado tan contenta de que hiciera un matrimonio tan brillante con los Visconti. Su pobre Isabella...

—¿Y crees que acepte a María en su lugar? —preguntó poco después esperanzada.

No podían perder una unión tan brillante.

—Claro que no lo hará tonta, ¿crees que querrá desposar a una joven tan fea como María? Pronto las enviaré a un convento, he esperado demasiado tiempo para encontrarles un esposo y ninguno se ha interesado en ellas.

Su esposa no dijo nada, pero sus hijas que escucharon a la distancia lloraron desconsoladas. Tristes destinos habían tenido: nacer tan feas y que ningún hombre las quisiera de esposa a pesar de tener sangre Manfredi en sus venas.

—Bueno, al menos no deberemos soportar que esos rufianes nos tomen como a nuestra pobre hermana pequeña—dijo la mayor, llamada Giuliana con un con gesto torvo.

Una de ellas se escandalizó de oír esas palabras.

—¿Crees que la hayan...deshonrado?

—Por supuesto idiota, ¿para qué diablos se la llevarían sino? La habrán violado todos sus captores y tal vez la pobre esté muerta o loca de susto. ¿Os imagináis lo que habrá sufrido nuestra pobre hermana Isabella? Agradeced que no os llevaron también porque sufrir un ultraje es lo peor que puede ocurrirle a una dama de noble cuna.

—Pobrecita.

Todas hicieron silencio. Siempre habían envidiado con rabia y dolor la belleza de su hermana menor, hermosa y rubia, mientras que ellas eran feas y de facciones poco delicadas. Los donceles morían por Isabella, pero su padre la mantenía alejada y confinada en el castillo vechio. Y ahora veían que había sido esa belleza la causante de su ruina y se alegraban de no haber sido ellas.

Esa noche en el solar principal el matrimonio y sus hijas cenaron en silencio como si estuvieran de luto. Pietro Manfredi sospechaba de los Golfieri por supuesto, pero no eran sus únicos enemigos y la familia Visconti sugirió que podía tratarse de los De la Torre, enemigos acérrimos de la familia Visconti.

Lo difícil era escoger quién de sus enemigos había cometido el bárbaro

acto raptando a la joven y no era sencillo.

El rastro de Isabella no los llevaba a ninguna parte y no habían recibido mensaje alguno exigiendo rescate.

Su esperanza era recuperarla viva, pero si se trataba de una cruel venganza como temía Pietro Manfredi, entonces su hija estaba perdida para siempre. Solo les quedaba rezar y seguir esperando.

Estaba harto de esa riña intestina, de que los Golfieri clamaran venganza.

¿Es que nunca terminaría esa horrible querrela? Su pobre hija raptada... Frente a la Iglesia, ¿sería posible que esos malnacidos no respetaran nada?

Ahora debía calmar a su familia y tener fe en que encontrarán a su hija.

Isabella bebió el vino mientras cenaba sin sospechar que contenía una sustancia que la dejaría con los sentidos embotados por un buen rato.

Era necesario para dominar su genio y así lo había planeado su raptor.

A fin de cuentas, para eso la había raptado.

Luego la enviaría de regreso a su casa con una carta ruin y nefasta contando lo que había hecho y estampando el sello de su familia.

Porque era lo que se estilaba en las venganzas.

De nada servía hacer un mal si nadie se enteraba de ello.

—Enrico, tal vez necesites ayuda amigo—dijo su primo Giovanni.

El joven lo miró furioso.

—Ni te atrevas, nadie tocará a la cautiva. Es mi venganza, no la vuestra.

—Bueno, sería mejor venganza si la compartieras con nosotros una noche—insistió el atrevido.

Enrico lo amenazó con un puño.

—¡Ni se te ocurra, bandolero del diablo! Ninguno de ustedes tocará a la Manfredi, sentirá el terror y el odio en mis brazos. Y mataré al que intente tomarla después—exclamó.

Sus primos bromearon.

—¡Oh miren nuestro primo Enrico se ha enamorado de la brava Manfredi...!

—O tal vez no se anime a tomarla y sea ella quien termine dándole una paliza. Cuídate la espalda prima: podría clavarte un puñal, es lo que hacen los de su familia.

Las burlas lo enfurecieron y tras vaciar su copa se marchó, dispuesto a llevar a cabo su cometido esa misma noche.

Debía hacerlo y demostrar que era un Golfieri maschio y le daría una lección a esa pequeña insolente Manfredi, hija de su peor enemigo.

Al entrar en la celda encontró a la joven dormida.

Se acercó cauteloso por si acaso intentaba defenderse...

Dormía tan profundamente que parecía muerta. No podía ser... Se había vaciado la copa la signorina y había caído en un sopor del que no podía despertarla. ¡Vaya contratiempo!

Su plan había salido exactamente al revés y cuando todos aguardaban afuera para felicitarle debió admitir que estaba tan dormida como una marmota y en ese estado era imposible llevar a cabo ninguna venganza. Porque quería que estuviera despierta y aterrorizada con sus caricias lascivas.

Sus primos y amigos se miraron y rieron a carcajadas.

—Tal vez deberías enviarla a un monasterio Enrico, seguro que allí encontrará algún cura más hombre que tú, o menos tonto.

—¡Cállate Giacomo o juro te rebanaré el pescuezo!

Enrico se alejó furioso sin poder soportar más las burlas de sus parientes.

Pero no esperaría a la noche siguiente, la atraparía antes.

Isabella se había cambiado el vestido luego de darse un baño en el tonel que le había llevado una criada.

No tenía espejo donde mirarse, pero las criadas peinaron su cabello admirando su brillo y suavidad y lo trenzaron con mucha habilidad.

Ella se quedó mirando el trozo de cielo que se veía desde la tronera. ¿Hasta cuando la tendrían en esa horrible celda?

Un sonido en la puerta hizo que perdiera la calma que había logrado con ese baño refrescante.

Era su raptor y tuvo la absurda esperanza de que hubiera cambiado de parecer.

—Buenas tardes, donna Isabella—dijo y la visión de la joven con el cabello trenzado y la expresión serena capturó su atención un instante. Estaba hermosa... Oh, sería delicioso desarmarle esas trenzas y quitarle el vestido lentamente.

—Usted debe liberarme signore, debe hacerlo, tengo un mal presentimiento ¿sabe? —dijo ella distraendo su atención.

—¿De veras?

—Sí... Escuche, temo que su cabeza y la de sus amigos está en mis visiones... Las veo una a una, colgadas en las troneras del Castello vecchio—dijo.

Enrico sonrió.

—Mi cabeza no estará allí, donna Manfredi—dijo y avanzó lentamente hacia ella.

La joven adivinó sus intenciones y se estremeció.

—Todavía está a tiempo de detenerse y evitar el horrendo acto que piensa perpetrar signore. Piense que la vida es efímera y un infiero lo espera si comete un acto de crueldad con una joven inocente que no ha hecho mal a nadie—su voz era suave y sus ojos lo miraban nerviosos.

Estaba asustada, por primera vez comprendía que estaba a su merced y que era un hombre fuerte: sus brazos, sus piernas parecían de piedra, ella los había sentido contra su cuerpo... Y pensó que no sería tan sencillo resistirse y enfrentarle.

Enrico no dijo palabra y de pronto la atrapó entre sus brazos y ella gritó aterrorizada y su boca no pudo escapar de ser invadida por su lengua ávida y feroz. Isabella se estremeció de terror al comprender que ese joven estaba decidido a seducirla en ese momento. Porque luego de besarla la tendió en el camastro atrapando su cuerpo con el suyo, sintiendo que estaba a su merced, cautiva bajo su cuerpo fuerte y viril.

Pero no se rendiría tan pronto, daría pelea...

Cuando soltó su boca la miró sosteniendo sus brazos, oh, era hermosa, fresca, tan suave...

Una mordida en su cuello y en su brazo lo obligó a soltar a su presa, esa gata sí que sabía morder. Y la feroz doncella corrió hacia la puerta dando alaridos.

Enrico la dejó correr, mejor sería cansarla o volvería a morderlo.

—Venga aquí doncella, no sea tonta, no quiero lastimarla, sabe que no podrá escapar de esta celda. Es mi cautiva y me pertenece. No la traje aquí de paseo, la traje para llevar a cabo una pequeña venganza.

Ella lo miró sin decir palabra, y cuando quiso atraparla le tiró un puntapié y volvió a correr, pero terminó en sus brazos, a su merced, una vez más.

Pequeña y furiosa, no pudo resistir mucho más y cuando la tuvo bajo su peso supo que ya no podría dar pelea. Estaba exhausta y agitada, respirando con dificultad.

Isabella lo miró implorante y derramó unas lágrimas, suplicándole que no le hiciera daño.

El forcejeo y el deseo por ella lo habían dejado excitado, loco de deseo de llevar a cabo la feroz seducción. Había sencillo hacerlo, ella no podría detenerlo, no tendría fuerzas para hacerlo. Así que la besó y acarició su cabello suspirando.

Pero no podía hacerlo. Maldición, esa gata lo había hechizado.

No era tan cruel como todos creían, ni tan salvaje de forzar a una dama tan bella y delicada. Ella era inocente de cualquier vil acción de su familia.

Isabella rezó en silencio con el corazón aún palpitante. Se había detenido, el demonio Golfieri la mantenía atrapada entre sus brazos, pero no le había hecho nada. Solo la miraba en silencio con expresión atormentada.

No podía hacerlo, no era un malvado como los de su familia.

El señor la había salvado, era un milagro. Un milagro de la virgen. No había otra explicación.

Enrico se alejó de la joven y se sentó en el camastro dándole la espalda.

De pronto sacó una daga y se cortó la mano despacio.

Isabella lanzó un gemido y se alejó de su raptor. ¿Qué estaba haciendo? ¿Acaso se había vuelto loco?

Vio como las gotas de la sangre caían en la sábana hasta formar una pequeña mancha.

Sus miradas se encontraron, la suya era fiera, no sentía dolor alguno, su rabia era por esa joven y la mezcla de extraños sentimientos que despertaba en su corazón.

Y haciéndole un gesto le pidió que se acercara.

Isabella obedeció trémula: aún tenía la daga en su mano y por un instante creyó que la lastimaría en vez de tomarla. Esos Golfieri eran muy malos y estaban locos de remate, era lo que siempre decía su padre.

Cerró los ojos y se quedó inmóvil pensando que tal vez fuera mejor que la hiriera hasta matarla en vez de someterla a su lujuria.

—No tema, no voy a lastimarla Manfredi. Abra los ojos—le ordenó.

Ella obedeció y lo miró. El joven raptor sostenía la sábana y se la enseñaba.

—Esta es la prueba de mi venganza signorina, y de que usted no podrá casarse nunca más, ¿comprende? Si me delata, la mataré a usted y al Manfredi que tenga más cerca.

—No entiendo, ¿qué planea ahora, signore? —Isabela estaba aturdida.

—Dirá que yació en mi cama y que yo la forcé, aunque no sea verdad. Y lo haré para salvar mi honor y en gratitud por haberla respetado. No le haré nada tonta, en dos días la regresaré con su familia y diré a todos lo que he hecho y usted no me desmentirá o juro que cumpliré mis amenazas.

Soltó la sábana y la atrapó.

—¿Acaso no entiende? Debí manchar esa sábana con su virtud, es la prueba de que he fornicado con usted. Y se la mostraré a mis parientes para que me dejen en paz y a los suyos para que sepan que he vengado la muerte de

mi hermano. Debe confirmar esto o juro que lo lamentaré. ¡Prométalo!

Estaban muy cerca el uno del otro, sus ojos azules estaban clavados en los suyos como dagas, no se apartaban de ella, estaban tan furiosos que se oscurecieron de golpe.

Isabella comprendió finalmente sus planes y lloró.

—Pero todos me despreciarán, y me enviarán a un convento—se quejó ella.

La rabia de sus ojos se suavizó y una extraña sonrisa se dibujó en su rostro anguloso y atractivo.

—Pasó usted gran parte de su vida en un convento, así que imagino que no le importará regresar a él.

Isabella dejó escapar un gemido. No, no quería regresar, quería casarse con Giulio Visconti y vivir en un hermoso palacio.

—Usted me raptó, me utilizó para su venganza, pudo tomar a otra de mis hermanas, ¿por qué me escogió a mí? No voy a mentir, es un pecado, ni dejaré que arruine mi boda con Visconti—exclamó ella furiosa y acorralada.

Quiso apartarle, pero ese hombre era fuerte y sabía que no la soltaría, planeaba algo.

—Debe hacerlo, obedézcame pequeña tonta. ¿Prefiere que todos sepan la verdad y vuelvan a raptarla y luego cumplan lo que yo no pude hacer? Mis parientes aguardan afuera esta prueba y usted no dirá una palabra, es por su propio bienestar. Y en cuanto a su brillante boda: olvídela, una joven raptada es una joven perdida para siempre, ese Visconti jamás querrá casarse con usted.

Sus ojos miraron sus labios con deseo y de pronto mientras ella se resistía le robó un beso ardiente y apasionado.

¡Oh, cuánto odiaba a ese hombre, lo odiaba! La había raptado y ahora había arruinado el matrimonio que tanto había soñado.

Y él estaba loco por esa bella rubia, esa pequeña bruja que había evitado su seducción. Pero no la dejaría ir, no lo haría, era suya, su cautiva...

Y tendiéndola en el camastro siguió besándola mientras acariciaba su cintura y la mantenía atrapada en su cuerpo.

¡Oh, cuánto deseaba hacerla suya en ese instante y cumplir la misión de arrebatarse la virtud! El sabor dulce de su boca, el aroma de su piel, todo lo embujaba y volvía loco. ¿Por qué demonios no podía tenderla y hacerle el amor? Tal vez si fuera paciente...

—Suélteme por favor, dijo usted que no me haría daño. Lo prometió Golfieri—le recordó ella.

Él la observó, pero la retuvo entre sus brazos un poco más.

—Debe darme su palabra signorina de que no me delatará—dijo entonces. Isabella lo aceptó derramando abundantes lágrimas.

Enrico acarició su mejilla y sin poder resistirlo volvió a besarla sintiendo como crecía su deseo por esa joven, sintiendo que enloquecería si no la hacía suya muy pronto. Pero no lo haría, no era un rufián... Debía lograr que ella cediera a sus deseos y eso no ocurriría nunca, así que mejor alejarse despacio.

Lentamente la liberó y la joven se dejó caer en la cama exhausta. Habían tenido una feroz batalla ese día y no hacía más que pensar en su futuro, encerrada en un convento, regresando a su casa, dañada para siempre por la mentira de ese hombre. No quería mentir, quería escapar y que su vida fuera como antes de ese feroz rapto.

Se durmió poco después y tuvo extraños sueños: soñó que estaba entre los brazos del Golfieri y la hacía suya. Y ella no se resistía, eso era lo más extraño, sino que disfrutaba los deleites de la pasión. Sus besos la estremecían y suspiraba sintiendo sus besos...

Despertó agitada, aturdida...

Una criada le llevó la cena, queso y pan de centeno, cerveza y una pata de pollo con nabos y guisantes.

Devoró todo hambrienta y se preguntó por qué habría tenido ese extraño sueño. Debió ser el diablo que vivía en ese castillo intentando tentarla.

Pasaron los días y el raptor no se decidía a entregar a la joven a su

familia, a pesar de saber que no podía hacer otra cosa.

Todos los días iba a verla y ella parecía aguardar su llegada, nerviosa y expectante.

—Signore Golfieri, usted dijo que me llevaría con mi familia—le recordó en esa ocasión su cautiva.

—No puedo hacerlo ahora, donna Isabella—dijo sin darle más explicaciones y se marchó dejando a la joven consternada.

¿Es que nunca la regresaría a su casa?

Luego temía que si lo hacía la encerrarán para siempre en un convento. No quería ser monja, era una vida aburrida, quería tener un esposo noble y muchos niños, un hermoso jardín...

Además, él la obligaría a mentir, por una triste y absurda venganza. ¿Es que nunca terminaría esa horrible querrela entre sus familias?

Mientras recorría la habitación angustiada con estas cuestiones pensaba en Enrico, no podía entenderle, al principio tuvo mucho miedo al saber que estaría a su merced, y había intentado arrebatarle su virtud en dos ocasiones sin poder hacerlo.

Todos decían que era un joven despiadado y odiaba a los Manfredi, los acusaba de haber matado a su hermano y de ocasionar las peores desgracias a su familia. Y sin embargo y a pesar de su crueldad ella no había recibido ningún daño, ni había vuelto a besarla ni a intentar siquiera tocarla.

El señor la había ayudado, pero había algo más que no podía entender.

Tal vez no fuera tan perverso como decían sus familiares.

Una fuerte detonación hizo que cayera al suelo. ¿Qué demonios era eso?

La joven doncella corrió hasta la tronera para ver que ocurría y de pronto vio a un grupo de caballeros trepando por los muros, mientras una lluvia de flechas caía sobre ellos desde la atalaya. El castillo estaba siendo asaltado, asediado...

Isabella tuvo miedo, debía esconderse por si esos bandidos la encontraban, pensó, pero no había lugar donde esconderse en esa celda medio

vacía y momentos después la puerta fue abierta con un gran estruendo. Y ante ella apareció un joven alto y fornido de cabello oscuro y mirada vidriosa. La buscó como si supiera donde encontrarla.

—Buenos días bella Manfredi, hemos venido a rescatarla de su cautiverio —dijo avanzando hacia ella con tres largas zancadas.

—¿Quién es usted, signore? —preguntó pensando que ese muchachote rudo y feo no le gustaba para nada. Sus facciones eran toscas, y sus ojos negros la miraban de una forma desagradable.

—Pietro Malatesta, amigo y servidor de la familia Manfredi—respondió haciendo una reverencia.

Los ojos del hombre observaron a la bella dama rubia comprendiendo que era verdad la leyenda de que era la más hermosa de la ciudad. Y era muy raro tratándose de una Manfredi. Sus ojos lujuriosos se detuvieron en el talle esbelto de la joven y en los abultados senos escondidos con una faja para evitar miradas indiscretas. Oh, él le quitaría esa maldita faja enseguida...

—Usted no es amigo de mi familia, nunca le he oído nombrar—estalló de ella—Aléjese de mí enseguida. ¡Enrico, Enrico! —gritó desesperada al ser atrapada por el caballero lascivo que la tomó y rompió su vestido con aviesas intenciones mientras la tendía en el camastro y liberaba sus senos de la ajustada faja.

—Tranquila preciosa, hoy tendrás tu merecido precioso, y luego te llevaré conmigo y te dejaré amarrada a la cama hasta llenarte de hermosos bastardos. Maldita Manfredi, hoy sabrás lo que es tener un verdadero hombre entre tus muslos. Mira esto.

Isabella vio aterrorizada como el malnacido sacaba su horrible miembro para enseñárselo: era inmenso: grueso y cubierto de abundante vello oscuro y pasaba su ombligo.

—¿Ves esta maravilla? —dijo él con cierta arrogancia pasando su mano sobre su inmensa vara erguida—Ya verás lo que haré con esto...

Era el momento de defenderse y aprovechando ese momento de distracción

la joven le propinó un puntapié y huyó, gritando desesperada.

Alguien la atrapó cuando llegaba a la puerta, un escudero que la apretó avisándole a su captor que la tenía en su poder.

Isabella creyó que enloquecería y se defendió como una gata salvaje sin mucho resultado.

Hasta que una sombra oscura entro en la habitación en esos momentos y puso un puñal en el cuello del escudero que la tenía atrapada antes de cortar su cuello sin piedad y vérselas con el más grande.

—¡Malatesta rata inmundada, recibirás lo que mereces! —gritó Enrico furioso.

El fiero caballero Malatesta buscó su espada en el piso, pero Enrico fue más rápido y hundió su espada en su pecho y la sacó poco después.

Nunca había visto a un guerrero defenderse con tal rapidez y notó que tenía las manos y la cara con manchas de sangre y se veía exhausto. Pero le urgía rescatar a Isabella que tenía el vestido roto y lloraba desesperada. ¡Malditos bastardos!

—¿Qué te hicieron, preciosa? Habla por favor—quiso saber.

Ella dejó de llorar y dijo que intentaron someterla, pero no habían podido hacerlo.

Él la cubrió con una capa, tomó vestidos del arcón y la llevó a través del caos a una celda donde sabía estaría segura.

Era una habitación más luminosa y lujosa y la joven suspiró, secando sus lágrimas, no podía dejar de temblar pensando que el hijo de su peor enemigo la había salvado.

—Calma hermosa, todo pasó, estás a salvo aquí—dijo él.

Ella lo miró agradecida y tomó uno de los vestidos que le ofrecía y se alejó para cambiarse el que llevaba, roto por ese horrible hombre momentos atrás.

Enrico no pudo resistir verla desnuda y maravillarse de sus formas suaves y femeninas.

Ella se cubrió algo avergonzada al sentir su mirada, pero él se acercó despacio y le quitó el vestido para disfrutar de la contemplación de sus pechos redondos y llenos, tentadores, hermosos... Sus caderas formadas, redondas y femeninas. Y sin poder contenerse se acercó despacio y acarició sus pechos con suavidad.

—No por favor, no me haga daño...—murmuró ella asustada.

Enrico la miró.

—Yo nunca te haría daño, hermosa—dijo.

Y lentamente tomó su cintura y la llevó a la cama donde besó sus pechos y la llenó de caricias suaves hasta que venció su resistencia.

Oh, la tomaría en esos momentos, pero no por venganza, sino porque se moría por hacerla suya. Era su prisionera, su cautiva y le pertenecía.

Pero la joven sabía que no debía entregarse a ese hombre o jamás podría casarse con un caballero.

—Deténgase por favor—chilló ella y comenzó a resistirse, a pesar de ese extraño deseo que había experimentado con sus caricias.

—Tranquila, no te lastimaré hermosa...

—No por favor, no me tome señor, si lo hace no podré casarme.

—No permitiré que te cases con nadie Isabella Manfredi, eres mi cautiva ahora—él la miró muy serio y lentamente la liberó al ver que lloraba y corría a vestirse. No podía dejar de observar su hermoso cuerpo y de sufrir por no haber podido poseerla, sintiendo una horrible puntada en su entrepierna y en su cuerpo entero.

Debía tenerla, debía ser suya para siempre. Esa dama había enloquecido su mente y su alma, lo había cautivado, embrujado como nunca había hecho ninguna dama hasta entonces.

Pero luego del asalto de Malatesta y sus hombres, Lorenzo Golfieri: señor del castillo negro y padre de Enrico, decidió deshacerse de la cautiva cuanto antes y ordenó enviar por su hijo.

Estaba furioso con Enrico por no haberla devuelto con sus enemigos como

le había ordenado.

Este miró a su padre con la mirada baja pero las mejillas rojas de furia, no devolvería a su cautiva, maldición, no lo haría.

—¿Te atreviste a raptar a esa hija de mi enemigo y la ocultaste aquí? ¿Es que te has vuelto loco? Si eso querías hacer debiste matarla para que nadie supiera, en vez de esconderla para fornicar con ella escondido. Por su causa esa rata inmunda llamada Malatesta estuvo a punto de destruir nuestras defensas. Ahora todos sabrán que la tienes en tu poder y querrán vengarse. Jamás debiste raptarla Enrico, fue una imprudencia, una soberna estupidez hacerlo.

—Era mi venganza padre, por la muerte de mi hermano.

Lorenzo miró a su hijo y de no haber sido su predilecto lo hubiera golpeado hasta dejarlo desmayado por imbécil.

—Bueno, ya te vengaste supongo, ahora deberás devolverla con su familia cuanto antes.

—No la devolveré, es mi cautiva padre—respondió su hijo con fiero semblante.

Los ojos negros del bravo caballero brillaban de rabia.

—Grandísimo idiota, ¿ya te ha gustado prenderte a las faldas de esa Manfredi? Estás loco si crees que la conservarás como tu prisionera aquí. No quiero a esa joven en mi castillo y la mataré si no la devuelves enseguida con su familia.

—Padre, deja que le haga un bastardo y así la venganza será completa—dijo el joven desesperado.

—¡Oh, vaya planes que tienes! ¿No has pensado que tal vez sea estéril o te dé un monstruo por hijo? Este asunto ha llegado muy lejos, lo hiciste todo sin consultarme, me has desobedecido y casi han destruido mi castillo por tu culpa y la de esa hija de mi peor enemigo.

—Padre, quiero conservarla y no la devolveré, es mía—declaró su hijo.

—¿De veras? ¿Y esperas casarte con una esposa deshonrada palurdo

imbécil, con la hija de Manfredi, acaso has olvidado quiénes son sus padres?

La violenta discusión tuvo un final inesperado, pues ante su fortaleza llegaron emisarios del duque de Milán exigiendo que devolvieran a la joven Manfredi a su familia y repararan el daño causado a la dama.

Ni siquiera el bravo Golfieri se atrevió a desobedecer una orden del gran Duque. Y debió comparecer con su hijo, y la joven cautiva ante el Palazzo Riscoldi la mañana siguiente.

El duque estaba furioso, estaba harto de las peleas entre esas dos familias, cientos de años de crímenes y venganzas, muertes, raptos...

La belleza de Isabella lo sorprendió, y la compadeció de haber pasado tantos días prisionera de esos Golfieri.

Los Manfredi comparecieron poco después y la dama los miró suplicante, pero ninguno de ellos le prestó atención, solo miraron con odio a sus temibles enemigos.

—Escuchen ustedes, ciudadanos de Milán: Golfieri y Manfredi. Esta horrible querrela no ha traído más que desgracias no solo a vuestra familia sino también a nuestra ciudad. Muertes, asesinatos y venganzas... Han arruinado la boda de esta pobre joven con mi pariente: Giulio Visconti y también su porvenir. Pero su injuria no quedará impune. Esta vez pagarás Enrico Golfieri.

Manfredi insultó a Lorenzo Golfieri y Enrico intervino y de pronto comenzaron a atacarse con puños, insultos, gritos... La guardia del duque debió intervenir para calmar los ánimos.

Entonces apareció en escena Giulio Visconti, antiguo prometido de Isabella y la vio, hermosa con su vestido rosa, con la mirada baja y pensó que era mucho más bella de lo que le habían dicho. “Pudo ser mi esposa, pero la han deshonrado, su destino será el convento” pensó con tristeza. Ella lo miró sin saber quién era y permaneció inmóvil aguardando la decisión del duque.

—Enrico Golfieri: has deshonrado a una joven casta y de sangre noble y tu afrenta no quedará impune. Debes ser castigado y usted signore Lorenzo

deberá pagar un impuesto especial por el daño que cometió su hijo—anunció el Duque Visconti.

Enrico aceptó ser castigado pero su padre enrojeció de furia.

Isabella intervino y todos la miraron.

—No es verdad signore duque, Enrico no me hizo daño alguno, lo juro por esta cruz que llevo en mi pecho.

El duque miró a la dama Manfredi con sorpresa.

—¿Es verdad eso que has dicho Isabella Manfredi? ¿Juras que hablas con la verdad y no por amenazas de los Golfieri? —dijo dirigiéndole una mirada implacable.

Isabella notó que todos la miraban y que Enrico lo hacía con odio.

—He dicho la verdad señor duque. Enrico Golfieri no me hizo ningún daño, me mantuvo encerrada, pero me alimentó y vistió y no permitió que un horrible hombre llamado Malatesta me llevara cuando sitió el castillo. Es un joven bueno signore duque, no debe ser castigado sino indultado.

Su madre la miró con rabia y de pronto habló:

—Raptar a una dama es deshonrarla, signore duque. Nadie querrá desposar a mi hija y le ruego me permita enviarla a un convento.

El duque miró a ambos jóvenes, la doncella no mentía, lo vio en sus ojos. Tal vez su pariente quisiera celebrar sus bodas después de todo.

—¿Qué tenéis vos que decir al respecto, Enrico Golfieri? ¿Por qué habéis raptado a la hija de Manfredi?

Enrico sostuvo su mirada sin pestañear.

—Fue una venganza. La familia Manfredi mató a mi hermano Giulio, signore Duque.

El duque escuchó la historia y luego las protestas airadas de los Manfredi negando el hecho. Estaba harto de ese asunto, quería poner fin a esa acérrima enemistad y vio ambos jóvenes y pensó que tal vez pudieran remediar esa guerra.

—¿Cuántos hijos tenéis, signore Manfredi?

—Dos solteros y...

—¿Y vos cuántas hijas tenéis, Golfieri?

—Cuatro niñas casaderas.

—Muy bien, hablaré con mi pariente Visconti y luego sabrán mi decisión —anunció el duque.

Giulio Visconti se reunió con el duque algo intrigado de que lo involucraran en esa querrela, era leal a los Manfredi y por esa razón había aceptado casarse con Isabella.

—¿Todavía quieres a esa joven como esposa? —le preguntó su tío.

—¿Habla de Isabella Manfredi? —dijo vacilante.

—Es muy hermosa.

Giulio se sonrojó, sí la quería, pero...

—Señor duque, temo que la joven ha mentado para proteger a ese Golfieri y no aceptaré a una esposa que otro sedujo y deshonoró—fue su respuesta.

Era un hombre orgulloso y había notado las miradas de esos dos jóvenes como si tuvieran un secreto.

—Bueno, por supuesto. Si usted cree que la joven ha perdido su pureza... Pensé que tal vez la querría por esposa.

—Fue raptada, ningún caballero ni mercader la querrá de esposa. Envíela a un convento signore Duque. Es lo que su familia desea.

—Tal vez...Tengo una idea mejor que esa. Esos enemigos deben escarmentar y dejar atrás sus desmanes o los enviaré a las mazmorras sin miramientos—anunció.

Abandonó la sala y se presentó ante esos belicosos y eternos enemigos.

—Lorenzo Golfieri y Pietro Manfredi, acérquense—ordenó.

Los enemigos comparecieron de mala gana, furiosos, mirándose con rabia. Insultándose por lo bajo y debieron detenerlos para que no comenzaran a golpearse.

—He decidido poner fin a esta enemistad de la única manera posible: con una boda entre sus hijos Isabella Manfredi y Enrico Golfieri.

Los dos hombres palidecieron de horror.

—Será la primera de las bodas. Isabella Manfredi, te llamarás Isabella Golfieri luego de tu boda y honrarás y servirás a tu nueva familia y no podrás agraviar ni causar enojo alguno a tu marido Enrico o serás enviada a un convento. No podrás negarte jamás a tu esposo siempre que él así te lo pida. Y yo seré el padrino de su primer hijo.

Y una hija de Golfieri, la que Lorenzo decida, se casará con uno de los hijos solteros de Manfredi y habrá una doble boda. Si esto no pone fin a la querrela que enemista a sus amigas: Lorenzo Golfieri y Pietro Manfredi serán apresados y enviados a las mazmorras. Y deberán pagar un tributo de trescientos ducados si me desobedecen.

—Signore duque, mi hija no puede casarse, le ruego que la envíe a un convento—pidió Pietro Manfredi.

Isabella se estremeció y el duque la miró.

—Donna Isabella, ¿acaso desea usted ingresar a un convento y que otra hermana suya ocupe su lugar?

Su padre la miró con fiereza, debía negarse a casarse con ese Golfieri, debía hacerlo.

Ella miró a Enrico que parecía disgustado y dijo con mucha determinación;

—Me casaré con Enrico Golfieri como ordena el signore duque.

El padre de la joven dejó escapar una maldición.

—Muy bien, entonces deberán preparar las bodas y les advierto que ningún daño deben recibir los miembros de la familia Manfredi ni Golfieri en sus casas. Ahora Isabella regresará con su familia y se preparará para la boda.

La doncella palideció y Enrico intervino.

—La matarán si regresa a su casa duque, esos Manfredi nos odian, jamás permitirán que sea mi esposa—dijo.

El duque miró a Manfredi y este se apuró a negar tan innecesarias acusaciones.

—Entonces Isabella quedará en custodia de su nueva familia. Signore

Lorenzo, asegúrese de que la joven no sufra ningún daño o agravio en su castillo antes de su boda ni después por supuesto.

Lorenzo aceptó de buen talante, nada lo hacía más feliz que ver rabiar y sufrir a su temible enemigo y sabía que esa boda destrozaba sus nervios. Perder a su hija más bella y que esta pariera niños Golfieri lo mataría. Pero él también sufriría su tormento al tener que entregar a una de sus hijas con esos malnacidos Manfredi.

Isabella regresó a su celda contenta, iba a casarse, había escapado del convento y de la venganza que tramaba su familia. Y ya no sería una cautiva, sería una dama casada y podría recorrer los jardines a su antojo.

Lo único que la atormentaba era la mirada de odio que le había dirigido su padre antes de marcharse. Debió escoger el convento, pero ella no quería regresar a ese encierro, no lo haría.

Su futuro esposo parecía enojado con ella y ese día no fue verla ni al siguiente y siguió siendo la prisionera atendida por criadas, pero encerrada y sin ningún privilegio.

Llegó el día de su boda y la joven estaba feliz: tenía un bonito traje blanco bordado con piedras en su escote cuadrado, y un hermoso cinturón ceñido al busto.

Su cabello brillaba como una manta de oro sobre la cabeza pequeña y perfecta. Sonreía, pero permanecía con la mirada baja al ver a Enrico ataviado con sus ropas más ricas en tono negro y escarlata, emblema de su casa. Él la miró con fijeza y luego esquivó su mirada furiosa. Lo había dejado como a un tonto frente a su familia y frente a toda la ciudad. Un hábil rebañador de pescuezos, pero incapaz de llevar a cabo una maldita venganza tomando por la fuerza a la hija de su enemigo.

Se casaron en presencia del duque, y a la vista de la ciudad dieron un paseo tomados de la mano, y el soberano de esas tierras dio un discurso hablando de la paz.

Más atrás iban los otros novios, su hermano Francesco y la hermana de

Enrico: Simonetta. Su hermano estaba más furioso que su esposo por esa boda y de pronto sintió pena por esa joven novia hija de los Golfieri. Era bonita y menuda, con grandes ojos cafés y le sonrió en un momento. Rezó para que su hermano mayor no le hiciera daño por ser la hija de su enemigo.

Hubo un banquete de bodas y en la ciudad se acercaron a beber vino y a brindar por los novios: ciudadanos pobres, ricos, penitentes y menesterosos...

Los novios se retiraron a sus aposentos y unas criadas ayudaron a Isabella a desnudarse y Enrico aguardó. Debían consumar su matrimonio y esa idea lo excitaba y enfurecía a la vez. Ella lo había preferido al convento, pero lo había traicionado ante el duque y su familia al mencionar su secreto.

La joven lo miraba desde un rincón; alejada y asustada al comprender que debía entregarse al hijo de su temible enemigo que parecía odiarla y no quería hacerlo, temía que la lastimara o la hiciera sufrir.

Enrico se acercó con paso rápido y ella tembló cuando la tomó entre sus brazos y comenzó a besarla con rabia. No era el joven tierno que la había acariciado aquella noche, había cambiado. Al parecer solo había querido robarle su virtud, no convertirla en su esposa. Odiaba casarse con ella como su hermano odiaba casarse con la pobre Simonetta Golfieri.

De pronto el notó su resistencia y creyó que lo odiaba tanto como su familia y buscó en sus ojos la respuesta y notó que solo estaba asustada y temblaba como una hoja.

—Isabella, debes convertirte en mi esposa esta noche, deja de resistirte, no te haré daño.

Ella se alejó asustada, no quería que fuera así, algo estaba mal en su esposo esa noche y no podía entender por qué la odiaba tanto.

—Ven aquí doncella Manfredi, no puedes escapar y lo sabes.

—Pero usted me odia signore Golfieri, creí que...Usted me apreciaba, que no quería hacerme daño.

Enrico se detuvo y la miró sorprendido.

—Yo no la odio doncella, usted me traicionó al decirle al duque que no la

había tocado. Me convertí en un tonto frente a mis parientes y frente a la ciudad por su culpa.

La joven abrió sus ojos asustada.

—Eso es injusto, lo hice porque pensé que el duque lo castigaría, signore. Además, no quería que me enviaran a un convento.

—Oh, claro usted quería casarse con el signore Visconti, ese tonto no dejaba de mirarla. Y debió contentarse conmigo, bueno, para usted soy mejor que el convento, debería sentirme halagado. Pero le recuerdo que ha dejado de ser una Manfredi, y que me debe lealtad y que si en el futuro le digo que guarde un secreto lo hará, o juro que lo lamentará señora mía—dijo.

Ella corrió por la habitación asustada, pero él la atrapó y la llevó a la cama donde le quitó ese vestido ligero de un tirón, como un vándalo. En respuesta recibió la primera mordida en el brazo y rodaron por la cama combatiendo como dos feroces enemigos.

El forcejeo la dejó exhausta y al final debió reconocer su derrota.

Pero Enrico no estaba enojado, y de pronto rió al verla tan roja y furiosa, con el cabello rubio despeinado y los ojos echando chispas.

—Tranquilízate doncella enemiga, no te haré daño, te gustará lo que te haré, ya verás...—dijo mientras la desnudaba despacio.

Besó sus pechos con deseo, los apretó contra sus labios y sus besos siguieron más allá espantando a su inexperta novia. Pero era su noche de bodas y la disfrutaría, ansiaba dejar marcada su piel con la huella de sus besos.

—No, no—gritó ella desesperada al adivinar a dónde quería llegar con esas caricias atrevidas.

—Debo hacerlo, soy tu esposo ahora, no puedes negarte a mí, ¿o acaso prefieres que te tome como un bruto y te haga llorar? Quédate quieta y deja de pegarme o juro que te amarraré a la cama doncella—la amenazó.

Ella cerró los ojos avergonzada y lo soportó todo, su boca, su lengua en su monte, acariciándola, lamiéndola de forma vergonzosa una y otra vez. Y

cuando se hartó de hacerlo la abrazó y besó sus pechos y la penetró con fuerza destruyendo cualquier barrera, llenando su vientre estrecho provocándole un dolor leve y una incomodidad mucho mayor.

—No—dijo ella, pero no tuvo forma de escapar, estaba atrapada y mareada por ese cuerpo fuerte y viril que la invadía con ferocidad y se fundía en ella.

—Tranquila doncella, ya pasará... —le susurró él besando su cabeza mientras la rozaba con fuerza y su sexo cedía y el dolor también. Y de pronto escuchó que gemía y su piel ardía y la penetración se volvía profunda y furiosa.

Ahora sabía de qué se trataba el matrimonio y de pronto pensó, “esto es horrible, prefiero ir a un convento”.

Luego notó que sangraba y lloró, no quería volver a hacerlo nunca más. Se sintió furiosa y engañada, eso no era el matrimonio, no podía ser así.

Enrico la vio correr a la puerta envuelta en una manta y la miró sorprendido y divertido.

—Ven aquí preciosa, ¿qué haces? —dijo.

La joven comenzó a llorar despacio.

—No quiero ser tu esposa Enrico, quiero volver a mi casa, ir a un convento—se quejó—Usted me lastimó, me hizo cosas horribles y lo odio, no quiero quedarme aquí.

Él sonrió de forma extraña.

—Es un poco tarde para eso doncella, ya eres mi esposa y mi mujer y no puedes negarte a mis brazos o el duque te castigará, ¿lo recuerdas? —dijo con calma.

—Yo no sabía nada de esto, nadie me dijo que...

—Bueno, pasaste tu vida en un convento doncella. Escucha, no temas, no estás lastimada solo que la primera vez sangras por ser una joven pura. Y no debes avergonzarte, eres mi esposa ahora. Ven aquí...

—No, no me toque, lo golpearé si vuelve a hacerlo—lo amenazó ella.

Pero a Enrico le encantaba enfrentarse con la brava doncella y someterla a su voluntad. Era una digna enemiga a decir verdad... Hermosa, brava y desafiante.

Y no se detuvo hasta arrastrarla a la cama y hacerle el amor de nuevo, ardía en deseo por esa joven, estaba loco por ella y le hubiera hecho el amor más veces, pero ella lloraba y lo había arañado y mordido. No era buena idea. Debía dejar que se adaptara, que se acostumbrara y tal vez en el futuro pudiera disfrutar sus encuentros.

Isabella lloró al verse atrapada por ese hombre, sometida a sus deseos, y pensó, ahora sí soy su cautiva y jamás podré escapar mientras sentía el roce de su inmenso miembro en ella, una y otra vez inundándola con su simiente y apretándola contra su pecho hasta dejarla sin aliento. Era horrible, esa intimidad era violenta, avasallante, y dolorosa. Jamás imaginó que sería así, de haberlo sabido cuando el duque le preguntó habría dicho que prefería el convento.

Isabella debió adaptarse a vivir con sus enemigos y lo primero que le dijo su suegro fueron las palabras “ahora eres una Golfieri, olvida que un día fuiste una Manfredi, no hablarás ni tendrás trato alguno con tus parientes y si lo haces cometerás una traición que no perdonaremos. Jura que no hablarás con los Manfredi jamás”.

Y ella juró que jamás vería ni hablaría con sus padres.

Enrico la miró con fijeza mientras hacía ese juramento.

No era feliz. Creyó que luego de la boda sería la señora del castillo, que podría ir a donde quisiera, pero se equivocaba, la vigilaban y sus cuñadas y sus suegros la ignoraban o despreciaban. No la insultaban ni se burlaban de ella, pero cuando aparecía durante las comidas se hacía un incómodo silencio.

Su suegra: Vanozza Golfieri era una dama alta de ojos muy oscuros y cabello ceniza, los labios apretados parecían estar siempre a disgusto con algo y, sus hijas: María y Angélica la miraban con curiosidad, pero no parecían estar interesadas en hacer amistad con ella.

Su suegro era realmente el más temible de todos y su presencia la intimidaba por completo. Un hombre alto, fornido y de mirada maligna, procuraba mantenerse alejada de él porque sabía que la odiaba y que era un hombre de mal carácter y aguerrido.

En el castillo vivían dos hermanos de su esposo: Fulco y Mateo, menores que él y dos primos Giovanni y Giacomo: todos caballeros fornidos y deslenguados.

Isabella procuraba mantenerse alejada de esos jóvenes, no le agradaba la forma en que la miraban, no olvidaba que la habían raptado y tal vez habían planeado tomarla como había planeado Enrico y les temía.

Toda esa familia le inspiraba miedo, temía disgustarles o que le hicieran daño. No la querían, era la hija del enemigo y su suegro dijo una vez que su boda había sido una broma divertida y que nunca olvidaría la rabia de mi padre cuando dije que prefería a su hijo en vez del convento.

Se preguntó si Simonetta; la hija que los Golfieri declaraban haber perdido para siempre, se sentiría igual de desdichada que ella.

Y esa noche cuando Enrico la llevó a la cama ella lo soportó todo sin quejarse, pero sin sentir más que rabia y desilusión. Debía darle un hijo, luego la dejaría en paz, o esperaba que lo hiciera...

—Isabella, abrázame por favor, deja de entregarte a mí como una mártir, eres mi esposa—dijo Enrico entonces.

Ardía de deseo por ella, pero quería que respondiera a sus besos, que fuera una dama apasionada y cariñosa.

Isabella obedeció y lo abrazó sin decir palabra, él la besó largamente y volvió a penetrarla con urgencia y ferocidad hasta tener el placer que deseaba y llenar su vientre con su simiente.

Nunca la dejaba en paz. Todas las noches le hacía el amor y a veces en la mañana.

Pero ella era una Manfredi y tenía sus planes. No sería una cautiva toda su vida ni viviría odiada por sus enemigos. Ellos no eran su familia, nunca lo

serían.

Y Enrico tampoco la amaba, solo quería una esposa para que le diera hijos y para saciar su lujuria imperiosa, casi diabólica que lo consumía cada vez que la tomaba.

Un día mientras recorría los jardines vio a un grupo de caballeros avanzando por el sendero de grava rumbo al castillo negro. Y cuando quiso escapar se vio rodeado de ellos y los miró aterrada temiendo que fueran invasores o enemigos de los Golfieri.

—Buenos días bella dama, soy Alarico D’Alessi, busco a Enrico Golfieri —anunció el líder: un hombre alto, de cabello oscuro y ojos grises. Era muy guapo y de modales exquisitos y la miró con expresión extraña.

—Mi esposo salió hoy temprano, signore D’Alessi—respondió ella sonrojándose al notar la mirada de esos hombres y del mismo líder.

—¿Vos sois su esposa Isabella? —preguntó el caballero sorprendido.

Ella asintió y se alejó incómoda y algo asustada. Eran un grupo numeroso y de pronto notó que ese caballero la seguía con la mirada.

Cuando regresaba al castillo vio a sus cuñadas María y Angélica correr y dar saltitos mientras decían entre risas: “son ellos, han llegado”.

Al ver a Isabella guardaron silencio y la miraron con altanería.

No pudo escapar, los caballeros entraron en el solar y sus suegros fueron a agasjarles.

—Isabella—la llamó su suegra—Quédate con nosotros y saluda a nuestro leal amigo el conde Alaric D’Alessi.

La joven se detuvo ruborizada y regresó a la mesa sintiendo la mirada de ese joven alto y guapo, debiendo soportarlas el resto de la velada.

Su esposo llegó poco después y saludó a los recién llegados, pero se mostró disgustado y furioso al notar que los caballeros del conde D’Alessi miraban a su esposa con lascivia.

—Isabella, ven aquí—dijo Enrico. Y ella fue espantada e incómoda de que la llamara frente a todos como si fuera su criada.

Enrico saludó a los visitantes y bebió a su salud dos copas de vino, pero tenía prisa por llevarse a su esposa a sus aposentos donde la arrastró a la cama y comenzó a desnudarla como un desesperado para recordarle que era suya y podía tomarla cuando quisiera.

—No Enrico, déjame, no quiero—sollozó Isabella, asustada por ese inesperado ataque.

—Ven aquí, te dejaré en paz cuando tenga la certeza de que estás encinta de mi hijo—dijo él furioso, loco de celos al ver que otros hombres se habían atrevido a mirar a su esposa y conversar con ella.

Ella lloró y él se detuvo.

—¿Por qué lloráis, esposa? ¿Qué tienes?

—No soy feliz aquí—respondió ella sin poder contenerse—Todos me odian y tú me tomas como si fuera tu criada sometida a tus deseos.

Enrico secó sus lágrimas y la miró muy serio.

—Nadie te odia Isabella, ¿acaso te han dicho algo, te han lastimado mis parientes?

—Me ignoran, jamás me hablan y yo... No soy una de ellos, soy la hija del enemigo y eso nunca cambiará.

—Isabella, eres mi esposa, eres una Golfieri, tal vez deberías acercarte en vez de...

—No soy una Golfieri, soy tu esposa, y siempre seré una Manfredi para tu familia.

—Tú eres mi familia Isabella, y sabes que estoy loco por ti, deja de resistirte, de entregarte a mí fría y asustada.

Ella iba a decirle que odiaba tener intimidad con él, pero se contuvo, no era prudente hacerlo, no quería enojarle. Solo quería que la tomara y la dejara en paz. Y eso fue lo que hizo besándola con suavidad, recorriendo su cuerpo y entrando en ella con urgencia poseído por un deseo salvaje. Era suya, toda ella: hermosa, voluptuosa y perfecta para el amor... Solo que no lo amaba, ni disfrutaba de sus caricias, y no tenía forma de conquistar su corazón ni

convertirla en una amante apasionada.

Pero era suya y estaba loco por ella, nunca la dejaría ir. Y eso fue lo que le dijo cuando el éxtasis pasó. Isabella lo miró exhausta y se durmió poco después, envuelta en sus brazos, atrapada en su cuerpo y ella pensó “nada ha cambiado, sigo siendo su cautiva, ser su esposa solo ha logrado que me tome cuando se le antoje”.

SEGUNDA PARTE

El pretendiente apasionado

El caballero Alaric D'Alessi buscó la oportunidad de ver a la hermosa dama Isabella, solo verla... Su marido celoso la mantenía apartada, escondido de los visitantes, pero el conde D'Alessi se las ingenió para acercarse a sus aposentos, al vergel en horas muy tempranas solo para ver un instante a esa dama hermosa que lo había cautivado.

Debía estar loco, había ido al castillo negro para pedir la mano de la hija de Lorenzo Golfieri: Angélica y se había enamorado ardientemente de Isabella, la esposa de quien debía ser su cuñado...

Cuando cumplió su cometido se alejó con sigilo temiendo ser visto.

Ella lo vio un día mientras recogía flores, al elegante caballero de la casa D'Alessi. Sabía que se casaría con Angélica, o eso esperaban sus suegros. Él no se había pronunciado al respecto, pero esperaban que pidiera su mano muy pronto.

—Signore D'Alessi—dijo ella y bajó la mirada y se alejó. Y él la siguió con la mirada hasta que desapareció. Sintió un dolor al verla machar tan pronto, habría deseado retenerla, pero la dama tenía prisa y parecía evitarle. Suspiró resignado, cada vez que la veía era como si una luz entrara en su alma.

Luego observó a Enrico Golfieri con rabia y envidia. No era delicado con su esposa, era autoritario y ella parecía temerle y alejarse de él. Sabía que era una Manfredi, enemigos acérrimos de los Golfieri y que la boda fue celebrada por orden del Duque de Milán. Cualquier caballero se habría sentido honrado de tener a esa hermosa doncella como esposa. Él lo habría hecho, aunque fuera la encarnación del demonio. Pero había llegado tarde, era la esposa de Enrico y solo podía desearla a la distancia, como se acarician los sueños imposibles.

Isabella sabía que ese caballero la observaba, pero no dijo ni una palabra a nadie, estaba algo asustada, su presencia la inquietaba y atemorizaba. Temía

que Enrico sospechara algo y la boda de su cuñada Angélica se malograra y ella fuera la responsable. Oh, la odiarían si eso ocurría. Y en los días que siguieron procuró mantenerse alejada de Alaric, pero su suegra la llamó una noche al notar su ausencia.

Sus cuñadas estaban radiantes, pero al verla llegar se disgustaron pues los ojos del invitado se clavaron en la hermosa joven y aunque intentó disimular supo que estaba locamente enamorado de ella.

Isabella pensó que no podía tener tanta mala suerte. Su suegra la obligó a sentarse al lado del caballero, su esposo llegaría y notaría que ese hombre no dejaba de mirarla y...

—Donna Isabella, ¿se siente usted bien? —preguntó Alaric.

Ella lo miró espantada y él notó que era desdichada y que sufría en ese castillo. Sus cuñadas la detestaban y Lorenzo Golfieri no se fiaba de su lealtad. La pobre pasaba recluida en sus aposentos y Enrico Golfieri no era un marido considerado. Era un perfecto salvaje.

—No... Es que hace calor aquí y ... A veces quisiera escapar, signore— respondió ella.

El caballero D'Alessi no esperaba una confesión tan íntima y sintió mucha pena por esa doncella y no dejó de lamentar que no fuera su esposa.

—Comprendo, usted no es feliz aquí ¿verdad? —preguntó con cautela.

Ella dijo que no lo era, pero no quiso decir más que eso.

Su marido entró en la sala y la vio palidecer asustada.

—Isabella ven aquí—la llamó con un ademán autoritario furioso de ver a D'Alessi conversando con su esposa.

La joven obedeció y él la mantuvo a su lado, rodeando su cintura con su brazo y besando sus labios en dos ocasiones sin ninguna delicadeza.

—¿De qué hablabas con el conde D'Alessi, Isabella? —preguntó su marido.

Su esposa lo miró espantada.

—No lo recuerdo Enrico—mintió ella.

Luego del banquete Enrico la encerró en su habitación y la desnudó con prisa. Y ella pensó, “no puedo soportarlo más, quiero huir a un convento y que ningún hombre vuelva tocarme jamás”. Enrico la atrapó besando sus pechos dejándola desnuda en un santiamén. Parecía ansioso de dejarla encinta pero su cuerpo se resistió a la feroz posesión y la dama lloró al sentirse tomada, invadida como una campesina indefensa. No era delicado ni tierno, ya no lo era, tal vez porque la odiaba por ser una Manfredi, aunque dijera lo contrario.

Y exhausto la retuvo y ella quiso escapar porque sabía que esa noche volvería a hacerlo.

—Ven aquí hermosa, nunca me siento satisfecho contigo, eres tan fría—se quejó Enrico mirándola con fijeza.

Estaba desnuda entre sus brazos, hermosa y voluptuosa, pero se resistía a sus caricias, siempre lo hacía. Pero su deseo por ella era tan ardiente que besarla despertaba su deseo imperioso. Isabella quiso apartarlo, pero él atrapó sus pechos y los apretó con su boca ardiente y gimió cuando sostuvo sus caderas para lamer su tibio y dulce rincón.

—No, no... —dijo ella.

Su rechazo solo le animó a hundir aún más su boca en los delicados pliegues que cubrían su sexo y la mantuviera cautiva de su lengua que la saboreaba y enloquecía a su miembro que ansiaba recibir caricias, pero todavía no se atrevía a pedir las y debía contentarse con hundirse en ella una y otra vez en un ritmo loco y desenfrenado.

Isabella ya no lloraba cuando su sexo cedió a su invasión y fue inundado con su simiente y exhausta se durmió poco después, feliz de que al fin la dejara en paz. Porque su único placer era cuando él la abrazaba y retenía en su pecho suspirando cansado porque sabía que eso significaba que no volvería a tomarla esa noche.

Isabella soñaba con huir, pero ¿a dónde iría? Era cautiva en ese castillo y los sirvientes la vigilaban. Sus padres no se habían acercado ni le habían enviado mensaje alguno. Estaba sola.

Y entonces apareció el guapo caballero D'Alessi y se acercó a ella en el vergel y la miró de esa forma que la hacía sonrojar.

—Donna Isabella—dijo haciendo una reverencia.

Era un joven caballero, de la edad de su esposo, alto, distinguido y vio algo en sus ojos que le inspiraban confianza.

—Signore D'Alessi—respondió ella y cuando quiso alejarse el caballero se lo impidió.

Sabía la razón, no era tonta. Ese hombre quería seducirla como un cortesano.

—Déjeme ir signore, por favor—le dijo ella con firmeza.

—Si usted me lo pidiera yo la ayudaría a escapar de este castillo, donna Isabella.

Sus palabras la dejaron hechizada y lo miró perpleja y emocionada.

—Pero usted no puede ayudarme signore, usted va a casarse con una de mis cuñadas, por eso ha venido a este castillo.

—¿Y cree que podría pedir la mano de otra dama después de haberla conocido a usted Isabella Golfieri?

—Sus palabras me incomodan signore, por favor—dijo ella y cuando quiso escapar el audaz enamorado la atrapó y la retuvo entre sus brazos robándole un beso suave y fugaz.

La dama quedó atrapada en esos labios y en ese caballero tan guapo y gentil que planeaba enamorarla hasta que lo apartó, después de disfrutar un beso tan bonito, y lo miró furiosa.

—Soy una dama casada conde D'Alessi y usted no puede atreverse...

—La amo Isabella, estoy loco por usted, desde que la vi en ese bosque la primera vez—dijo mirándola con intensidad.

—No diga eso, yo no puedo corresponderle, soy una dama virtuosa y no debió besarme ni importunarme con sus palabras caballero y le suplico que no vuelva a hacerlo.

—Perdóneme por favor, no quise molestarla, pero... Si necesita mi ayuda,

si un día decide escapar o está en peligro le ruego que me deje auxiliarla donna Isabella, me sentiré muy honrado de poder hacerlo.

—Usted no puede ayudarme signore, soy prisionera de los Golfieri y nunca podré escapar, moriré aquí y si usted conserva algo de sensatez se buscará una joven de noble cuna y se casará pronto.

—No puedo hacerlo donna Isabella y usted sabe la razón.

—Por favor, no vuelva a besarme signore, mi esposo me matará y querrá vengar la afrenta.

El caballero se acercó despacio.

—Perdóneme, por favor—dijo y miró sus ojos y sus labios con ardiente deseo.

Isabella se alejó enojada y agitada, rezaba para que nadie los hubiera visto conversar ni besarse. Sus labios le ardían y no podía olvidar ese instante en que ese hombre la atrapó entre sus brazos y le dio un beso tan dulce.

Atormentada corrió de regreso al castillo y pensó, “no debo, soy la esposa de Enrico, aunque él no me ame, no puedo enamorarme de otro caballero...” Y con prisa se recluyó en sus aposentos y se tendió en la cama, una rara somnolencia la envolvió mientras pensaba “no puedo volver a verle, los Golfieri lo matarían si acaso intenta rescatarme de este castillo”.

Ella evitaba verle porque sabía que estaba enamorándose y temía que al final huyera con él y la familia de su marido los matara a ambos.

Enrico sospecharía, era un marido celoso, y en una ocasión riñó con su hermano por su culpa. No podía creer que desconfiara de su propio hermano.

Temía ver al conde D’Alessi, su permanencia en el castillo se hacía larga y para evitarlo dejó de dar paseos por el vergel y cuando lo veía durante la cena o el almuerzo procuraba mantenerse alejada de su compañía. Pero sentía sus miradas, sus miradas la hacían sonrojarse y se dijo “no puede ser tan tonto, alguien va a notar que me mira”.

Alaric notó que la dama lo eludía decidió buscar la ocasión de reunirse con ella en privado. Y una mañana una criada entró en los aposentos de la

joven dama para avisarle que su esposo quería verla en el solar de armas.

Isabella la miró sorprendida.

—Está en el solar de las armas junto a su padre, quiere verla enseguida—
explicó.

La joven tembló. Su suegro la detestaba, no se fiaba de ella y tal vez
alguien vio ese beso en el vergel y ahora iban a castigarla.

—Acompañeme signora—insistió la criada.

Isabella obedeció intrigada y asustada, siguiendo a la joven criada por los
solares y escaleras hasta llegar a la habitación de las armas. Pero cuando entró
en el oscuro recinto la puerta se cerró con estrépito y vio que no había nadie
esperándola. ¡La habían encerrado, era una trampa! No podía ser.

Corrió a la salida y comenzó a gritar, pero alguien la atrapó y cubrió su
boca murmurándole al oído: —Tranquila mi bella dama, no le haré ningún
daño—dijo Alaric D'Alessi.

Se estremeció al verse atrapada entre sus brazos y lo miró asustada y
furiosa. Y él la retuvo y la besó con ardor, atrapando su boca con su lengua
ávida, saboreando su sabor mientras apretaba su cintura contra su pecho
fuerte.

Isabella se sintió hechizada por ese beso y no pudo resistirse y él la retuvo
y gimió mientras la llevaba a un jergón y la apretaba contra su cuerpo y
acariciaba sus senos con desesperación a través de la tela del vestido.

Ella pensó en detenerle, pero no pudo hacerlo, deseaba sentir esas caricias
tiernas y apasionadas y su cuerpo respondió sin que pudiera evitarlo y su sexo
clamó por sentir el suyo y esa sensación de placer y desenfreno la asustó.

—No por favor, deténgase, nos matarán... No puedo entregarme a usted—
dijo Isabella mareada y asustada.

El caballero se detuvo respirando con dificultad, agitado, loco de deseo
por esa hermosa dama.

—Huya conmigo por favor, la convertiré en mi esposa, anularé su
matrimonio—le pidió luego mirándola implorante con ojos llenos de amor y

deseo.

—Mi matrimonio no puede anularse caballero, estoy atrapada en él, siempre lo estaré signore y los Golfieri me matarán si deshonro a su hijo entregándome a otro hombre. Por favor, déjeme en paz, me hace mucho daño— ella sollozó y huyó hacia la puerta. —Déjeme ir, no tiene usted ninguna esperanza caballera. Puede tener a una campesina para complacerle en este castillo, pero no seré yo su amante.

Alaric se acercó a su hermosa dama y acarició su cabello.

—Déjeme ayudarla, usted respondió a mis besos, siente algo por mí por eso se esconde y tiene tanto miedo. No me importan los Golfieri, solo quiero tenerla a usted, liberarla de un matrimonio infeliz, de su prisión. Yo la cuidaré donna Isabella, nadie sabrá nunca donde está y la amaré como ningún hombre la ha amado jamás—le dijo.

Ella sintió sus palabras al oído y su abrazo posesivo y debió ser muy fuerte para rechazarlo.

—No puedo huir con usted signore, ni seré su amante. Tengo un esposo y no puedo abandonarle ahora, déjeme ir por favor...Solo abandonaré este castillo para ir a un convento, es lo que desea mi corazón.

Él la miró con extrañeza.

—¿Un convento? ¿Desperdiciará su vida recluida en un convento? —dijo mirando sus labios y ansiando besarlos de nuevo.

—No estoy hecha para el matrimonio ni para el amor, si usted quiere ayudarme envíeme a un convento, allí estaré a salvo de las maldades del mundo y las intrigas de ese castillo.

Alaric pensó con rapidez.

—¿Está segura de que es lo que desea su corazón, donna Isabella?

La dama asintió con firmeza.

—Ahora le ruego que me deje ir, soy una dama virtuosa y usted me ha hecho un gran daño encerrándome aquí con engaños, signore D'Alessi.

Alaric besó su cabeza despacio y prometió ayudarla.

—Si realmente es su decisión la llevaré a un convento, hermosa dama— dijo mirándola con intensidad—Debo irme mañana, pero vendré a buscarla para liberarla de su cautiverio, se lo prometo.

Ella se alejó nerviosa y más asustada que antes. ¿Qué había hecho? Se había entregado a las caricias ardientes de ese hombre que no era su esposo y las había disfrutado.

Corrió a sus aposentos y rezó para que nadie la hubiera visto.

Enrico llegó entonces y la encontró rezando. Un rayo de luz alumbraba su hermosa cabellera dorada y sus mejillas tenían un tinte rosa y sus labios carnosos en forma de corazón invitaban a ser besados. Era ella, su hermosa cautiva, la hija del enemigo, su esposa...

—Deja de rezar esposa mía, jamás te dejaré ir a un convento—dijo su marido.

Ella abandonó su rezo y lo miró espantada al ver que se quitaba el jubón rojo y negro y la camisa blanca de lino. Sabía lo que eso significaba y tembló, no quería, nunca quería... Pero no podía negarse a menos que estuviera impura y eso no ocurría desde hacía más de un mes.

Sintió sus besos y como la desnudaba con rapidez. Ese día parecía desesperado por entrar en ella y demostrarle que era suya, pero antes la torturó con esas caricias y de pronto ella se estremeció al sentir que no era su malvado esposo quien la recorría con su boca hambrienta y apasionada, sino ese otro caballero tan guapo y delicado y de pronto gimió y un deseo recorrió su cuerpo deseando que fuera Alaric quien la tomara y no ese marido que no la amaba. Y él, ansioso de despertarla un poco más cubrió su tibio monte con su lengua y su boca hizo presión en ese lugar secreto hasta que sintió que ella gemía y respondía como la mujer ardiente que era. Maravillado por su respuesta la penetró con ferocidad una y otra vez hasta enloquecerla por completo. La sensación de placer fue tan fuerte que la joven dama se mareó y sintió que le faltaba el aire.

—Isabella, Isabella, despierta—dijo Enrico, pero la joven se desvaneció y

durante días estuvo enferma con nauseas y mareos, y se sentía tan débil que no podía salir de la cama.

Su esposo llamó al médico y este le recetó unas hierbas para las nauseas, pero los malestares continuaron y fue su suegra quien anunció triunfal que Isabella estaba encinta.

Esa noticia la entristeció, no quería un bebé, quería huir a un convento, pero sabía que no había podido evitarlo.

Alaric se marchó luego de enterarse, pensando que ese malnacido Enrico había vencido la primera batalla, pero no la última. Tendría a esa dama un día, no importaban los obstáculos en el futuro, lo haría... La recataría de esa prisión y sería suya para siempre.

Su vientre creció lentamente y rara vez salía de sus aposentos.

Su suegra solía visitarla y contarle las novedades, parecía apreciarla luego de enterarse que iba a tener un niño.

Por ella supo que Alaric se había marchado del castillo y su suegro estaba furioso porque había rechazado pedir a una de sus hijas en matrimonio. Isabella sabía la razón, pero luego pensó, “es imposible, jamás volveremos a vernos, solo fue una ilusión, debo olvidarle” ...

Cuando sus malestares desaparecieron Enrico volvió a buscarla en la intimidad y esta vez ella no lo rechazó ni se espantó de sus caricias, sino que ansiaba recibirlas, como si la lujuria la hubiera despertado y ya no pudiera detenerse.

Y esa noche él le pidió caricias y ella tocó su sexo inmenso y poderoso, ese miembro que le había arrebatado la virtud con impiedad y luego de acariciarlo lo besó con timidez. Pero él quería más y lo llevó a su boca despacio y ella comprendió lo que debía hacer para complacerle.

Enrico gimió y pensó con ironía que había ocurrido un milagro, que por algún hechizo alguien había cambiado a una esposa fría y gazmoña por otra apasionada y ardiente. Era un sueño hecho realidad y cuando sintió su dulce boca en su miembro, apretándolo y lamiéndolo con suavidad creyó que se

volvería loco y la tendió de espaldas y besó sus nalgas como había deseado hacer hacía tanto tiempo. Isabella lo apartó, pero luego lo dejó que continuara ese nuevo juego de lujuria. Y gimió desesperada cuando entró en ella y pensó, no es mi marido, es Alaric, nunca voy a olvidarle, y cuando el placer fue intenso las lágrimas escaparon de sus ojos. Ese caballero la había embrujado con un maligno hechizo y lo amaba, siempre lo amaría en silencio y a la distancia.

—Isabella, te amo—le susurró su esposo.

Y ella lo miró sintiéndose culpable y volvió a llorar.

—¿Por qué lloráis, mi hermosa cautiva? ¿Sabes que nunca te dejaré ir verdad? Solo muerto me quitarán de tu lado mi bella dama—dijo él como si leyera sus pensamientos.

Ella lo abrazó sin decir palabra y él volvió a besarla, a retenerla contra su pecho mientras secaba sus lágrimas.

Enrico la amaba, lo vio en sus ojos, no mentía, la amaba locamente y no le importaba que fuera la hija de su peor enemigo y escucharlo de sus labios la había conmovido. Nunca pensó que fuera así...

—Enrico, yo creí que... Nunca podrías amarme—dijo entonces.

Él besó sus labios despacio.

—Siempre te amé Isabella, desde que te rapté el día de tu boda, ¿lo recuerdas?

—Pero yo era la hija de tu peor enemigo y...

—Es verdad y me traicionaste antes de casarnos.

—Fue para que no te hicieran daño, tú me salvaste de ser atacada, cuidaste de mí...

—Lo hice porque te amaba tonta. ¿Por qué diablos lo habría hecho? Daría mi vida por ti Isabella y ahora que sé que me darás un hijo mi felicidad será completa... Solo sueño con un día escuchar que tú también me amas, hermosa. Que me ves como soy y no como tu raptor, o el hijo del enemigo.

—Oh, Enrico yo no sabía... Pensé que estabas furioso con nuestra boda y

...

Él la abrazó con fuerza y la besó y entró en ella con urgencia y desesperación. Era suya, su esposa, su amor y nunca la dejaría ir. Isabella gimió estremecida por el ardor de Enrico, que había jurado amarla hasta el fin...

TERCERA PARTE

EL ARDIENTE ENEMIGO

La tragedia golpeó a la familia Golfieri meses después, su hija Simonetta, casada con su hermano Manfredi había muerto de forma misteriosa.

Isabella se estremeció con la noticia y por las sospechas de que había sido asesinada, envenenada. Y sus parientes la miraron con rabia como si ella fuera culpable y de no estar encinta y ser amada con Enrico la habrían matado también.

Lorenzo estaba hecho una furia y su esposo le pidió que permaneciera en sus aposentos.

Ya no se negaba a sus brazos, sino que había aprendido a disfrutar sus encuentros descubriendo nuevas sensaciones y sintiéndose muy unida a su esposo.

El nunca dejaba de buscarla y de amarla con ferocidad, haciéndola estallar una y otra vez hasta dejarla exhausta.

Pero ese día estaba preocupada, la muerte de Simonetta era inesperada y una criada le había dicho que habría una venganza.

—Enrico, lamento mucho lo de tu hermana. ¿Qué pasó? —preguntó entonces a su esposo.

Enrico parecía furioso y atormentado.

—Fueron tus parientes Isabella, la envenenaron.

—Pero ¿cómo lo sabes?

—Porque era una joven sana y vomitó hasta morir. Tal vez dejaron que muriera sin prestar asistencia, estaban furiosos con ese matrimonio y mi hermana estaba encinta.

—Eso es monstruoso Enrico.

—Lo es hermosa, pero no es tu culpa, no te atormentes con eso. La muerte de mi hermana será vengada.

—Oh, no, el duque dijo...

—El duque Visconti maldito siempre estuvo de su lado, y ha enviado investigar su muerte, pero no es suficiente. No hará nada. Solo organizó esas

bodas para fastidiarnos, no buscaba otra cosa.

—Pero él dijo que no podíamos sufrir daño alguno.

—El duque tiene asuntos más importantes de lo que ocuparse, no intervendrá. Isabella, ven aquí... Dejemos ese triste asunto—dijo y la abrazó y abrió su escote para atrapar sus pechos llenos y besarlos. Tenía prisa por hacerlo, no tenía mucho tiempo y debía regresar con sus hermanos y su padre.

Ella gimió cuando sintió sus feroces lamidas en su vientre, y Enrico sostuvo sus caderas y no se rindió hasta que la escuchó chillar desesperada. Oh, era tan hermoso darle placer y luego quedar atrapado en su pequeño sexo, siempre estrecho y delicioso para perderse en ella...

—Isabella, hermosa, te amo tanto...—gimió antes de esa liberación que lo dejó sin habla unos instantes.

Los Golfieri se marcharon al día siguiente y la joven quedó sola con sus cuñadas, y procuró mantenerse alejada de ellas porque no hacían más que burlarse de su vientre abultado y la odiaban en secreto.

Era una pena que ninguna hubiera conseguido un esposo a pesar de estar en edad casadera, pero no le sorprendía, eran dos víboras. Y luego de la visita de Alaric su malcontento había agriado mucho más su carácter.

Un día sin embargo su suegra le rogó que las acompañara a cenar porque había tormenta y sus hijas estaban algo asustadas.

Isabella obedeció y miró temerosa a su alrededor. La tormenta también la atemorizaba, estaba nerviosa por la tardanza de Enrico. Empezaba a quererle, iban a tener un niño y se sentía atormentada por el recuerdo distante del guapo caballero. Nunca debió permitir que la besara así... Y sin embargo esos besos la habían despertado y convertido en una esposa ardiente como Enrico necesitaba. Porque era un hombre lujurioso y no lo contentaba una esposa fría y gazmoña.

Sabía que con el tiempo lo amaría, y comprendía que era el único que la amaba en esa casa y la cuidaba.

Volvió al presente y observó a sus cuñadas con fijeza. Angélica la saludó

con un mohín y le dijo que se sentara. Isabella observó a esa joven de cabello oscuro y ojos verdes sin vida; el cabello lacio le caía como ala de cuervo y habría sido bonita de no haber tenido una nariz larga y labios siempre torcidos en una mueca de desdén.

María en cambio tenía el mismo cabello, los ojos oscuros, pero tampoco era muy agraciada. Simonetta había sido la más bonita pero ahora la pobre estaba muerta y sus parientes querían vengarla.

Isabella se preguntó cuál de sus dos cuñadas la odiarían más.

Vanozza Golfieri entró en la habitación con paso majestuoso, ricamente ataviada como si fuera una reina con un vestido de seda azul bordado con piedras ceñido al busto y un rico sobreveste del mismo tono. Un velo cubría su cabello oscuro y plateado.

La dama saludó a Isabella con gesto altivo y se estremeció cuando escuchó un trueno.

—¿Dónde fueron los Golfieri, donna Vanozza? —preguntó su nuera angustiada.

—Fueron a la ciudad a los funerales de mi hija y luego hablarán con el duque y le exigirán justicia—le respondió su suegra con expresión sombría.

Sirvieron la cena media docena de sirvientes, pero las damas no tenían apetito, excepto Isabella.

—Cuéntame hermana Isabella, ¿cómo era la vida en el convento? ¿Te gustaba estar allí? —preguntó Angélica de pronto.

Ella la miró con expresión inocente.

—Sí, era un lugar muy bonito.

—¿Y qué hacían? ¿Rezaban todo el día y cantaban?

—Estudiaba latín y lenguas, y la vida de los santos. Algebra... Y tenía dos amigas.

—¿Las monjas les permitían conversar y tener amistad? ¡Vaya sorpresa! —opinó su suegra.

—Sin embargo, preferiste casarte con mi hermano a regresar allí—apuntó

Angélica.

—Quería casarme y tener muchos niños, el convento era muy aburrido— confesó Isabella.

—¿Aburrido? La vida monástica no es aburrida—la reprendió su suegra como si hubiera dicho algo muy grave.

Isabella se disculpó y no sintió deseos de comer más.

Un rayo hizo chillar a la menor de sus cuñadas: María.

—Oh, mamá parece la noche del diablo y estamos solas, si un hermano que nos proteja—dijo la joven.

—¿Y quién se atreverá a hacernos daño? Deja de gritar tonta, asustas a Isabella que está en estado.

Se hizo un silencio y fue Angélica quien lo rompió.

—¿Y cómo es que eres tan bella y tus hermanas tan horrendas? —dijo de pronto.

Isabella la miró espantada y su suegra hizo callar a su hija.

—Señora Golfieri, quisiera retirarme—pidió Isabela.

—Angélica, retírate tú, grandísima tonta, si tuvieras mejores modales tendrías un esposo en vez de estar soltera—dijo Vanozza a su hija dándole un pellizco.

La joven se levantó y palideció furiosa.

—¡Tendría un esposo si esa Manfredi no se hubiera robado el corazón de mi pretendiente Alaric D'Alessi! Ella lo sedujo con su belleza, porque donde ella aparece con su cabello rubio nadie se fija en nosotras—dijo señalando a su cuñada.

—¡Oh, eso no es verdad! Cállate tonta, ofendes a la esposa de tu hermano con tus palabras. Discúlpate enseguida grandísima bruta o te daré una paliza— tronó Vanozza con el rostro encendido de ira.

Luego se acercó y alzó la mano para pegar a su hija, pero Isabella chilló asustada.

Angélica temía a su madre y se apuró a disculparse.

—Isabella regresa a la mesa, tienes un bebé en el vientre, debes alimentarlo—le ordenó.

La joven no se atrevió a desobedecer, esa mujer era tan brava como los Golfieri hombres y temió que la golpeará también a ella si no hacía lo que le ordenaba.

Angélica no se escapó de recibir un tirón en sus trenzas y la expulsión a su cuarto sin comer. Isabella la vio irse sintiéndose enferma. No estaba Enrico para protegerla y enfrentarse con quien fuera para que nadie la molestara. Él solía reñir a sus hermanas cuando se ponían bravas y también a su madre, y en una ocasión riñó con su padre por su causa.

Pero Vanozza cuidaba a su nuera, tenía a su nieto en la barriga y se moría porque en su casa hubiera un bebé, hacía años que no había uno. Y era el hijo de su querido hijo Enrico.

Ignoraba que Alaric se hubiera prendado de su nuera, era un comentario maligno de su hija, no podía ser verdad. D'Alessi era un caballero leal y galante, y pensó que sus hijas eran poca cosa para un caballero tan guapo y rico. Arreglarían otro matrimonio estratégico para ambas muy pronto, empezaba a hartarse de la lengua viperina de esas dos. Angélica era la peor, por eso debió disgustar a su invitado y este desistió de pedir su mano.

Isabella mordisqueó una fruta y le contó a su suegra la vida de San Agustín, ella era muy afecta a la vida de los santos. En otros tiempos había sido destinada a un convento, pero luego su familia decidió casarla con Lorenzo Golfieri.

—Una pena, habría llegado a abadesa—se quejó entonces—Era estudiosa y tenía temple para gobernar un convento y mi sangre noble y posición habría sido una gran ayuda. Pero nuestra familia decide nuestra suerte y ellos querían casarme con Lorenzo.

La joven esposa escuchó a su suegra en silencio y se preguntó si esa mujer habría llegado a querer a su esposo. Solían tratarse con fría cortesía, aunque en ocasiones parecían conspirar juntos. Como todos los Golfieri, unidos y

conspiradores.

Cuando Isabella regresó a sus aposentos se estremeció al recordar las palabras de Angélica. Ella lo sabía, había notado las atenciones de Alaric... Y ahora la odiaba más que nunca por haber arruinado su boda.

El fantasma de Alaric pareció entrar en su habitación y ella se cubrió con las mantas de lanas y pieles de oveja porque tenía frío.

La lluvia estalló entonces, una lluvia furiosa, huracanada.

Cerró sus ojos y vio sus ojos en la penumbra de su cuarto, sintió su voz y sus besos. Pero no estaba allí, solo había sido un sueño.

Enrico y su familia regresaron cuatro días después más furiosos que antes de haberse marchado. Traían consigo a Simonetta en su féretro, para ser enterrada en el mausoleo familiar de la familia Golfieri.

Isabella se estremeció al ver la procesión y debió asistir a los funerales de la desdichada joven a quien había visto por única vez el día de su boda con su hermano.

Su esposo estaba muy serio y se alejó con sus parientes para hablar sobre un asunto del que jamás le dijo una palabra.

Pero en la noche la buscó, la había echado de menos, extrañaba sus besos y su cuerpo cálido y rollizo.

—Hermosa, ven aquí...—dijo atrapándola entre sus brazos.

—Enrico, te extrañé tanto...—le respondió ella mientras sus caricias la hacían suspirar.

El joven sonrió:

—¿De veras? Pues yo casi vuelco loco de nostalgia, verte, sentirte... Ven aquí.

Ella se entregó a él sin reserva, pero cuando todo terminó él quiso saber si sus hermanas y su madre la habían tratado bien.

Isabella asintió y le contó el episodio de la tormenta, pero no mencionó la acusación de Angélica. Pero se alegró de su regreso y se sintió feliz y segura entre sus brazos y volvieron a hacer el amor y un día pasearon juntos por el

vergel.

Era un día hermoso de verano, hacía mucho calor y faltaba poco para que naciera su hijo. Tal vez tres semanas o menos y ella esperaba que Enrico no tuviera que marcharse porque estaba algo asustada por el parto.

Y mientras caminaban vio a su suegro se acercaba por el sendero, y unos caballeros de casaca oscura lo acompañaban. Enrico observó a los recién llegados con gesto sombrío.

— ¿Qué ocurre, Enrico? ¿Quiénes son esos caballeros?

Él no le respondió y de pronto vio al guapo caballero Alaric con escuderos y otros hombres de mirada adusta.

Isabella se estremeció al verle, fue como si viera al diablo y sus ojos la miraron embelesados, a ella y a su abultado vientre.

—Felicidades donna Isabella. —dijo besando su mano de forma fugaz. Y volviéndose a Enrico le dijo: —Felicidad amigo mío, creo que tu hijo nacerá muy pronto.

Su marido asintió y su joven esposa se sonrojó incómoda, esos brutos no dejaban de mirarla a pesar de estar en estado, cautivados por su belleza y pensó, “me matarían para robármela, no me fío de esos desalmados”. Y con prisa llevó a Isabella de regreso a sus aposentos y le rogó que se quedara en ellos porque esa noche había invitados.

Enrico estaba celoso, pero ella jamás le desobedecía, y se dijo “he dejado de ser una Manfredi, pero sigo sintiéndome una prisionera que debe permanecer recluida, una reclusa a la que todos aborrecen excepto mi marido.”

Luego pensó en Alaric, haberle visto solo un instante la había dejado muy nerviosa y turbada, su mirada había sido una caricia, como aquella vez que le tendió una trampa y la besó haciéndola sentir sensaciones desconocidas. ¡Qué guapo era, qué gentil, tan distinto a los rudos caballeros que había conocido! Pero debía desalentarle, y permanecer alejada de él todo el tiempo posible.

Y convertirse nuevamente en prisionera de ese castillo.

Alaric buscaba a la joven en el solar disimulando su rabia y frustración al comprender que Enrico la mantenía alejada de su familia y de él principalmente. Había sido imprudente, se había delatado y ahora su viejo amigo sospechaba de él...

Había ido a ese castillo con varios propósitos, pero el principal era ver a la dama que mantenía cautivo su corazón, la bella de dorada cabellera y labios rojos. Verla en estado de avanzada preñez lo había hecho desear con ardor que ese niño fuera suyo y ella su esposa.

No había ido a pedir la mano de esas dos jóvenes casaderas Golfieri como creían, ninguna era de su agrado, solo Isabella, pero ya estaba casada y su marido la cuidaba como un perro guardián.

Pero se quedaría unos días, buscaría una oportunidad... Estaba locamente enamorado de la bella dama y estaba decidido a tenerla un día, no sabía cuando, ni lo que haría por ese amor ardiente y sofocado.

Y para disimular conversó con Angélica y María y la primera lo siguió atontada a todos lados y cuando uno de sus leales escuderos le advirtió se dijo que debía irse con cautela porque la Golfieri podía descubrir sus planes secretos con Isabella.

CUARTA PARTE

LA VENGANZA DE LOS GOLFIERI

Los Golfieri planeaban una venganza contra la familia de su amada para vengar la muerte de su hija Simonetta y Alaric lo sabía. Pero los Manfredi eran enemigos suyos, solo sentía pena por esa joven que debió renunciar a su sangre y a su antigua familia.

Sabía cuál era el plan, y él demostraría su lealtad ayudando a los Golfieri a lograr su objetivo. Pero ella jamás debía saberlo... ¿Qué pensaría la pobre dama que le había confesado que deseaba ir a un convento? ¿Extrañaría su hogar, sus familiares o se habría resignado a su destino? Pronto nacería su hijo, y luego ese tunante le haría otro... Pero él era un hombre paciente y muy tranquilo, no tenía prisas, sabía que necesitaría tiempo para llevar a cabo sus planes secretos para apoderarse de la joven que amaba.

Isabella observó la estampa de Alaric desde la tronera y se estremeció, allí estaba, acompañado por esos caballeros... No pudo apartar sus ojos de la visión hasta que desapareció y pensó, “no debo verle, no debo alimentar locos sueños, Señor ayúdame, debo apartarle de mis pensamientos”. Y se acercó al reclinatorio a rezar, pero entonces un dolor en el vientre la hizo caer al piso.

Algo estaba pasando, y de pronto comprendió que el bebé quería nacer antes de tiempo y gritó pidiendo ayuda.

Fue su suegra quien la escuchó pues sentía pena de verla encerrada y quiso visitarla esa mañana y al escuchar los gritos se asustó y fue en busca de su hijo. Había dejado encerrada a la pobre Isabella en sus aposentos: ¡el muy bruto!

El castillo sufrió una conmoción y partera y sirvientes se acercaron a la celda intentando abrir la puerta mientras otros iban en busca de su esposo.

Pero Enrico estaba en la ciudad con su padre y fue Alaric quien, ayudado por sus escuderos, picas y las armas que disponía logró abrir la puerta de hierro y liberar a Isabella.

Y desafiando cualquier prudencia la vio llorando en el piso y la levantó en brazos llevándola a la cama. Ella lo vio y pensó que era un sueño, estaba entre sus brazos y le hablaba, pero no podía entender lo que decía.

Su suegra intervino poniendo fin al momento romántico.

—Isabella, ¿te caíste? ¿Te sientes bien hija?

—Sí, me duele mucho—confesó.

La partera y dos criadas entraron en acción y expulsaron a los caballeros, eso no era asunto de ellos.

Los dolores no le daban respiro y las mujeres se movilizaron y fueron en busca de mantas limpias, cuchillos, agua hirviendo...

—Tranquila Isabella el bebé va a nacer—dijo su suegra y secó su frente sudorosa con un pañuelo.

—Me duele mucho...

Los dolores la dejaron exhausta, pero la partera era muy hábil y en pocas horas nació el niño: un robusto varón hermoso y saludable que no paraba de llorar.

Isabella se emocionó al tenerle entre sus brazos.

—Felicitaciones donna Isabella, un varón, qué contento se pondrá su marido—dijo la partera—¿Cómo llamaran al angelito?

—No lo sé, Enrico dijo que si era varón se llamaría como él—respondió ella.

Y su suegra no hacía más que decir que era igual a Enrico.

Las criadas se marcharon luego de asear a la parturienta y dejar su cama y su cuarto limpio.

Vanozza fue en busca de la cuna.

Y la joven se quedó sola con su bebé en brazos, exhausta pero feliz. Era hermoso y su suegra tenía razón, se parecía mucho a Enrico.

Entonces lo vio parado en la habitación, desafiando cualquier prudencia. A él, al caballero Alaric D'Alessi observándola embelesado.

—Felicitaciones donna Isabella—dijo y desapareció como una visión.

Luego supo que él la había salvado, que Enrico la había dejado encerrada para que no saliera y nadie podía abrir la puerta.

Su marido llegó al anochecer y corrió a ver a su hijo y de pronto la joven se vio rodeada de Golfieri que querían conocer al heredero.

—Un varón—decían todos.

Enrico lo tomó en brazos y besó su cabecita con ternura.

—Miren es igual a mí. Padre, lo llamaré Enrico. Debemos celebrar su nacimiento—dijo.

—Tu hermana no se enfría en la tumba, Enrico. No podremos celebrar ahora.

Pero Enrico se embriagó y durante la cena brindó por su esposa y su hijo sin notar una mirada llena de celos y envidia.

La misma que vio Isabella días después, cuando Angélica fue a conocer a su sobrino.

Permaneció parada en la cuna como un espectro, y luego miró a su cuñada, era una pena que sobreviviera al parto y que fuera Alaric quien la salvara.

Isabella se acercó y tomó en brazos a su bebé que comenzó a llorar de hambre y la joven no se movió.

—Es hermoso, hermana Isabella—dijo Angélica entonces.

Pero la joven madre no se sintió tranquila hasta que su cuñada se hubo marchado. Y cuando Enrico fue a verla la encontró llorando.

—¿Qué ocurrió, hermosa? ¿Por qué lloras ahora?

Ella no quería decirle hasta que mencionó la visita de su hermana Angélica mirando celosa a su bebé.

Enrico detestaba a su hermana, era una víbora, pero no la creía capaz de hacerle daño a su hijo, no estaba tan loca para hacer eso. Sin embargo, decidió hablar con su madre y prohibirle a Angélica acercarse a Isabella o a su hijo.

Vanozza quiso saber qué ocurría y al enterarse apretó los labios furiosa y pensó que debía casar pronto a su hija o enviarla a un convento.

Habló con su marido al respecto, pero este tenía otro asunto en mente mucho más urgente y le dijo que luego decidiría qué hacer con su hija.

Debían bautizar al pequeño Enrico y lo hicieron a los pocos días de nacido para consternación de su madre que vio como se lo llevaban con lágrimas en los ojos. Ella no podía asistir a la Iglesia por estar impura, lo haría luego de la cuarentena.

—Yo lo cuidaré mujer, no te aflijas, mataré a quien se atreva a acercarse a mi hijo—dijo Enrico.

Isabella se quedó sola y fue a dar un paseo por los jardines. Su marido no había vuelto a encerrarla luego de que naciera su hijo y quiso aprovechar la paz que había, sin sus cuñadas, ni los Golfieri, ni los caballeros de Alaric. Sospechaba que algo tramaban, pero su marido jamás le contaba sus reuniones secretas. Tal vez la considerara una enemiga...

Estaba nerviosa por su bebé y rezó para que nada malo le ocurriera, era tan pequeñito, solo tenía una semana de nacido.

Contempló el paisaje, los arboles y campos cultivados donde campesinos trabajaban la tierra y suspiró. Era un lugar hermoso y rara vez podía recorrerlo, no hacía más que permanecer encerrada y ahora sufría porque no tenía a su bebé para consolarla.

De pronto lloró sin saber porqué sintiéndose una prisionera, vigilada constantemente, encerrada en sus aposentos y pensó que no era eso lo que había esperado de su matrimonio. No era feliz, tenía a su bebé y lo adoraba y también un esposo que la cuidaba, pero algo faltaba en su vida y una extraña nostalgia la envolvió. Una añoranza de algo desconocido, de que su vida fuera diferente y ella no fuera siempre rechazada por ser la hija de un Manfredi.

Pero no podía volver atrás, Enrico la había raptado y convertido en su rehén... Al menos ahora se había adaptado a su vida matrimonial, aunque no fuera feliz.

Y mientras se internaba en el vergel poco después tuvo una sensación inquietante, como si alguien la vigilara de cerca. Miró a su alrededor y entonces pensó “es Angélica, se quedó aquí para lastimarme, me odia tanto” ...

Apuró el paso asustada, porque podía oír con claridad las pisadas en el pasto. Corrió, pero alguien salió de entre los árboles y la atrapó cubriendo su boca. Era él, Alaric y le rogó que no gritara, que no le haría daño.

—Hermosa, al fin habéis salido de vuestro escondite. ¿Acaso han vuelto a encerrarla con llave? —preguntó el guapo caballero.

—No...

Estaban muy cerca el uno del otro, pero Alaric la liberó despacio sin dejar de mirarla con ardiente deseo.

—Signore, no debe usted acercarse a mí se lo ruego, mi cuñada Angélica lo ha notado y me ha acusado de arruinar su boda.

Sus palabras lo dejaron perplejo.

—¿Su boda? Jamás habría pedido la mano de esa joven, tiene mal carácter y no me agrada.

—Ella me odia signore y no deja de vigilarme, ansía mi ruina y si nos ve conversar...

—Descuide, no hay un solo Golfieri en todo el castillo, fueron a bautizar a su hijo. Donna Isabella, estuvo usted llorando. Aguarde...—dijo y la retuvo, ella se estremeció al sentir esa caricia en su mano.

—Signore D’Alessi le ruego que se aleje de mí, soy la esposa de Enrico y usted amigo de su familia. Por favor, déjeme en paz. Se lo ruego.

Pero el enamorado no iba a rendirse y tomándola entre sus brazos la besó con suavidad. Había esperado tanto ese momento, no pudo contenerse. La joven se resistió despertando aún más su deseo y sujetó su cintura y su espalda solo para sentir su cuerpo más cerca del suyo.

Ella se resistió, luchó, pero de pronto se quedó inmóvil disfrutando ese beso que despertaba en ella sensaciones nuevas y desconocidas. Hasta que

recuperó la sensatez y lo empujó con todas sus fuerzas.

—Usted ha cautivado mi corazón mi bella dama, y tal vez he llegado al suyo por asalto... Lo veo en sus ojos donna Isabella.

—No vuelva a besarme, soy una mujer casada y no estoy interesada en sus atenciones. Yo no lo amo, y tengo un esposo y un hijo a quien cuidar. Y si acaso siente algo por mí deje de ponerme en peligro con sus arrebatos amorosos signore D'Alessi—exclamó y quiso correr, pero el volvió a atraparla y la mantuvo cautiva un instante más solo para murmurarle a su oído con suavidad: “Usted no es feliz con su esposo, no lo ama, y yo no tomaré esposa porque solo sueño el día en poder liberarla de su prisión hermosa doncella cautiva. Espere mi regreso, no importa cuánto tiempo deba esperar, usted será mi esposa un día.”

Su promesa la hizo estremecer, su voz, su mirada y de pronto volvió a besarla y la dejó ir una vez más con la certeza de que un día sería suya para siempre.

El bebé regresó sano y salvo y fue bautizado con el nombre de Enrico Lorenzo Golfieri y se convirtió en el amor de sus padres y parientes Golfieri. Alaric se marchó una semana después y donna Isabella lo vio partir desde la tronera de su habitación sintiendo una tristeza inesperada. Amaba a ese caballero, lo amaba sin saber por qué, pero debía olvidarle. No había esperanzas para ellos, estaba casada con Enrico y sabía que tendrían otros niños y jamás podría abandonarle.

Pasó el tiempo y el pequeño cumplió seis meses y al castillo llegó la triste noticia de la muerte de su hermano Francesco, casado con Simonetta.

Isabella se alejó para llorar en su habitación sin poder soportar las miradas de sus suegros y parientes Golfieri. Porque entonces intuyó que ellos sabían algo o simplemente disfrutaban de la desgracia de su familia. Pero Francesco seguía siendo su hermano y en ocasiones pensaba en sus padres y hermanas sabiendo que formaban parte de su pasado.

Estaba muy abatida y no escuchó cuando Enrico entró y se acercó a ella

despacio y la abrazó sin decir palabra. Solo eso, como si se solidarizara con su pena.

Pero una sospecha creció en su mente al ver la calma que siguió a la muerte de su hermano, miradas, silencios y secretos. Estaba en el castillo de sus enemigos y no debía olvidarlo.

Sin embargo, habían respetado su vida, y su familia había envenenado a la pobre Simonetta, no había dudas de ello. De pronto se reveló contra los Manfredi, ¿es que esa maldita guerra nunca tendría fin?

Ahora sus familiares querían vengar la muerte de su hermano y luego...

Se acercó a la cuna donde dormía su bebé y acarició su cabecita pequeña. No habría futuro para el pequeño Enrico Lorenzo, una herencia de odios y enemistades y un matrimonio que no había traído paz. ¿Qué ocurriría con su hijo en el futuro? Era un angelito indefenso, inocente, tan vulnerable...

Una voz la sobresaltó.

—Hermana Isabella—dijo Angélica entrando en su habitación.

Tenía prohibido hacerlo y tal vez por eso lo hizo, aprovechando la ausencia de su padre y hermanos.

Ella sostuvo a su bebé y la miró asustada.

—Lamento la muerte de tu hermano, pero tu familia mató a mi hermana Simonetta.

El bebé comenzó a llorar de hambre y tal vez asustado de la maligna presencia en sus aposentos. Isabella se sentó en su cama y lo acarició, pero la boquita roja y hambrienta buscaba alimento y no se calmó hasta que lo tuvo.

Angélica sonrió al ver la escena.

—Isabella, me iré en unos días, mi padre me ha conseguido un esposo— anunció la joven con expresión radiante y entonces su cuñada notó el cambio en ella.

—Felicidades Angélica, no sabía...

—Es Pietro Sismondi, solo lo vi una vez, me iré muy lejos, a Ferrara. Mis padres están complacidos y yo también. Tendré mi propio castillo y estaré a

salvo de las intrigas de mis parientes.

—Me alegro Angélica, te deseo toda la felicidad.

La expresión de la joven cambió.

—¿Ahora eres tú quien me envidia no es así? Porque yo me iré y tu siempre serás prisionera de mi hermano.

Isabella tragó saliva, era una triste verdad, pero estaba resignada a su suerte.

—No temas, mi hermano siempre cuidará de ti, vive prendido a tus faldas ¿no es así? Te hará un montón de niños y mis padres... Creo que no te harán nada porque eres fértil y prudente. Procura obedecer siempre a mi madre, ella puede ser muy cruel a veces.

—Angélica, vete por favor—le rogó Isabella.

Pero la joven estaba inquieta, había sido su feroz enemiga mucho tiempo y no perdería la oportunidad de clavar su ponzoña. Sin embargo, tuvo un momento de vacilación y antes de marcharse le preguntó:

—Mi madre dijo que debo entregarme a mi esposo, pero yo... Estoy algo asustada.

Isabella se sonrojó cuando su cuñada quiso saber cómo había sido su noche de bodas.

—Mis sirvientes dijeron que lloraste, ¿es verdad? ¿Fue muy doloroso? — insistió.

La joven se sintió furiosa y avergonzada, ¿acaso esos sirvientes se dedicaban a espiarla o solo escuchaban tras las puertas?

Y mientras seguía alimentando a su bebé miró a su cuñada y le dijo con calma:

—Es un tormento Angélica, humillante y doloroso, querrás escapar y no podrás porque quedarás atrapada en su cuerpo. Gritarás, y llorarás, pero nada lo detendrá porque en esos momentos no son hombres, son fieras salvajes y no te dejará en paz hasta saciarse en ti luego de besar todo tu cuerpo y si te resistes te atará a la cama o tal vez te golpee. Con el tiempo te acostumbrarás

y no creas que quedar encinta te libraré de compartir su cama porque no es verdad. Porque para eso se casa contigo, para poder tomarte todas las noches y a toda hora.

Su cuñada palideció al oír esas palabras y se alejó espantada dando alaridos. Isabella sonrió y se sintió vengada y rió un buen rato recordando la expresión atormentada de Angélica. Estaba segura de que no volvería a molestarla haciendo preguntas tan poco delicadas.

Después se sintió algo culpable, en realidad Angélica le había dicho la verdad, su hermano la había tomado esa noche y la había hecho llorar. Y todo ese tiempo jamás dejó de saciar su deseo en ella, solo que él decía amarla. Amor y lujuria, porque ardía en deseo por ella y nunca parecía estar satisfecho y temía que pronto la dejara de nuevo encinta. No sabía por qué esa idea la espantaba. Mientras tuviera niños estaría a salvo en ese castillo. Pero había sufrido tanto al dar a luz que no quería tener un hijo muy pronto...

Angélica partió con sus arcones repletos de vestidos y un cofre de joyas de la familia. Y un cargamento de mobiliario que sería parte de la dote. No fue a despedirse y la vio en el salón más pálida que de costumbre y con los ojos hinchados por haber llorado.

Isabella se sintió atormentada por la culpa, pero la joven quería casarse y alejarse de ese castillo y tal vez sí la envidiaba por poder marcharse lejos mientras que ella siempre sería prisionera de Enrico. Atrapada en sus gruesos muros y en su cuerpo ardiente, insaciable... Sometida a sus deseos como una esclava que solo existía para darle placer y niños.

Y esa noche luego de entregarse a él lloró pensando en Alaric, su fantasma llegaba en ocasiones para atormentarla en los momentos más inoportunos. Había prometido llevarla consigo y convertirla en su esposa, pero eso no era más que un vano sueño. Era la esposa de Enrico, su amante y cautiva y sabía que jamás la dejaría ir.

Solo muerto lo apartarían de su lado, y él jamás le haría daño ni permitiría a sus parientes que lo hicieran, porque la amaba y la deseaba tener para sí,

como su prisionera para siempre.

Pero Enrico seguía siendo el hijo del enemigo, y tenía sus secretos. Debía saber quién había matado a su hermano y muchos otros ardides que ella desconocía. Jamás hablaba de esos asuntos ni ella se habría atrevido a preguntarle. Habría detestado ayudarlos en su querella, era una Manfredi y siempre lo sería, una Manfredi tomada de rehén, jamás sería una de ellos. Sin embargo, debía mostrarse leal y permanecer en sus aposentos sin dar disgustos a nadie.

Y esa noche Enrico estuvo más ardiente que nunca, insaciable; porque deseaba dejarla encinta de nuevo y llenar el castillo de niños, Isabella lo soportó todo sin quejarse, pero sin el entusiasmo de antes. No quería pensar en Alaric, le hacía daño y de pronto se durmió en su pecho y él la abrazó y besó con ardor.

—Isabella, te amo tanto... Mi hermosa cautiva—le susurró y sus palabras la estremecieron porque sabía que era verdad. Y a pesar de su descontento, de soñar con una vida distinta ella había empezado a quererle, a necesitarle. Y no verle por horas o a veces por días la llenaba de angustia porque pensaba, si algo le ocurre a mi esposo los Golfieri me matarán.

Meses después supo que estaba nuevamente encinta y no le sorprendió y se sintió feliz pensando que tendría otro bebé. Angélica ya no estaba para atormentarla y María se había acercado a ella por el pequeño Enrico y su suegra se había convertido en su más fiera defensora.

Cuando Enrico supo la noticia la abrazó y besó con suavidad. Luego fue a ver a su primogénito que dormía como un santito en su cuna de madera.

Fueron tiempos felices y alejada de Alaric Isabella pudo entregarse a su esposo en cuerpo y alma y sentir que había empezado a amarle y era feliz en el castillo con sus parientes enemigos y de pronto comprendió que sus padres jamás habían intentado acercarse a ella, ni sus hermanas. Que ya no era uno de ellos y que no les debía lealtad alguna.

Pero se sentía insegura, temía la venganza de sus familiares, y más

muerdes, intrigas... ¿Es que nunca tendrían paz?

Cuando se lo dijo a su marido él la miró con expresión ausente.

—Tu antigua familia jamás lo permitirá Isabella. Mientras haya un Manfredi habrá guerra.

—Pero ellos querrán vengar la muerte de mi hermano, ustedes le mataron ¿verdad? —por primera vez se atrevió a hacer esa pregunta.

Enrico se acercó y la besó, y le dijo:

—Hermosa, no pienses esas cosas.

—Pero era mi hermano. ¿Por qué...?

—Matar a una mujer es una cobardía y los Manfredi envenenaron a mi hermana Simonetta que no hacía mal a nadie, ¿lo olvidas?

—Tal vez fue un accidente...

—No lo fue, yo vi sus labios negros Isabella, y no te contaré más porque no quiero asustarte. No querían entregarnos su cuerpo, lo habían enterrado con prisas ¿sabes? Nunca te he contado ni te contaré cómo mataron a mi hermano Giulio hace años, pero yo tengo más hermanos mientras que a ellos solo les queda un primogénito y dos sobrinos. Somos superiores en número y los extinguiremos hasta que no quede uno solo.

Las palabras de su marido dichas con tanto odio la hicieron estremecer y de pronto lloró al comprender que ella no sabía nada de asesinatos y venganzas y que el odio entre ambas familias sería inextinguible.

Su esposo la abrazó y la besó lleno de amor y de deseo por su doncella cautiva, a quien había raptado por venganza y de quien se había enamorado ardientemente.

—Tú no eres como ellos Isabella, y he olvidado que tienes su sangre. Estarás a salvo en este castillo, nadie te hará daño, te lo prometo. Pero solo puede haber un vencedor en esta guerra y seremos nosotros.

—No hables así Enrico, me asustas. No quiero pensar en guerras y venganzas, solo quiero vivir en paz sin sentirme prisionera en este castillo.

Él cerró sus labios con un beso dulce y apasionado y la llevó a la cama

donde comenzó a desnudarla. Amaba cada rincón de su cuerpo y solo cuando le hacía el amor sentía paz y satisfacía ese deseo arrollador que lo consumía.

Y ella respondía porque lo amaba, pero estaba asustada, era la primera vez que él le hablaba de los planes de su familia de exterminar la casa Manfredi y aunque no lo había confesado sabía que ellos habían matado a su hermano.

Habían debilitado a los Manfredi impidiendo su boda con Visconti y matando a su hermano. Los Golfieri eran superiores en número y estaban decididos a vencer. Y ella presenciaría el fin de su casa sin poder hacer nada.

Enrico acarició su vientre que comenzaba a crecer y deseó tener otro varón, porque los Golfieri engendraban varones y ella era una esposa fértil. Isabella suspiró y quiso dormirse, pero Enrico la despertó con caricias y volvió a entrar en ella con urgencia como si quisiera hacerle otro bebé ese día.

Y cuando el éxtasis pasó besó su cabeza diciéndole que nada debía temer, que siempre cuidaría de ella. Isabella se refugió en su pecho y él la abrazó con mucha fuerza.

—Te amo Enrico—le dijo entonces y lloró, porque la perseguía el recuerdo de Alaric como una sombra de pecado y aunque había hecho penitencia para ser perdonada su alma no tenía paz. Nunca la tendría.

Él tomó su rostro y dijo acariciando su rostro.

—Isabella, dilo de nuevo por favor...

—Te amo Enrico, siempre te he amado.

Sus ojos se emocionaron y la atrajo contra su pecho.

—Moriría feliz luego de haber escuchado esas palabras mi hermosa cautiva Manfredi...—dijo y la besó.

—No digas eso, por favor—respondió Isabella alarmada porque pensó que su familia podía acaso... Y entonces lloró porque tuvo un mal presentimiento.

—Nunca viviré tranquila Enrico, cada vez que te vas temo no volver a

verte—confesó ella.

—No me matarán, soy demasiado malo y ni el diablo me quiere en su infierno—bromeó él.

—No hables así, es pecado—dijo ella.

—Pecado es no hacerte el amor y hacerte diez niños Isabella. No necesito el perdón divino, mi alma está perdida y no temo a la muerte, porque siempre estaré a tu lado amada Isabella.

Un mes después fue el cumpleaños de su suegro y hubo muchos invitados en el castillo negro, amigos y aliados de los Golfieri y Alaric apareció con su séquito de caballeros y escuderos para rendir homenaje a su amigo Lorenzo.

Isabella estaba muy hermosa con su vestido escarlata y dorado, y una toca cubriendo su dorada cabellera, reunida con su suegra y sus cuñadas y no notó su presencia hasta que él se acercó a saludar a las damas.

La joven se estremeció y permaneció con la mirada baja y su suegra fue la que intervino conversando con el caballero D'Alessi, era una pena que no se casara con una de sus hijas, era un hombre muy guapo y agradable. Y muy tonto al mirar a su nuera. Pero todos los caballeros notaban su presencia a pesar del velo.

Angélica entró en escena con su marido y la pobre Isabella se sintió muy mal al verla. Se veía radiante y feliz, pero seguramente no la habría perdonado por haberle hablado con tanta crudeza sobre la noche de bodas.

Tuvo ganas de marcharse, el guapo caballero no la dejaba de mirar y debió conversar con él por mera cortesía. Pero no podía escabullirse, era el cumpleaños de su suegro y todos lo notarían.

Y cuando estuvieran a solas, luego de que Vanozza se llevara al caballero D'Alessi a otro lugar, Angélica la miró con maligna satisfacción.

—Bueno, ese caballero sí que es osado y paciente. Me pregunto qué diría mi hermano si supiera que su bella esposa tiene un admirador tan ardiente—dijo Angélica.

Isabella palideció nerviosa. Enrico no debía saberlo nunca.

—Angélica, soy una dama casada y jamás haría nada para lastimar o avergonzar a tu hermano. Deja de decir esas tonterías—dijo la joven.

Su cuñada miró a su alrededor con expresión maliciosa.

—Es un hombre peligroso Isabella, y aunque es leal a mi familia creo que sería mejor que mi hermano supiera esto.

—¿Y qué debe saber? Jamás lo he alentado Angélica ni él me ha dicho palabra—mintió ella alterada.

—Bueno, es una descortesía cortejar a la esposa de un amigo leal ¿no lo crees así? Porque Enrico y él son amigos y aliados contra los Manfredi y otros enemigos menores.

Isabella sabía que su cuñada tenía razón y se quedó mirándola sin decir nada. Sintió deseos de llorar y se alejaba cuando tropezó con Enrico y él la abrazó.

—¿Qué tienes hermosa, estás llorando? —dijo.

Ella no le respondió y él miró a su alrededor furioso y decidió llevársela a sus aposentos para conversar con tranquilidad.

En el solar ella se quitó la toca y él vio su cabello dorado y su esbelto talle y le costó poner en orden sus pensamientos.

—¿No vas a decirme por qué llorabas hermosa? ¿Acaso algún caballero os ha importunado con atenciones? —preguntó.

Isabella lo miró y trató de fingir sorpresa mientras pensaba con desesperación alguna excusa razonable.

—No, eso no ocurrió Enrico solo que estoy algo cansada y no me sentía cómoda.

—¿Entonces fue Angélica, acaso esa víbora ha vuelto a molestarte?

—No, no déjala, yo me lo merezco ¿sabes?

Él la miró sorprendido.

—¿Por qué dices eso, Isabella?

Ella estaba algo avergonzada.

—Antes de marcharse tu hermana vino aquí y dijo que yo la envidiaba

porque ella podría marcharse del castillo y yo siempre sería cautiva de ti. Y luego quiso saber de lo que ocurría en la intimidad y...

Enrico rió sin poder contenerse.

—No debí hacerlo, ella estaba muy asustada cuando se fue.

Su esposo la abrazó y besó sus labios.

—Se lo merece por malvada, no te atormentes con eso. Escucha, quédate aquí si no quieres estar en el salón, los festejos durarán muchas horas.

Enrico iba marcharse, pero ella lo retuvo asustada, temía que Angélica le contara de sus sospechas sobre Alaric y lo abrazó y le pidió que se quedara un poco más y le hiciera el amor. Él sonrió encantado de la invitación y aunque tenía prisa por regresar acompañó a su esposa al lecho y comenzó a desnudarla con prisas mientras la besaba y recorría su cuerpo con caricias.

Ardientes y apasionados, los amantes se internaron en su mundo privado de locura y placer sin oír los gritos desde el salón.

Isabella gimió y lo abrazó y él sintió que no podría moverse y regresar a la fiesta, se quedaría con su hermosa cautiva y le haría el amor otra vez. Esa noche había estado tan ardiente y apasionada...

Pero unos golpes en la puerta pusieron fin al romántico encuentro.

—Enrico, Enrico—gritó la voz de su padre—Han envenenado a tu primo Giacomo.

Enrico se vistió a prisa, se puso las calzas, la camisa.

—Ya voy papá, aguarda—respondió. Tenía el corazón palpitando y su esposa lo miró aterrada.

—Quédate aquí Isabella, echa el cerrojo—dijo y le dio un beso fugaz—Vendré en cuanto pueda.

Al regresar al salón su primo estaba agonizante y poco pudieron hacer. Había bebido una copa envenenada de la mesa, del lugar donde siempre se sentaba Enrico, que él quiso ocupar cuando todos se sentaron por hacer una broma.

Los sirvientes retiraron las copas y las vaciaron y la fiesta se convirtió en

tragedia.

Su primo había vaciado la copa con prisa porque tenía sed, eso dijo su madre llorando, su pobre primo alegre y amigo de la jarana, murió poco después.

Pero lo más inquietante fue saber que la copa había sido destinada a Enrico y que en el castillo había un espía de los Manfredi.

Todos los sirvientes y criados fueron interrogados, pero juraron ser inocentes y el conde Golfieri les creyó, muchos habían nacido en el castillo Negro. Pero alguien debió infiltrarse, algún espía.

Envió a sus caballeros a buscar al responsable creyendo que tal vez hubiera huido a los jardines y pudieran encontrarle.

El encargado de servir el vino fue interrogado pero el sirvió todas las copas y muchos habían bebido un sorbo de vino y todos estaban perfectamente bien.

—¿Quién repartió las copas? —insistió Lorenzo Golfieri.

Pero los invitados estaban distraídos: acomodándose en la mesa, charlando y nadie prestó atención a los sirvientes.

El conde Golfieri estaba furioso, esa copa envenenada había sido destinada a su hijo Enrico, y solo podía ser la venganza de esas ratas Manfredi. Y habían perdido a Giacomo, a su querido sobrino y su pobre madre; prima de su esposa y presente esa noche, estaba desconsolada.

Todo el clan Golfieri había palidecido. Creían estar a salvo de los venenos, pero al parecer uno de los invitados lo había hecho. No había otra explicación. Así que uno de ellos no era leal sino un traidor, tal vez aliado secretamente con la familia Manfredi.

Pero eso no podía ser.

Enrico dijo a su padre:

—Isabella me salvó esta noche.

Lorenzo lo miró sorprendido.

—La llevé a sus aposentos porque no se sentía bien y luego...

—Quedaste prendido a sus faldas como siempre supongo—respondió su padre.

—O tal vez ella sabía que su familia intentaría matarte—apuntó Angélica que había escuchado la conversación.

Enrico la miró con odio.

—Calla bruja desgraciada, mi esposa me salvó y ella nunca me haría daño. Me ama ¿sabes? Y sufre cada vez que me alejo del castillo porque no puede estar sin mí.

Lorenzo reprendió a su hija por hablar de esa forma. Su nuera no tenía trato alguno con sus parientes, no podía siquiera imaginar que intentarían matar a su esposo.

—Fue un milagro hijo y siempre estaré en deuda con tu esposa por haberte salvado, pero debemos ser cautos. Tu primo murió y esos malnacidos sabrán que han fallado y querrán asesinarte de nuevo.

Angélica se marchó furiosa y entonces vio al caballero D'Alessi que permanecía en la sombra con gesto torvo y pensó “él también quiso sentarse en la silla de Enrico, pudo verter el veneno cuando nadie lo vio, odia a mi hermano y codicia a su esposa, no deja de mirarla con deseo y lujuria”.

Pero nadie le creería y tuvo miedo, tal vez la matara a ella si intervenía en ese asunto. Enrico la odiaba por culpa de Isabella, y sus padres también. Pero era una Golfieri y nadie haría daño a su familia.

Y decidida fue a hablar con su hermano en privado.

—Enrico escúchame por favor, debo advertirte.

Él la miró alerta.

—Si dices que fue mi esposa, te mataré Angélica.

—Perdóname, no quise decir eso, ¿tú la amas verdad? Sé cuanto amas a esa bella Manfredi, por eso no pudiste vengarte la primera vez.

—¿Y qué quieres hablar conmigo? No tengo tiempo para tus tonterías, hay trabajo que hacer.

—Espera por favor, Enrico. Debo advertirte, tengo horribles sospechas.

Su hermano se detuvo y la miró ceñudo.

—¿Y de quien sospechas ahora, hermanita?

La presencia de Alaric hizo palidecer a la joven.

—Hemos encontrado a un espía intentando fugarse del castillo Enrico— dijo y miró de forma extraña a la joven.

Enrico miró a su viejo amigo y sonrió y le agradó saber que al fin habían encontrado al culpable. Y Angélica pensó que era una tonta por haber pensado que Alaric lo había hecho y se alejó asustada.

Enrico olvidó lo que su hermana iba a decirle.

Isabella se durmió esperando a Enrico luego de rezar inquieta durante horas. Algo muy horrible había pasado en el castillo, escuchó las voces, los gritos y rezó porque nada malo le hubiera pasado a su esposo.

Al día siguiente enterraron a Giacomo en la cripta familiar y celebraron una misa por su alma.

Los Manfredi negaron ser responsables de la muerte de Giacomo Golfieri, pero nadie creyó en su inocencia y tramaron una nueva venganza.

Isabella se enteró de lo ocurrido a la mañana siguiente por Angélica y sufrió un desvanecimiento.

Alaric, que estaba cerca la sostuvo justo a tiempo y la llevó a sus aposentos y Angélica los siguió a corta distancia furiosa.

Ese malvado hombre siempre aprovechaba que su hermano estaba lejos para acercarse a su esposa en vez de llamar a los sirvientes.

Angélica buscó a su madre y a las criadas para que ayudaran a su cuñada.

Isabella volvió en sí y vio al caballero D'Alessi mirándola embelesado.

—Yo no lo hice donna Isabella, se lo juro—dijo él con expresión atormentada.

Y entendió por qué le decía esas palabras.

—Si mi esposo muere yo me iré a un convento signore D'Alessi, yo lo amo ¿entiende? Enrico siempre ha sido bueno conmigo y me ha cuidado. Moriré de pena si algo le ocurre y no querré tomar marido ni seguir viviendo.

Se lo juro por lo más sagrado. Aléjese de mí, se lo ruego—le susurró.

Sus palabras lo conmovieron.

—Lo haré donna Isabella, se lo prometo—dijo y se alejó silenciosamente sin mirar atrás.

Unas criadas entraron en la habitación para atenderla.

—¿Dónde está mi esposo? —les preguntó Isabella.

—Está en el funeral de su primo, signora.

La joven se angustió pensando que su pobre esposo pudo ser asesinado anoche, con una copa envenenada. Y Angélica había insinuado que Alaric pudo hacerlo y eso fue lo que le provocó el desmayo.

Y ese caballero la había llevado en brazos y su presencia en su habitación la turbaba. No quería verle ni estar cerca de él, estaba furiosa por lo que había hecho. Y de pronto se sintió atormentada por la culpa.

En el solar Angélica vio al caballero d'Alessi acercándose a ella con expresión sombría. No le agradaba ese hombre, era guapo pero malvado y tramaba algo, lo intuía.

—Signora Angélica, ¿puedo preguntarle por qué odia tanto a su cuñada Isabella? ¿Acaso envidia su belleza? —le dijo Alaric.

Ella se sonrojó.

—La belleza no es una virtud caballera D'Alessi, sino que causa más disgustos que felicidad a las damas que la poseen en exceso como mi cuñada.

—Pues debería ser más cuidadosa con su rabia, no olvide que donna Isabella está en estado y puede perder a su bebé si usted insiste en atormentarla. Tal vez es lo que usted desea.

—Eso no es verdad, jamás desearía dañar a un hijo de mi hermano.

Esas palabras hicieron que el caballero sonriera de forma extraña.

—Bueno, usted también me acusó ante su cuñada sin ninguna prueba. Han encontrado al espía de los Manfredi y usted iba a acusarme ante su hermano de haber intentado matarle.

—Los Manfredi lo han negado y ese pobre tonto confesó porque lo ataron

a un caballo. Yo no creo ni una palabra de lo que dijo. Usted lo hizo, no hace más que suspirar por mi cuñada, lo he visto y espera robársela a mi hermano. Pero yo lo detendré, soy una Golfieri no lo olvide y aunque mi hermano sea un bellaco no merece morir porque un hombre desee a su esposa.

Alaric se acercó aún más a la joven y la miró con una mirada maligna y asesina.

—Si lo hace sellará su suerte donna Angélica. No escapará de mi venganza.

La joven tembló al sentir el frío de la muerte en su espalda, y comprendió que ese hombre hablaba en serio y la mataría si decía una palabra.

Y esa misma tarde huyó despavorida del castillo con sus sirvientes y regresó con su marido a Ferrara. No quería morir, y rezó en silencio para que nada malo le ocurriera a Enrico ni a su familia.

Los Golfieri regresaron del funeral y permanecieron tristes y sombríos, apreciaban mucho a Giacomo, y para Enrico era como su hermano.

—Su muerte no quedará impune, padre—declaró entonces.

Luego fue a visitar a su esposa y la encontró alimentando a su hijo. Besó la cabeza de ambos y pensó que esa imagen le daba paz en medio de su dolor.

—Enrico, anoche... Quisieron matarte, Angélica dijo...

Un gesto de rabia cambió la expresión de su marido.

—Esa bruja nunca aprenderá a cerrar su boca.

—Dijo que una copa...

Él se acercó y la abrazó y se hizo un silencio interrumpido por el rollizo bebé alimentándose con desesperación. Enrico sonrió al notar lo.

—Es muy glotón mi primogénito—dijo—Te está haciendo adelgazar, ¿por qué no dejas que lo amamante la nodriza? Tal vez no sea bueno ahora que estás encinta.

Isabella sonrió.

—Me gusta hacerlo Enrico, él extraña y no quiere tomar cuando lo amamanta la nodriza—respondió.

—Angélica, ya puede caminar, no debe seguir prendido como un bebé pequeño.

El niño no dejó de hacer ruido hasta vaciar los senos de su madre y luego se durmió y su madre esperó a que eructara. Le gustaba sentir su olor y ese calorcito en su pecho. Era como un ángel y en ocasiones la angustiaba el futuro de su hijo y ahora de su marido.

—Enrico, ¿quién lo hizo? —preguntó luego.

—No estamos seguros, hermosa, tu familia lo ha negado pero tal vez nunca digan la verdad. Pero no pienses en eso, tú me salvaste ¿sabes? Cuando me pediste que me quedara y te hiciera el amor anoche... De no haberte visto llorando y haberte traído, y haberme quedado contigo... Solo lamento que fuera mi pobre primo quien muriera, jamás debió ocurrir.

—Pero pueden hacerlo de nuevo Enrico, yo estoy muy asustada. Nuestro bebé, nuestro futuro... Temo que algo horrible te ocurra, anoche pudiste morir, tu primo murió...

Isabella dejó al bebé en la cuna y lo observó dormir como un angelito inocente.

—No temas mi amor, no me matarán, no me iré de este mundo hasta haberte amado muchos años, y ver a nuestros niños correteando en los jardines. Te lo prometo.

—Pero no depende de ti Enrico. Esta guerra solo traerá muertes, ¿es que no lo entienden? Se matarán unos a otros hasta que ya no quede ninguno.

—No pienses en eso hermosa, ven aquí, déjame besarte y festejar que tengo toda una vida para amarte.

Ella se dejó arrastrar a la cama, pero lloró cuando hicieron el amor, no pudo evitarlo, estaba asustada y no podría soportar que algo le pasara a Enrico. Era su marido, su amor, y protector, él y su hijo era todo cuando amaba en ese castillo, se moriría de tristeza si algo les ocurría. Las palabras dichas al caballero Alaric eran sinceras, aunque fuera inocente de tan malvada acción y seguramente lo era, debía comprender que jamás cedería a sus deseos y que

debía dejar de importunarla con sus atenciones.

—Isabella, no llores por favor, nada malo pasará te lo prometo... —le susurró Enrico.

Pero ella nunca olvidaría lo ocurrido esa noche durante el cumpleaños de suegro cuando un desconocido vertió veneno en la copa de su marido y ella sin saber lo retuvo porque estaba asustada y salvó su vida... Y pensar que pudo morir, que la muerte lo rozó tan de cerca la angustió y aumentó su temor.

No creía que Alaric fuera capaz de un acto tan cruel, pero lo había alejado de sus pensamientos y no quería volver a verle. Enrico era su esposo y lo amaba y no quiso pensar por qué ese guapo caballero la había deslumbrado en el pasado con sus atenciones. Era un imposible, y esa noche estaba aterrada porque pensó “si Angélica le dice a su hermano sus sospechas lo matará... Enrico era celoso y no soportaba que ningún hombre admirara la belleza de su esposa.

Alaric había sido loco, imprudente, jamás debió dejar que la besara aquella vez, no había podido resistirse, no sabía por qué.

QUINTA PARTE

CARTAS DESDE EL CONVENTO

Siguieron meses de calma aparente.

Isabella aguardaba impaciente la llegada de su segundo hijo mientras cuidaba al primero y acompañaba a su suegra y cuñada en sus paseos. Vanozza siempre le estaría agradecida por haber salvado la vida de su hijo y reconocía que la joven era un ángel y que no se llamaba Manfredi. Su hijo la amaba, pero ella había desconfiado de esa joven, demasiado bella para que su belleza no causara problemas, por eso su hijo la mantenía alejada de los caballeros que visitaban la fortaleza.

Pero ese día Vanozza estaba preocupada. Acababa de recibir carta de su hija Angélica anunciándole que estaba encinta de su primer hijo y estaba algo asustada, pero eso no era lo más inquietante sino lo que le confesó después.

“Madre, no dejes pensar en Enrico y en temer por Isabella. Sospecho que quien intentó envenenar a mi hermano fue Alaric D’Alessi y lo hizo porque está locamente enamorado de Isabella. Enrico no quiso escucharme, pero tú debes advertirle madre, por favor, si algo me ocurre en el futuro”.

Vanozza había notado las miradas de los hombres en la bella Isabella, pero no creyó que ese caballero estuviera interesado al punto de intentar matar a su hijo.

Eso solo podía ser una idea descabellada de Angélica celosa de la belleza de su nuera y resentida de que Alaric no pidiera su mano.

¿Pero y si tenía razón? Angélica había cambiado luego de su matrimonio, lo había notado. ¿Sería capaz de hacer una acusación semejante sin pruebas? ¿Por qué estaba tan convencida de que había sido Alaric y no la familia Manfredi?

Ellos lo habían negado y también habían negado haber matado a su hijo Giulio. Malnacidos Manfredi. Mataron a su hija Simonetta, la preferida de sus niñas, la más buena y tranquila. No era justo, el duque jamás debió ordenar esa boda. ¡Que el señor los castigara por tanta maldad!

Isabella juntaba flores cuando vio llegar a Enrico con sus parientes a

caballo.

Su hijo se acercó al galope y ella fue a recibirlo sonriente, feliz y Vanozza vio cuanto se amaban y pensó que era una ironía que siendo ambos de familias enemigas se amaran tanto y ese amor, bendecido por el matrimonio no hubiera traído paz sino nuevas venganzas y odios.

Los Manfredi habían dicho que Isabella ya no pertenecía a su familia, que había perdido su nombre y protección cuando escogió casarse con el hijo de su enemigo en vez de ir a un convento. No tendría herencia ni sería enterrada en su mausoleo, para ellos esa joven de dorada cabellera estaba muerta. Eso habían dicho. Eran crueles y no tenían piedad de nadie. Su pobre hija envenenada... Su sobrino y pudo ser su hijo. Enrico. Eso era llegar demasiado lejos.

Luego pensó en la carta de Angélica y en el caballero D'Alessi sin decidirse a hablar del asunto con su marido o con Enrico. No tenía pruebas de su veracidad y conociendo a su hijo sabría que querría matarle o tramaría una venganza.

Isabella también estaba mortificada con ese asunto, pero nunca se atrevió a contarle a su marido, no creía que D'Alessi fuera un malvado, solo que temía volver a verle y que intentara acercarse a ella y la perjudicara. Ese hombre estaba loco o era muy audaz, no encontraba otra explicación. Pero no debía pensar en ello, y sí disfrutar de esa calma. La presencia de ese hombre la atormentaba, ¿es que nunca la dejaría en paz?

El tiempo pasó y donna Isabella dio a luz otro varón fuerte y rollizo, solo que este era parecido a su madre y tenía el cabello rubio y los ojos azules, y desde niño le llamaron el principito Antonino Golfieri porque no había en esa generación un solo Golfieri con cabellos de ese color.

Lorenzo y Vanozza celebraron el nacimiento dando un banquete para todos sus familiares sin invitar a nadie más. Otro varón, sí que eran afortunados. Y había nacido sin esfuerzo, en pocas horas. Isabella estaba exhausta, pero se recuperó tiempo después.

Enrico se quedó más tiempo con su esposa para cuidarla y no le importó que sus familiares se burlaran, siempre lo habían hecho.

La notaba algo pálida y débil, como si ese parto hubiera sido distinto al anterior y temió que apareciera la fiebre y entonces... La esposa de su primo había muerto al dar a luz hacía un mes y Enrico temía que lo mismo le ocurriera a Isabella. Rezó durante días en la capilla y por primera vez en tiempo se acercó a Dios y dejó de hacer bromas funestas sobre su alma ganada por el diablo.

Ella le sonreía feliz cada vez que lo veía aparecer. Enrico solía correr a la habitación de sus padres en busca de su madre. Era idéntico a su padre y también había heredado su mal genio pues cuando la nodriza lo atrapó el niño empezó a golpearla y huyó refugiándose en los brazos su madre.

Enrico observó la escena riendo, luego vio con sorpresa que su hijo mayor quería mamar y empujaba a su hermano para que no pudiera hacerlo.

—Enrico, sal de ahí, deja en paz a tu madre—le gritó.

Su hijo, que era un niño de dos años lo miró furioso y gritó cuando su padre lo apartó de Isabella.

La nodriza observaba la escena avergonzada.

—Este gordinflón está grande para vivir prendido a su madre, nodriza llévalo a su habitación y que tome su biberón—dijo enojado el caballero Golfieri.

Su esposa intervino.

—Déjalo Enrico, está celoso por su hermano—dijo—Déjalo que se quede.

—No lo malcrías, es un Golfieri y debe ser criado entre hombres. Lo llevaré conmigo cuando tenga más edad y lo entrenaré en las armas.

Esa idea la espantó y le rogó a la nodriza que trajera al niño que lloraba furioso al verse apartado así de su madre. La mujer no supo qué hacer, miró a uno y a otro y esperó una señal de Enrico para entregar al niño a Isabella.

El pequeño se refugió en su madre y luego buscó su alimento y se durmió poco después. Isabella acarició su cabello, adoraba a sus hijos, pero su

primogénito era especial para ella pues había sido el primero y además era idéntico a su padre.

—Lo consientes Isabella, eso le hará daño en el futuro—dijo Enrico cuando la nodriza se marchó.

—Es tan pequeño Enrico, y yo no puedo verle sufrir, es casi un bebé él también. Debe adaptarse a que tiene un hermano.

—Está bien, por unos años vivirá pendiente de ti, pero luego vendrá conmigo y se hará hombre—declaró Enrico y luego se detuvo a contemplar a su hijo de cabello rubio como el oro.

—Y el pequeño Antonino será demasiado guapo para ser un buen guerrero Golfieri, enamorará a las doncellas y no pensará en otra cosa que en retozar en los vergeles—dijo luego.

Isabella rió, pero él notó su palidez y no permitió que siguiera amamantándolo. Había una criada joven que tenía un bebé en el castillo de seis meses, ella debería alimentarlo.

Algunos días después Enrico se acercó al cuarto de los niños y vio a sus hijos y pasó media mañana jugando con su primogénito, viendo a su bebé rubio en la cuna pensando en el futuro. Isabella entró en la habitación y le sonrió y él sintió un temblor. Era tan hermosa y la amaba tanto y no dejaba de recordar la otra noche cuando habían hecho el amor. Había pasado una semana y se preguntó si esa noche podrían hacerlo de nuevo... Pero había algo más que lo preocupaba y se sentía algo atormentado al respecto y jamás diría una palabra a su esposa porque se trataba de los Manfredi, su antigua familia.

Había hablado con su madre y le rogó que no dijera una palabra y que advirtiera a los criados.

Vanozza asintió impresionada.

—Ella lo sabrá un día hijo y no podrá perdonarte.

—No, nunca debe saberlo madre—dijo Enrico—Es mi esposa ahora, es una Golfieri.

—Pero se trata de su padre, tú no debes intervenir en ese asunto.

—Esa casa enemiga será destruida madre, es solo cuestión de tiempo. Han perdido poderío y cometieron la torpeza de enemistarse con el duque.

Recordó la conversación con su madre y su expresión de “no debes intervenir en ese asunto, ella nunca te lo perdonará si llega a enterarse” y se acercó a su esposa que acababa de dejar al bebé en la cuna y la besó. La besó con ardor y decidió llevarla a sus aposentos y hacerla suya.

Cuando la puerta se cerró con cerrojo Isabella rió contenta de ver que su marido había vuelto a ser ese toro sensual y apasionado que la tomaba a toda hora. Y gritó cuando entró en ella y la poseyó con desesperación, luego de besar su cuerpo y llenarla de caricias ardientes, suspirando y con el pecho agitado. Y luego volvió a hacerle el amor y a aprisionarla como si temiera perderla, como si no pudiera resistir la tentación de hacerle el amor una y otra vez y sentir que era suya en esos momentos y para siempre. Su hermosa doncella cautiva.

Dos meses después Isabella recibió un extraño mensaje. Era un trozo de pergamino anudado con un cordón negro y estaba en su lecho vacío.

Lo tomó intrigada.

“Hija mía, te escribo desde el convento de Santa Margarita, en donde me he recluido para pasar mis últimos días con tus hermanas ahora que la tragedia se ha cernido sobre nuestra casa.

Tu padre, hermano y primo Godofredo murieron envenenados en manos de los temibles Golfieri. Ellos tramaron un complot para destruirles y ahora al fin han terminado con nuestra casa. Nuestras propiedades han sido confiscadas por el duque, él siempre fue enemigo nuestro.

Solo quiero decirte que nunca he dejado de rezar por ti y de comparecerte por haber sido entregada a ese rudo Golfieri y decirte también que no fuimos responsables de la muerte de Simonetta, que ella ingirió un veneno destinado a tu hermano al beber de su copa. Nadie creyó en nuestra inocencia y la trágica muerte de esa joven solo ha sido una piedra más para hundirnos. Los Golfieri siempre han querido nuestra ruina, su odio encarnizado parece obra del

diablo, ellos son hijos del demonio y Dios se apiade de su alma impía cuando les llegue el momento de rendir cuentas...

Ahora solo pienso en encontrar la paz entre estos muros grises, la paz que nunca tuve estando casada con vuestro padre.

Ellos han vencido ahora, y se han vuelto tan poderosos que serán temibles, pero los Golfieri tienen enemigos secretos, traidores entre sus leales amigos, y no podrán escapar a recibir su merecido un buen día. Confío en la justicia divina Isabella, y al Altísimo recomiendo mi vida, mi alma y solo reclamo lo que es justo.

Rezaré por ti hija, nunca he dejado de hacerlo y quise escribirte antes pero tu padre me prohibió hacerlo y yo debía obedecerle.

Quisiera verte un día, pero temo que los Golfieri no lo permitirán, aunque esté en un lugar sagrado, siempre nos odiarán hasta el fin. El señor nos proteja, la paz sea contigo Isabella”.

Cuando la joven terminó de leer la carta lloró y al verla la criada avisó a Vanozza.

Esta acudió a sus aposentos y leyó la carta a pedido de su nuera preguntándose como demonios había llegado al castillo negro.

—Isabella, cálmate, tal vez no fue tu madre quien escribió esta carta.

Isabella la miró sin comprender y entonces apareció Enrico, alertado por un criado y Vanozza pensó que era mejor dejarlos solos, Enrico podría consolarla y calmarla.

—Mataron a mi padre, a mi hermano, por eso festejabais el otro día Enrico y estabais tan felices. Os embriagasteis de felicidad, celebrasteis la ruina de vuestros enemigos sin pensar jamás que yo era una de ellos.

Isabella estaba furiosa y herida, desesperada, su madre y hermanas encerradas por siempre en un convento, sus bienes confiscados por el codicioso duque. Tal vez él los había ayudado, su familia tenía tesoros escondidos en ese castillo y ahora...

—Ellos te abandonaron Isabella, te odiaron por casarte conmigo, por

escogerme a mí en vez de un convento. Tú renunciaste a tu familia luego de la boda.

—Pero esto es terrible Enrico, los mataron... Los arruinaron ¿y pretendes que celebre con ustedes y me sienta feliz? Leed la carta de mi madre, os lo ruego.

Enrico obedeció, pero no creyó ni una palabra de las confesiones de la dama Manfredi.

—Ellos mataron a mi hermana, la maltrataban y no tuvieron piedad de ella, no fue un error que muriera envenenada, mi hermana no bebía vino ¿sabes? No le gustaba. Debieron obligarla a beber, porque en el vino ese veneno queda diluido y no puedes notar su presencia. Pero vuestra madre defiende a los suyos y cree todas las mentiras que debió contarle su marido. Lamento esto, pero jamás tendríamos paz mientras vivieran los Manfredi Isabella.

Ella se alejó despacio.

—Me horrorizas Enrico, tú y tus parientes, no puedo pensar que acaso tú...—Isabella lloró y abandonó los aposentos. Corrió por el castillo y fue a los jardines. Estaba furiosa, triste y herida, no quería quedarse en ese castillo y saber que vivía con los causantes de la muerte y la ruina de su familia.

Enrico corrió a buscarla, pero su madre lo detuvo un instante.

—Debes darle tiempo hijo, es muy difícil para ella. Debiste decirle, y que no lo supiera así por su madre.

Enrico miró a su alrededor.

—Madre, esa carta no la escribió donna Manfredi, ¿crees que puedan enviarse cartas desde el infierno? —dijo con cautela.

—¿Qué quieres decir, hijo?

—Su madre se arrojó por la atalaya al enterarse de la muerte de su marido, madre. No enfrentaría la ruina ni iría a un convento como le dijimos.

—Enrico, ella cree...Dijo que quería ir a ver a su madre al convento. Debes decirle.

—Ahora no madre, me odiará mucho más si se entera que... Cuando

fuimos al castillo vecchio había desaparecido, no estaba por ningún lado.

—¿Y las hermanas de Isabella?

—Se escondieron como ratones pensando que tal vez queríamos matarlas, pero se mostraron muy razonables y fueron al convento luego de enterrar a su madre.

Vanozza suspiró.

—Entonces, ¿quién escribió esa carta? ¿Y cómo llegó a los aposentos de Isabella?

—Alguien la escribió y la envió aquí madre, y ese enemigo sabe cuánto amo a mi esposa y cuánto sufriría ella al enterarse de la verdad—dijo Enrico.

Y fue a buscar a Isabella pensando que tal vez debía dejarla sola. Pero no podía llegar al bosque ni alejarse, sabía que no podía hacerlo y temía que su enojo la obligara a cometer una locura.

—Isabella, Isabella—la llamó.

Uno de los mozos se acercó y dijo que había visto a la señora dirigirse al bosque a caballo.

—Maldita sea, ¿por qué diablos la dejó montar? —Enrico estaba furioso y fue en busca de su caballo.

Isabella nunca montaba, y los caballos del establo eran muy briosos. Montó su semental negro y pidió ayuda a sus caballeros para que buscaran a su esposa.

Caía la tarde y la luz de ese sol de otoño se extinguiría rápidamente y la joven esposa seguía sin aparecer, atormentando a Enrico y a su familia entera al enterarse de la trágica fuga.

Isabella se detuvo exhausta y bajó del caballo, estaba harta de correr y de pronto pensó en sus hijos tan pequeños y pensó, “no puedo escapar, no puedo abandonarles. Pero necesito estar lejos de Enrico. Ya no es mi marido, es mi enemigo y siempre lo fue, a pesar de amarme, nada lo detuvo para llevar a cabo su venganza que era destruir su casa hasta extinguirla”.

Y mientras le hacía el amor y la enloquecía con sus besos y juraba amarla

planeaba el complot y la ruina de su casa.

Pero debía visitar a su madre, reconfortarla, le había escrito esa carta y estaba preocupada por ella.

—¡Isabella! —gritó Enrico furioso.

Y entonces la vio escondida en un árbol, dormida como una chiquilla envuelta en su capa. Parecía una niña perdida y triste. Su rabia se evaporó cuando se acercó a ella y la alzó en brazos.

La joven despertó cuando él la llevaba en su palafrén y sus miradas se unieron. Estaba triste y debía entenderlo.

Regresaron al castillo sin decir palabra y al llegar a sus aposentos Isabella quiso sumergirse en una tina.

Enrico la observó a la distancia pensando si sería capaz de abandonarle, no podía hacerlo, era su esposa. Pero estaba furiosa y herida, le llevaría tiempo aceptarlo, tal vez su madre tuviera razón.

La joven dama no quiso cenar con su familia ni probó bocado de la bandeja que le habían enviado con pollo en salsa de legumbres.

Cuando Enrico entró en la habitación la encontró rezando y su mirada se detuvo en la imagen y de pronto deseó abrazarla, besarla, pero ella no lo permitiría, estaba seguro sin embargo algo lo inquietaba y le habló:

—Isabella, ¿por qué huiste hoy, a dónde ibas a ir? —dijo observándola con fijeza.

Su bella esposa lo miró con expresión triste y cansada.

—No lo sé, solo quería alejarme de este castillo y de ti Enrico—dijo al fin.

—No quiero que vuelvas a hacerlo hermosa, no quisiera volver a encerrarte con cerrojo.

Ella se sonrojó furiosa.

—Siempre he sido tu cautiva Enrico, y todo este tiempo, solo pensabas en destruir a mi familia. Dijiste amarme, pero eso no es verdad, o al menos eso no impidió que dejaras a mi familia arruinada.

—Yo te amo Isabella, siempre te he amado, pero tú no eras como ellos, luego de ver a tus hermanas temo que debiste ser hija de otro hombre, hermosa.

—¿Cómo te atreves a decir eso? Mi madre es una dama honesta, jamás...

—Pero tú no te pareces a nadie de esa casa, hermosa. No lo he dicho para ofenderos, pero es verdad.

Isabella abandonó el reclinatorio y decidió no dirigirle más la palabra y comenzó a desnudarse con prisa y se metió en la cama furiosa.

Enrico no se atrevió a hacer lo que deseaba, no esa noche...

Pero el disgusto de su esposa duró semanas y aunque pasaba gran parte del día en la habitación con sus hijos en las noches se dormía temprano para no tener que verle.

Enrico quería acercarse a su esposa, pero no encontraba oportunidad ni modo de hacerlo, quería que fueran de nuevo esos amantes apasionados, no podía soportar su indiferencia, su frialdad.

Y una noche al verla levantada con una criada cepillando su cabello pensó que esa noche sería suya.

Isabella lo vio y la criada se marchó con prisa. Su cabello brillaba y sus labios rojos eran una invitación a ser besados.

Pero ella se volvió despacio y se alejó de él.

—Isabella—dijo él.

La joven se detuvo temblando, no quería volver a sus brazos, no podría hacerlo. Estaba furiosa con él, todavía lo estaba y su pobre padre...

Y cuando quiso rechazarle él la atrapó en un arrebató y la besó con ardor y la empujó a la cama y no la dejó en paz. Forcejearon, pero ella sabía que estaba perdida.

—Eres mi esposa Isabella, y eso nunca cambiará.

Ella dejó de resistirse y lloró sintiendo que nada volvería a ser como antes. Estaba furiosa con Enrico y no podía perdonarlo, ni asimilar la horrible tragedia ocurrida a su familia.

Estaba desnuda entre sus brazos y él entró en ella con urgencia y desesperación. Necesitaba sentir que era suya de nuevo, ya no podía resistir su frialdad, ella volvería a amarle estaba seguro, solo necesitaba tiempo y tal vez dejarla nuevamente encinta...

—Isabella, deja de llorar—le ordenó furioso al sentir sus lágrimas.

—Me forzaste Enrico—lo acusó ella herida.

—Eres mi esposa, no puedes negarte a mí Isabella. Me perteneces.

—Pensé que me amabas, pero soy tu prisionera, tu esclava, no soy tu esposa ni me amas. Eres un demonio Enrico—lo acusó.

—Tú debes entregarte a mí, eres mi esposa y es tu deber darme hijos y compartir mi lecho. No debiste resistirte—dijo.

—Yo no quiero darte hijos, no quiero ser más tu esposa Enrico, te odio—respondió ella y quiso abandonar su cama, pero él la retuvo furioso.

—Tranquilízate Isabella, ven aquí, deja de llorar. No puedes negarte a mí y jamás te dejaré ir y lo sabes.

Ella lo miró y él volvió a besarla con ardor y supo que volvería a tomarla, lo haría, estaba loco por ella, loco de deseo y de hacerle sentir su poder y someter su rabia, su rencor. Isabella dejó que lo hiciera, no podía negarse a él, era su esposa, su cautiva, pero no la obligaría a amarle de nuevo porque estaba furiosa con ese hombre y por momentos lo odiaba.

—Isabella, amore—dijo él acariciando su cabello y besándola mientras gemía de placer al sentir su cuerpo fundido al suyo.

No tuvo respuesta, pero notó que se acurrucaba contra su pecho y se dormía poco después.

El enojo de Isabella aumentó cuando una mañana fue a buscarle para pedirle que la dejara ir al convento a ver a su madre.

No era la primera vez que se lo pedía y Enrico volvió a negárselo.

—Hiciste una promesa Isabella Golfieri, cuando te casaste conmigo, ¿lo has olvidado? No puedes tener trato con tu madre ni con tus hermanas, además...

—Oh, basta de eso, ¿qué daño puede haceros mi madre? Quiero verla, es mi madre y debe estar triste y desesperada. Solo una vez, por favor.

Enrico no le respondió y de pronto la tomó entre sus brazos y la besó y le dijo la cruel verdad. Que esa carta era falsa y que su madre se había quitado la vida luego de la muerte de su marido.

La joven palideció y se desmayó y Enrico debió despertarla y pedir ayuda al mozo para llevarla de regreso a sus aposentos.

Al volver en sí Isabella lloró y le preguntó por qué se lo había ocultado, por qué dejó que creyera la maligna carta...

Su esposo la miró con fijeza.

—No quise causarte más dolor hermoso, solo eso, iba a decírtelo, pero nunca parecía ser el momento.

Ella permaneció pensativa y dijo con pena.

—Creí que mi madre quería verme Enrico, que me había perdonado...

—Lo lamento Isabella. Tal vez quiso verte, pero tu padre se lo impidió. No pienses en eso ahora, debes mirar al futuro. Eres mi esposa y tenemos una familia, tu familia somos nosotros ahora. Siempre hemos cuidado de ti y yo te amo hermosa, tú lo sabes. Por favor, deja de odiarme de Isabella, yo no lo hice.

Ella lloró despacio.

—Eran mi familia Enrico, no merecían morir ni mi madre tener un final tan horrible. Su pobre alma irá al infierno por haberse quitado la vida. Y tu alma Enrico, no me atrevo a pensar lo que ocurrirá con ella...

—Mi alma la reclamará el diablo hermoso, pero eso no me afecta demasiado ¿sabes? A mi hermano lo mataron y jamás había hecho daño a nadie. Por eso se lo llevó tu Señor al cielo, a mí no me quiere por eso sé que me quedará mucho tiempo en la tierra antes de visitar a mi amigo allá abajo.

—No hables así Enrico, por favor, una eternidad de fuego y tormentos no puedes siquiera imaginarlo.

Él sonrió y besó sus manos.

—Pero estaré aquí para amarte y cuidarte Isabella—dijo y esa noche quiso hacerle el amor, pero ella lo apartó y Enrico se alejó mortificado.

Debía darle tiempo, debía entender. Todo conspiraba en su contra, sabía que ocurriría...

Estuvo triste varios días y su madre le dijo que la veía muy pálida y había sufrido un desmayo a media mañana.

—Creo que no se alimenta bien, está muy triste—dijo.

Enrico corrió a sus aposentos alarmado y encontró a Isabella tendida en la cama, pálida, inmóvil.

—Isabella, ¿qué tienes? —le preguntó acercándose a ella sin dejar de mirarla.

Ella lo miró sin responderle, hacía días que estaba mareada y con náuseas y por eso no quería comer.

—Isabella, debes alimentarte—dijo su esposo acariciando su cabello—Te ves muy mal...

—No puedo hacerlo, todo me da asco, Enrico.

—Es porque estás débil, te has pasado llorando. Escucha, traeré una bandeja y comerás, ¿entiendes? Te comportas como una niña.

—No, no soy una niña, son mis tripas, si me obligas a comer: vomitaré.

—Y si no comes nada no podrás salir de la cama y volverás a marearte.

Enrico cumplió su promesa y volvió con una bandeja con pan de centeno, queso y un potaje que tenía un olor delicioso. Isabella miró los alimentos con desesperación y él rió pensando que parecía una niña caprichosa.

Ella corrió para no comer y él se mantuvo firme y la atrapó, estaba realmente pálida y demacrada.

—Es por tu bien hermosa, te ves mal.

—No puedo comer nada.

—Es porque estás triste, pero si no te alimentas enfermarás, Isabella. Ven aquí.

Enrico la atrapó cuando llegaba a la ventana y la besó. Ella no lo apartó,

estaba demasiado débil para hacerlo y cuando la estrechó con fuerza sufrió un mareo y se desmayó.

No era la primera vez que ocurría y Enrico se enfureció y ordenó a un criado que buscara al médico de la ciudad.

Este llegó al anochecer y encontró a la doncella rubia tendida en la cama con vómitos y mareos. Al parecer su marido la había obligado a comer y su estómago no lo soportó.

Se acercó y la examinó.

—Traiga agua fresca, necesita beber mucha agua. ¿Cuánto tiempo lleva así? —quiso saber.

—¿Comió algo inusual estos días? —insistió.

Luego notó que examinaba su abdomen y la piel de su rostro, sus labios.

Enrico palideció.

—¿Doctor acaso cree que mi esposa pudo ser envenenada?

El galeno lo miró y siguió examinándola y habló con la joven con voz apenas audible. Ella parecía algo desconcertada de sus preguntas.

—No la obligue a comer si no lo desea, que beba agua y caldos con sal estos días. Le dejaré una hierba para calmar los vómitos y no tema, no sufre envenenamiento. No tiene fiebre ni dolores.

—Pero se desmayó dos veces y está muy débil.

El doctor sonrió y Enrico pensó que el hombre era un tonto y se había vuelto loco.

—Bueno, espero no equivocarme, pero todo esto es provocado por otro bebé signore Golfieri, lo felicito.

Enrico se acercó a su esposa, no le había dicho nada. Ella evitó su mirada incómoda.

—¿Entonces los mareos son por su estado? —preguntó.

—Sí, en ocasiones suele haber nauseas, vómitos, y debilidad general los primeros meses.

—¿Pero cuanto tiempo tiene?

—Tal vez dos meses o más.

Enrico sonrió aliviado y le dijo al médico que quería que trajera a su hijo al mundo.

—Bueno, temo que no sé si podré llegar a tiempo, avísame un poco antes, me sentiré honrado de ayudarle caballero Golfieri.

Cuando quedaron a solas Enrico se quedó mirando a su esposa.

—Estás encinta hermosa, y no lo mencionaste.

Ella se sonrojó.

—No estaba segura Enrico, yo olvidé... No recuerdo cuando tuve mi regla... Todo esto ha sido muy difícil para mí. No iba a ocultártelo, no lo sabía, cuando el doctor me preguntó yo le dije que no sabía que tal vez fue hace un mes o más.

Él se acercó y tomó sus manos.

—Descansa hermosa, me hace muy feliz esta noticia y quiero que te cuides ahora.

Fue en busca de agua fresca y le dio para beber y durante días se quedó cuidándola como en otros tiempos.

Pero no solo su cuerpo estaba enfermo, su alma atormentada no tenía paz, no hacía más que pensar en su madre y en su familia.

No podía perdonarle, ni olvidar la espantosa tragedia ocurrida a sus padres.

Debía pensar en su bebé y recuperarse, el pequeño Enrico estaba muy rebelde con sus tres años y Antonino ya tenía un año y había abandonado su cuna en una ocasión porque quería caminar.

El tiempo pasaba y lentamente comenzó a resignarse y a aceptar su destino, su vida en el castillo negro con la familia más poderosa, sanguinaria y la más temida del condado.

Enrico volvió a buscarla y ella se entregó a él sin reservas una noche y volvió a sentir el placer de esos apasionados encuentros y él le hizo el amor diciéndole cuánto la amaba y la amaría siempre. Pero luego lloró al pensar en

su madre. Durante meses la perseguiría su recuerdo y un día habló con Enrico sobre la carta.

Su marido la miró alarmado.

—Enrico, ¿quién la envió? ¿Acaso fue una venganza?

—Tus hermanas no están en ese convento Isabella y tu madre jamás pudo escribir esa carta y no puedo decirte quién lo hizo porque no lo sé. Quiso hacer daño y lo consiguió, por venganza seguramente y porque sabe cuánto me importas. Todos lo saben hermosa, y se burlan de mí por ello, no me importa ¿sabes?

Isabella lo abrazó siguiendo un impulso y él la besó con ardor.

—Espero que algún día puedas perdonarme hermosa, que algún día vuelva a sentir que me amas como me amaste una vez—le confesó él con tristeza.

Ella no respondió y esa noche se entregó a él con ardor y respondió a sus caricias y cuando el éxtasis llegó lo hicieron también las lágrimas y pensó, no debería hacer esto, no puedo, mi familia ha muerto. Y mortificada se durmió en su pecho ocultando sus lágrimas, pero él sabía que lloraba y acarició su cabello y besó su cabeza con ternura.

Dos semanas después Isabella recibió un misterioso mensaje luego del almuerzo, cuando quiso irse a dormir una siesta aprovechando la ausencia de Enrico.

La joven se estremeció al ver el pergamino enrollado sobre su cama, pero no pudo evitar tomarlo y desenrollarlo despacio.

“Isabella

Nuestra madre no tiene descanso, no deja de atormentarme en sueños, debes hacer una peregrinación a Roma para salvar su alma del tormento eterno. Nosotras no podemos, estamos recluidas en el convento.

No comprendo cómo pudiste casarte con nuestro peor enemigo hermana, debiste escoger el convento como nuestro padre quería, pero el señor te juzgará. Solo te diré que te compadezco por ser la esposa de ese demonio Golferi.

Tu esposo y su padre entraron en el castillo y lo tomaron por asalto y fue Enrico Golfieri quien envenenó a nuestro padre y a nuestro hermano. Y luego se llevaron los arcones con nuestros tesoros movidos por una avaricia infernal, no dejaban de reír y bailar celebrando la ruina de la casa Manfredi.

Hicieron una fiesta con nuestro vino y se rieron de nosotras por nuestra fealdad. Al ver a ese hombre me estremecí querida hermana y pensé: “es el marido de Isabella, y es el demonio encarnado, su horrible risa y la crueldad de su voz... Eran criaturas del infierno que destruyeron nuestra casa y nuestras vidas.”

Siento pena por ti hermana, atada a ese demonio cruel y malvado. Pide perdón y protección al altísimo, pide fuerzas para abandonar ese castillo y hacer una peregrinación a Roma por el alma de nuestra madre, debes hacerlo para que la pobrecilla tenga reposo. No puede descansar, no deja de atormentarme en sueños.

Por favor Isabella, te lo pido yo, Giuliana, tu hermana mayor, siempre te cuidaba de la envidia de las demás, he sido una buena hermana y una buena hija. Te lo suplico Isabella. Demuestra tu lealtad a nuestra familia, eres una Manfredi, aunque te hayas casado con el hijo de nuestro peor enemigo, abandona ese castillo de inmediato porque si algo te ocurre el señor no tendrá piedad de tu alma impura hermana, al vivir con el causante de nuestra ruina.

Aún estás a tiempo de arrepentirte.

Tu hermana Giuliana”.

La joven se estremeció con las imágenes que describía su hermana mayor sobre su marido y los Golfieri asolando el castillo. Pensar que había sido su esposo la dejó enferma y lloró, no podía ser. ¿Es que nunca tendría paz?

—Señora Isabella, ¿qué le ocurre? —preguntó una criada entrando en sus aposentos.

—Nada, estoy bien, iré a dormir un poco Sacha—le respondió ella.

No podía hacer una peregrinación: estaba encinta, y Enrico jamás la dejaría salir del castillo. Su hermana Giuliana no sabía nada de su vida. Tal

vez si le explicara... Pero Enrico no le permitiría escribirle ni acercarse...

¿Por qué le enviaban esas cartas, por qué acudían a ella cuando nunca lo habían hecho?

Estaba exhausta y se durmió poco después, lo necesitaba.

Cuando Enrico entró en sus aposentos; alarmado por los chismes de la criada que cuidaba a su esposa de que había estado llorando, la vio profundamente dormida y se espantó. Estaba algo pálida, pero respiraba. Acarició su rostro despacio y besó sus labios. La joven despertó espantada y lo apartó creyendo que era Alaric. Era una pesadilla.

—Isabella, ¿qué tienes? —dijo Enrico.

Ella lloró sin responderle, había tenido pesadillas inquietantes con el conde D'Alessi.

—Tranquila hermosa, ¿qué te ocurre? ¿Estuviste llorando otra vez?

La joven vaciló y de pronto sin decir palabra le entregó la carta y Enrico la leyó con adusto semblante.

Una horrible misiva que destilaba veneno por todos lados. Alguien estaba empeñado en destruir su vida y su felicidad con la mujer que amaba. No era una simple venganza, había sido escrita con un propósito muy claro: conseguir que su esposa lo odiara para siempre. Y pensó, esas víboras lo hicieron desde el convento, ni siquiera en una morada sagrada dejaban de hacer daño. Traman su ruina.

—Isabella, esto no es verdad. Nada de lo que dice esta carta malvada es cierto, te lo juro hermosa. Créeme por favor.

La doncella evitó su mirada, se sentía atormentada por la muerte de su madre, su alma sin descanso y el fantasma de Alaric que había aparecido en sueños...

—Isabella escúchame, debes creerme... Esta carta fue enviada con un propósito funesto: conseguir que tú me odies y que nunca más puedas amarme como antes.

Ella lo miró con tristeza.

—Mis padres murieron, Enrico y el alma de mi madre no tiene descanso, tengo el corazón roto, estoy triste y desesperada porque no puedo ir a Roma, solo rezar por todos ellos y llorar sus muertes.

—Olvídalos Isabella, ellos te olvidaron hace tiempo. Estás encinta ahora, piensa en nuestro bebé que viene en camino, tú eres una de nosotros ahora, eres una Golfieri.

La joven lloró de nuevo, sabía que tenía razón, debía enterrar la tragedia, dejar de pensar en ella, pero eran su sangre y necesitaba tiempo para superarlo, para perdonar a Enrico de algo de lo cual él no parecía arrepentido.

—Yo no te odio Enrico, nunca podría odiarte, pero nada será como antes, mi familia fue aniquilada y jamás habría deseado un fin tan trágico para ellos y nunca dejaré de honrar su memoria y rezar por sus almas. Aunque me odiaran en vida por escogerte a ti como esposo, elegí quedarme contigo y amarte porque fue voluntad de Dios... Pero él va a castigarte Enrico y eso me atormenta tanto como saber que provocaste la ruina de mi casa.

—Mi peor castigo no vendrá de tu Señor Isabella, sino de ti hermosa. No me odies por favor, soy un Golfieri, fui criado en las armas y con el odio en el corazón a los Manfredi, pero no pude evitar amarte a ti a pesar de ser la hija de mi peor enemigo. Ellos quisieron matarme hermosa y murió mi primo en mi lugar. Mataron a mi hermano Giulio hace años y a la pobre Simonetta porque estaba encinta y nos habrían exterminado de haber podido. No pudieron hacerlo. Esta historia se escribió con sangre y odio. Pero tú no eras como ellos, tú eres un ángel hermoso y eres todo para mí, aunque los imbéciles de mi casa se burlen diciendo que vivo prendido a tus faldas. Nunca me han importado sus burlas, solo amarte—dijo Enrico y la besó con ardor y luego fue a la puerta para echar los cerrojos. Le haría el amor, era suya y se moría por sentirla entre sus brazos y acariciarla con ardor.

Ella dejó que ocurriera porque estaba asustada y entre sus brazos se sentía segura, mientras él estuviera cerca nada malo podría ocurrirle y lo sabía. Y se estremeció cuando entró en ella y sintió que todavía lo amaba y no quiso

pensar en la horrible carta, él no era un demonio, y no quería que ese momento terminara ni que él se marchara como hizo rato después. Quiso retenerle y él la besó.

—Debo irme hermosa, pero regresaré temprano para amarte de nuevo—le susurró.

Y debió luchar con la tentación de volver a hacerle el amor, la tenía atrapada entre sus brazos y no podía dejar de besarla encendiendo nuevamente su deseo por ella.

—Quédate Enrico, por favor, solo un momento más—le rogó ella.

No pudo resistirlo, nunca podía resistirse cuando ella se lo pedía y volvió a tenderla y a llenarla de caricias y a entrar en ella con desesperación. Necesitaba tanto hacerla suya de nuevo, sentir su calor... Tanto la amaba que habría matado a quien intentara robársela y lo sabía.

Y mataría al autor de esas cartas, lo haría, pero antes necesitaba saber quién las había escrito.

Tomó la venenosa misiva y la llevó consigo para hablar con su padre y hermanos.

Debían averiguar quién demonios estaba enviando esos horribles mensajes.

—No pudo ser Giuliana Manfredi, Enrico—opinó su padre.

Todos lo miraron interrogantes.

—Me refiero a que esa joven está recluida en un convento, no tiene sirvientes ni pajes, ¿cómo haría para enviar la carta?

Enrico lo pensó con calma.

—Esta carta y la anterior llegaron directamente al cuarto de Isabella, no fue entregada por un mensajero común sino por un espía de nuestros enemigos.

Los Golfieri tenían enemigos menores, pero de muy poca monta para preocuparse por ellos, pero alguien tramaba un complot para destruir a Enrico. Y sabían la razón, era el heredero de la casa Golfieri, su futuro y esperanza.

—Debemos visitar a la hermana de Isabella y hacerle preguntas—dijo

Enrico.

—¡Tú no irás! —tronó su padre—Además esas damas no dirán una palabra, morirían antes de hacerlo.

—Hablarán—dijo Enrico con voz firme—O tal vez podamos interrogar a las religiosas.

—No podemos entrar en un convento Enrico, ni hacer preguntas nosotros, ni siquiera nos dejarán entrar, hemos sido excomulgados hace años, ¿lo olvidas?

—Entonces enviaremos a una criada, sí... Una criada de confianza.

—No hablarán con una criada Enrico, no seas ingenuo.

—Pues que vaya nuestra hermana María, es una dama y usará su nombre de casada.

La idea era buena.

Fueron a visitarla ese día y la joven los recibió sonriente, aunque levemente inquieta al comprender que esa visita no era de mera cortesía a juzgar por el pálido semblante de su hermano.

Enrico le explicó lo que querían de ella y la joven no podía negarse, seguía siendo una Golfieri a pesar de su boda con Giulio Visconti.

—Alguien ha estado enviando cartas malignas a mi esposa Isabella, necesito que hables con Giuliana Manfredi y le preguntes si ella lo hizo y cómo las envió.

—¿Y si no quiere decirme, Enrico? ¿Si se niega a dirigirme la palabra?

—Convéncela hermanita, ya no eres una chiquilla, sabrás cómo... Dile que te envió su hermana Isabella, inventa algo si lo deseas.

María tragó saliva.

Pero había más y Enrico se lo dijo. María pensó que no podría lograrlo.

—Enrico por favor, yo no sé mentir ni podré engañar a nadie, lo notarán...

—Escucha María, eres una de nosotros y siempre lo serás y el destino de nuestra casa está en averiguar quién nos ha traicionado amargando mi existencia y la de mi pobre esposa. Ella nunca debió enterarse de la muerte de

sus padres ni de la ruina de su casa, pero lo hizo por esas horribles cartas, ¿entiendes? Mi pobre esposa está sufriendo demasiado por todo ese asunto y tal vez nunca vuelva a amarme ¿sabes?

Los ojos de María se abrieron temerosos, cuando su hermano se enojaba... Y casi sintió pena por el imbécil que había escrito esas misivas pues Enrico lo aplastaría sin compasión.

—¿Tú sospechas de alguien, hermano? —quiso saber.

—Tal vez, pero no puedo hacer justicia sin pruebas ¿no crees? Averigua quien lo hizo, quien visitó a las hermanas Manfredi y les pidió que escribieran esas cartas o...

—Enrico, los Manfredi nunca se interesaron por Isabella luego de que la raptaste, quisieron enviarla a un convento, y si le escribieron fue porque imaginaron que ella desconocía la tragedia, o para vengarse de ti. Por eso lo hicieron. Sin embargo, me parece muy extraño que escribieran una carta haciéndose pasar por su madre que estaba muerta pidiéndole que fuera a un convento abandonado que fue cerrado. Parece una trampa.

—¿Una trampa? —repitió Enrico sorprendido.

—Como si quisieran atraerla, alejarla del castillo negro, primero rogándole que vaya a ver a su madre y luego su hermana pidiéndole que haga una peregrinación a Roma.

—Si lo hicieron para alejarla del castillo fueron muy estúpidos, mi esposa jamás me abandonaría María, ni le permitiría que lo hiciera.

—Bueno, pero te hicieron mucho daño Enrico, debiste ser sincero y decirle la verdad a Isabella y tú no querías hacerlo—puntualizó María— Muchos saben que Isabella es tu debilidad y podrían hacerle daño Enrico, no debes dejarla desamparada en el castillo, aquella vez...

—¿Cuál vez?

—Cuando Isabella estaba encinta de tu primer hijo, hubo una tormenta y nos quedamos solas, tuve mucho miedo. Ya no debes temer de los Manfredi, pero mi esposo dijo que siempre tendréis enemigos que os envidiarán.

—Nuestros enemigos son los vuestros María, no lo olvides, eres una Golfieri y acude siempre a nosotros si nos necesitas. ¿Tu esposo te trata con dignidad?

María se sonrojó incómoda. Tenía un esposo tan guapo como el caballero Alaric y era muy amable con ella.

—Me alegro por ti hermana, pero si en esta familia encontráis enemigos... Cuando su hermano se dispuso a marcharse ella lo retuvo un momento.

—Enrico, tú crees que es una venganza de los Manfredi y lo parece, una venganza desde ultratumba, porque nunca toleraron que te casaras con su hija ni que ella tuviera debilidad por ti. Isabella corría para verte llegar y sus ojos tenían un brillo especial, ella te ama, solo que ha vivido una tragedia provocada por nuestra familia y no podrá reponerse pronto, ten paciencia. Solo que... No era eso lo que quería decirte. Tal vez no sea una venganza de esas mujeres, sino de un hombre que ama a Isabella y como no puede quitártela...

Esas palabras hicieron que la sangre de Enrico hirviera rápidamente y loco de celos increpó a su hermana y le dijo por qué decía eso, si acaso creía que un caballero amaba en secreto a Isabella.

—No lo sé Enrico, solo fue una idea. Porque lo que querían era que ella se alejara de ti, que ya no te amara como antes, alejarla de ti no en forma física pero sí espiritual. Para que tu sufieras y ella...

—Tiene sentido, es verdad... No lo había pensado. Pero tú lo has dicho por algo María, ¿acaso has visto a Isabella conversar con algún caballero?

Su hermana enrojeció incómoda.

—Enrico, Isabella es una dama honesta, jamás te engañaría. Pero su belleza despertaba miradas y nadie se fijaba en nosotras cuando ella estaba presente y por eso Angélica la odiaba ¿sabes? Solo que ahora que pienso sí tiene sentido, pero ¿tú crees que uno de tus leales caballero se habrá enamorado en secreto de tu esposa y la pretende, y como no tiene esperanzas haya escrito estas cartas?

—Tal vez espere arrebátarmela algún día, pero deberá esperar a que esté muerto para ello María, no podrá hacerlo antes.

—Enrico, nunca podrá robarte a tu esposa, pero sí pudo hacer que ella se distanciara de ti, que sintiera dolor y dudas. ¿Qué enemigo podría hacer algo como eso?

—Averígualo María, te lo pido. Y avísame de inmediato.

María cumplió su promesa y fue al convento de hermanas benedictinas de Monte Pozzali días después. Un castillo ubicado en el corazón de Toscana, rodeado de hermosas colinas y campos fértiles de labranza donde fue recibida con mucha reverencia por ser la esposa de un Visconti.

La abadesa y sus novicias se inclinaron ante ella con respeto y una larga reverencia.

La joven habló primero con la hermana priora: una dama de mirada sagaz hija de un caballero muy importante que la recibió encantada en su despacho.

María mencionó las cartas y preguntó si podía interrogar a las hermanas Manfredi.

—Oh, por supuesto, solo que deberá verlas en la sala de los visitantes.

La joven asintió complacida pero no se sentía muy segura de los resultados. Una duda iba cobrando forma en su mente.

Giuliana Manfredi era una joven baja y regordeta, cabello oscuro y rasgos poco femeninos. Era tan fea que daba miedo. ¿Esa joven era hermana de Isabella? No podía creerlo.

Además, la miró con expresión alerta, hostil, y soberbia.

—Señora Visconti, me honra su visita—dijo observándola con desconfianza.

—Giuliana Manfredi, soy amiga de vuestra hermana Isabella, ella me envió.

Al mencionar a Isabella la expresión torva de la joven pareció distenderse levemente.

—¿Mi hermana Isabella? Bueno, en realidad no sé de quién habla usted

porque dejó de ser mi hermana el día que ese Golfieri la raptó y la convirtió en su esposa por orden del duque.

—¿Entonces usted no le escribió una carta?

—¿Una carta? ¿Y por qué habría de escribirle a Isabella, con qué propósito? Ahora es la esposa de nuestro peor enemigo, dicen que está loco por ella. Ese demonio malnacido la dejó encinta y me imagino como lo hizo. En realidad, siento pena por mi pobre hermana, ser hermosa y caer prisionera de un Golfieri debió ser un tormento para ella.

—Isabella recibió dos horribles cartas y me pidió que averiguara. Cree que sus hermanas habrían...

—Claro que no, odiamos a los Golfieri, pero si hay justicia divina en este mundo arderán todos en el infierno por haber matado a mis padres y a mi hermano Giulio y... Y solo agradezco al cielo no haber nacido hermosa. Porque de haber caído en las manos de esos desalmados habría enloquecido de vergüenza y horror.

Su hermano Enrico sí que había sido astuto, había raptado a la más bella, o a la única bella en esa familia.

Sus otras hermanas eran tan feas como Giuliana y de facciones toscas, varoniles. ¿Sería cierta la maldición que pesaba sobre las mujeres de esa familia? Se preguntó María mientras abandonaba el convento con expresión sombría.

Qué triste pasar sus últimos días recluida entre esos grises muros, pero ¿qué hombre querría desposarlas? De haber vivido sus padres tal vez...

Isabella sí que había sido afortunada al nacer tan hermosa y de pronto recordó las palabras de su hermana Angélica y fue a visitarla, vivía a escasas millas del convento.

Angélica había dado a luz una niña y su marido no estaba muy contento y no hacía más que decirle que quería un varón y no descansaría hasta tenerlo.

La pobre no se veía muy feliz ese día sino cansada y le dijo que su esposo había cambiado luego del nacimiento de la niña.

—Cómo si dependiera de mí... Solo esa Manfredi es capaz de tener dos varones, todos hablan de la hermosa Isabella que además de bella solo trae varones al mundo. ¿Y dime cómo está nuestra bella cuñada?

María se acomodó en la poltrona y le contó.

—Muy triste y nuestro hermano también.

Saber que Isabella estaba triste animó el semblante gris de Angélica.

—¿De veras? ¿Acaso nuestro hermano ya no la ama? Me cuesta creerlo, a decir verdad.

—Su familia Angélica, imagino que sabrás que...

—Por supuesto y bebí en honor a su desaparición. Siempre fueron enemigos acérrimos nuestros.

María le habló de las cartas y de lo que había averiguado rogando que no dijera nada a nadie.

—Isabella nunca amó demasiado a Enrico, María, no creas eso. Ella nunca quería compartir su lecho y él la dejaba encerrada y la forzaba, tú lo sabes ¿verdad?

María enrojeció violentamente.

—Pero ella esperaba siempre su regreso y estaba triste en su ausencia— balbuceó.

—Bueno tal vez, pero amarlo como tú dices no lo creo. No olvides que la raptó y la tuvo encerrada en sus aposentos. Luego juró que no la había tocado, pero en la noche de bodas dicen que lloró.

—Angélica, ¿acaso tú espías?

—Muchos de nosotros espiamos bobas, esperábamos ese momento con ansiedad, la unión carnal de los enemigos... Enrico sí la ama por supuesto, no puede vivir sin tener a su hermosa desnuda entre sus brazos y ella le ha dado dos varones, debe adorarla ahora. ¿Dicen que está encinta de nuevo?

La joven asintió, pero pensó que se distraía de lo que quería preguntarle.

—Angélica, tú siempre estuviste celosa de su belleza.

La joven la miró de soslayo.

—Bueno, ¿y quién no? Pero no era por ser bella ni por ser como una doncella de los cuentos, sino porque Alaric D’Alessi...

—Alaric nunca nos miró Angélica, deja de decir que Isabella te lo robó.

—Mamá siempre estuvo de su lado, y me pegó por decir la verdad—
Angélica enrojeció lentamente.

—¿Cuál verdad?

—Alaric estaba loco de amor por Isabella, ¿acaso no lo notabas? Todos lo sabían, pero nadie se atrevió a decir nada a Enrico. Siempre fue muy celoso y lo habría matado de haber sabido cuánto la deseaba y él... No debo decirte esto María. Por favor no cuentes nada a nuestro hermano. Dime ¿qué es ese asunto de las cartas?

María le habló de las dos cartas.

—¿Entonces tú crees que fueron las Manfredi? He oído decir que son feas como el espanto.

—Sí lo son—aseguró María—Pero no fueron ellas.

—¿Las has visto?

—Sí y ellas negaron haber escrito una carta, no quieren saber nada de la hermana que se casó y durmió con su enemigo.

—Bueno, no puedes culparlas. Su familia la abandonó y a nosotros no nos permitieron ver a Simonetta, los Manfredi no nos querían allí y en realidad...

—Angélica, esto es muy serio. Necesitamos saber quién es el autor de esas cartas. Isabella puede correr peligro o tal vez Enrico.

La joven palideció y se acercó a la cuna donde su bebé lloraba con hambre. Llamó a la nodriza y la gruesa criada entró con expresión espantada y se llevó a la niña.

—Hace tiempo quise hablar con Enrico sobre eso María, pero él no me escuchó. Me odia a causa de Isabella, ella lo apartó de todos nosotros, él ya no piensa en sus hermanas ni en su familia, solo en retozar con la hermosa de cabellos como el oro y lo sabes, no te engañes. Te buscó porque te necesita, no porque te quiera hermana.

—¿Y qué fue lo que quisiste advertirle?

Angélica la miró.

—No tengo pruebas para acusar a nadie María, no puedo hacerlo. Hablé con mi madre, pero nadie quiso escucharme, solo querían deshacerse de mí para que la niña de cabellos de oro se sintiera a sus anchas en el castillo negro.

—Habla ahora, di lo que sabes.

No podía hacerlo, él la había amenazado y no quería morir.

—Enrico sabe cuidarse y nadie sería tan estúpido de intentar robarle a su esposa ¿no crees? El castillo negro es una fortaleza inexpugnable y Enrico matará sin piedad a quien ose tocar un cabello de su hermosa doncella cautiva.

—Angélica, es nuestro hermano, él vela por toda nuestra familia, y ahora Isabella lo odia por cumplir con su deber, necesita nuestra ayuda, aunque tú creas que puede defenderse solo, su amor por Isabella es su debilidad y si algo le ocurre a ella, no podrá soportarlo.

Ella la miró con expresión atormentada.

—Solo son sospechas María, no tengo pruebas y si acuso a un inocente mi hermano no tendrá piedad de él. Además... Creo que Isabella es la culpable, embruja a los hombres, los atrapa y al parecer no solo a nuestro hermano.

—No debemos subestimar a nuestros enemigos, los Manfredi no eran los únicos y lo sabes hermana.

Acosada y triste Angélica habló.

—Alaric D'Alessi, siempre la miraba y buscaba la oportunidad de acercarse. Y cuando envenenaron a nuestro primo él estuvo cerca de ese escabel y luego cuando Isabella se desmayó la llevó a su cuarto y mientras estaba dormida la estrechó contra su pecho con la pasión de un enamorado y antes de eso... Una criada confesó haberlos visto besándose en el vergel. Dijo que ella se había resistido, pero luego... No pudo resistirse a él. Esa es la verdad. Isabella es tan culpable como su apasionado pretendiente y si lo acuso a él, la acuso a ella. Pero también os diré que en mi presencia la vi temblar y

apartarse, y la noche en que murió nuestro primo yo noté como la miraba y se lo dije, y ella se alejó llorando asustada y entonces la vio Enrico y pensó que lloraba por mi culpa. Isabella lo retuvo, lo sedujo bajo las sábanas porque estaba asustada y temía que nuestro hermano lo supiera, y así fue que lo salvó de morir envenenado. ¿No es una ironía hermana? Isabella la hermosa doncella Manfredi, bella por milagro, no es perfecta ni tan buena esposa como cree Enrico, estuvo besándose y seduciendo a Alaric, él está loco por ella, tan loco como lo está Enrico y sabe que solo matándolo podrá quitársela y tal vez lo haga. Si nuestro hermano no lo mata primero.

—Angélica, tú sabías eso y jamás dijiste nada...

—Le dije a nuestra madre, y quise advertirle a Enrico, pero nadie me creyó, todos creían que odiaba a Isabella, ¿entiendes? Pero es la verdad. Y no la culpo ¿sabes? Nuestro hermano la ama y siempre la ha cuidado, pero Alaric es muy guapo y seductor, muy distinto a los hombres de estas tierras María. Yo también me dejé envolver en su encanto. Alaric espera en la oscuridad, o tal vez se ha resignado. Es extraño que no haya tomado esposa ¿no crees? Tiene una casa que conservar y es el primogénito. Tal vez espera tener a Isabella.

—Pero Enrico debe saberlo Angélica, debo advertirle.

—No te creerá, si sabe que fui yo quien te abrió los ojos pensará que es una injuria.

—Yo no creo que Isabella se atreviera a serle infiel, Angélica. Siempre la he visto muy pendiente de Enrico, cuando los veía juntos eran felices, es lo que recuerdo.

—Él la buscaba María, le robó un beso y se acercó a ella siempre que pudo, tal vez la confundió y luego se arrepintió. No olvides que Alaric apareció en escena cuando Isabella era recién casada y Enrico no la trataba muy bien entonces, la hacía llorar y la dejaba encerrada y le decía que era su prisionera y ni siquiera podía ir al vergel. Debió sentirse muy desdichada. Nosotras no fuimos muy buenas con ella y mamá tampoco la quería al principio ni confiaba en ella. Tal vez no sea culpable y en realidad... ¿Tú

crees que pueda perdonar a nuestro hermano por exterminar a los miembros de su familia? Nunca lo hará María, ¿tú podrías perdonar algo así?

—Angélica, no puedo decirle todo esto a Enrico, no sería justo para Alaric ni para Isabella, si solo fue un beso robado...

—El conde la ama María, estoy segura de ello, siempre iba a verla, ignoro si ella correspondía a sus ardorosos sentimientos, solo estoy segura de Alaric. Y tienes razón en decir que no podemos acusar a Isabella, Enrico es muy celoso y ellos tienen su dolor ahora. Isabella será su cautiva, pero dudo de que lo ame o que piense siquiera en amarlo luego de recibir esas cartas. Porque tú y yo conocemos a Enrico, es un demonio, aunque sea nuestro hermano y nosotras llevemos su sangre. ¿Qué mujer podría amar a un hombre tan malo?

—Eso no nos incumbe hermana, solo ayudar a Enrico, él también lo haría por nosotras, siempre nos ha cuidado, no lo olvides.

—No menciones nada de lo que te dije, tal vez fue una venganza de un pretendiente rechazado y desairado y no ocurrirá nada más que eso. Las cartas. Separarles, generar malestar, discordia. Pero nada más que eso. Isabella jamás abandonará a Enrico, siempre estará encinta, y ella le teme a su esposo. Jamás podrá correr a los brazos de un caballero tan guapo. Eso no ocurrirá, y si algo le ocurre a Enrico la enviarán a un convento porque ahora es una Golfieri, y no permitirán que tenga otro esposo. Y D'Alessi debe saberlo y no creo que tenga sueños tan descabellados. Seguramente querría tener a la doncella en su lecho y disfrutar sus favores, como no pudo tenerlos...

Cuando la joven abandonó la villa de su hermana se sintió indecisa y apesadumbrada.

Debía hablar con Enrico, advertirle, tenía un mal presentimiento con ese asunto.

No se atrevió a hablar con su esposo del asunto, solía ser muy reservada cuando se trataba de su familia, su padre se lo había inculcado desde pequeña y se lo había recordado antes de entregarla a matrimonio a Visconti.

—No digas nada a tu esposo de nuestros problemas, y si te hace preguntas

solo di que no sabes y que los hombres de la familia jamás comentan los asuntos importantes contigo.

Su padre era un hombre cauto y solo confiaba en los miembros de su familia, en nadie más.

María aprendió a guardar sus secretos, solo que en esta ocasión habría necesitado la opinión de su esposo sobre ese asunto pues se sentía incapaz de tomar una decisión. ¿Debía mencionar al caballero D'Alessi? Le agradaba ese hombre, no creía que fuera malvado ¿y si acaso amaba a Isabella sin esperanzas? Tal vez solo fueron unas cartas, no haría nada más... No se atrevería, no sería tan tonto de enfrentarse abiertamente a su hermano.

Enrico fue a verla al día siguiente, ansioso de saber las novedades.

María estaba indecisa.

—No fueron las Manfredi, hermano.

—¿Ninguna de ellas?

—No. Ninguna y por cierto que eran todas muy feas.

Enrico sonrió.

—Feas como demonios, yo creo que Isabella debió ser hija de otro hombre, adoptada... Seguramente la dejaron en un canasto frente al castillo viejo.

María rió.

—Es verdad... No se parece a ellas, de lo contrario no te habrías casado ¿verdad?

—Bueno, si el duque me hubiera obligado a desposar a una de esas hermanas, pues yo la habría matado la noche de bodas antes que tener que desvirgar a semejante monstruo.

—¡Qué malo eres, Enrico! —María rio tentada.

—Bueno, hemos sabido algo importante. No fueron los Manfredi.

Mientras charlaban María pensó que debía decirle la verdad, pero no tuvo coraje, no quería que matara a ese caballero, tal vez fuera inocente, no tenían pruebas concretas en su contra.

SEXTA PARTE

CAUTIVA

Enrico regresó con sus parientes días después, nervioso y desconcertado con todo ese asunto. Las palabras de su hermana, sus sospechas eran una espina en su corazón. Un enamorado secreto, un enemigo suyo que codiciaba a su esposa, no podía soportarlo. Le torcería el pescuezo al malnacido, solo debía descubrir quién era.

¿Lo sabría su esposa, tendría alguna sospecha? Lo creía improbable pero también podía preguntarles a su madre y a los criados.

Al entrar en la fortaleza la buscó con ansiedad, la había echado de menos, no podía dejar de pensar en ella esos días.

No estaba en el vergel, ni en la sala, supuso que estaba en sus aposentos.

Su madre apareció entonces y lo miró con extrañeza.

—Enrico, ¿tú aquí? ¿Por qué dijiste a Isabella que fuera a esperarte a los jardines? ¿No está ella contigo?

—¿Qué dices madre? Acabo de llegar, ¿dónde está mi esposa?

Su madre palideció.

—Isabella dijo que iría a buscarte, que la enviabas buscar.

—Yo no hice eso madre, ¿qué criado le dijo eso?

Ninguno sabía nada del asunto, su madre vio correr a Isabella con mucho entusiasmo hacia los jardines del ala norte hacía unas horas, y dijo que iba a reunirse con su esposo, que un criado le había avisado de su regreso.

Una trampa.

La doncella cautiva había desaparecido, un misterioso criado anunció su llegada antes de tiempo y la joven no estaba en el castillo ni en los alrededores.

Enrico ardía de rabia e indignación. Sus caballeros no habían cuidado a su esposa maldición, la vieron en los jardines, pero no pensaron que ocurriera nada extraño.

Todos se dividieron para buscarla siguiendo pistas, no pudo ir muy lejos.

La hicieron salir con engaños, primero con esas cartas, y luego haciéndole creer que él había llegado y confiada había abandonado la fortaleza.

—Debieron escoltarla.

—Ella dijo que iba a reunirse con usted, que un mensajero había anunciado su regreso—respondieron los guardias.

¡Inútiles, imbéciles!

Su padre sabía lo que significaba.

—La han raptado hijo, pedirán un rescate o simplemente la usarán para vengarse de ti Enrico. Esos Manfredi tenían parientes y amigos, ellos debieron hacerlo, esas cartas venenosas y esto...

—Pues cortaré el pescuezo de su raptor padre, o dejaré de llamarme Enrico Golfieri.

—Todo fue planeado Enrico, alejarte del castillo siguiendo una pista que no llevaba a ningún lado, no hemos hecho más que perder el tiempo. Esto es una cruel venganza hijo, no tengas dudas de ello. Pero no temas, la buscaremos y haremos justicia.

—No pudo ir muy lejos padre, mataré a ese malnacido, lo haré...

Isabella despertó sin saber donde estaba, horas había cabalgado envuelta en una manta, con la boca atada para que no gritara, atada de manos a su raptor quien había conducido su caballo como endemoniado durante horas.

Había sido una tonta al ir a los jardines, Enrico no la esperaba sino un grupo de bandidos que la atraparon y amarraron como a una oveja, y la habían llevado a una oscura celda.

La luz del día la había despertado, y se encontró tendida en un camastro cubierta por mantas y con una bandeja de alimentos deliciosos en un rincón. Tenía hambre, su bebé, esas cuerdas... Lloró al pensar en Enrico y en esa

horrible venganza. La habían raptado para castigar a su esposo o la familia entera.

Comió porque tenía hambre y debía alimentar a su hijo.

Una criada apareció con agua caliente y una tina, y otra trajo vestidos nuevos y cepillos para peinarla.

Isabella aceptó que la ayudaran a bañarse y las dos criadas la miraban con fascinación. Era realmente hermosa.

—No tema señora, nada malo le ocurrirá, nuestro señor es un caballero muy gentil—dijeron cuando Isabella las interrogó.

No dejaban de sorprenderla esos cuidados y esas ropas nuevas, vestidos color escarlata con ribetes de oro en el escote y un gran cepillo para peinar su cabello dorado y reluciente.

—¿Dónde estoy? ¿Por qué me trajeron aquí?

Ellas se miraron sin responder. Isabella se angustió al quedarse nuevamente sola en esa celda, prisionera de su raptor.

Se acercó a la tronera, pero solo vio unos jardines espesos y muchos guardias.

Esto no puede estar pasando, no debió ocurrir, Enrico, ayúdame...

Habían viajado durante horas, pero no podían estar muy lejos, solo que tal vez nunca la encontrarían.

La joven tuvo la sensación de que pasaban muchas horas y para calmar su angustia rezó y se durmió pensando en su esposo, en sus niños... Temía no volver a verles. El señor no podía abandonarla en esa celda. No podía hacerlo.

A la mañana siguiente despertó inquieta, había soñado con su madre que la veía llegar al castillo, pero era un sueño triste, que la había angustiado.

Otro día más de cautiverio. Pero no estaba sola en la habitación, una criada la observaba a la distancia sosteniendo una bandeja con alimentos frescos.

Isabella se levantó y rezó, luego comió algo, pero no tenía hambre, cada

hora que pasaba la ponía triste y no dejaba de pensar en los planes de su raptor, vestirla con ricos vestidos y alimentarla solo podía significar algo y lo sabía.

Pero él no había aparecido ante ella, no era necesario, imaginaba quién era.

Y cuando escuchó sus pasos y sintió su presencia se estremeció y su corazón palpitó con fuerza.

—Isabella Manfredi—dijo Alaric entrando en la habitación.

No había cambiado, su voz, sus ropas, pero la expresión de sus ojos era distinta. No la miraba con simple embeleso, la miraba con fijeza, con una mirada que no pudo descifrar.

—Caballero D'Alessi, usted fue capaz...

Él se acercó despacio y luego permaneció a una prudente distancia al notar que su bella cautiva estaba asustada y le temía.

—No tema bella dama, no le haré daño—dijo y recorrió su vestido con deseo.

Estaba a su merced, pero no la tomaría como debió hacerlo ese malnacido Golfieri, la seduciría, la empujaría a sus brazos, con su amor...

—Usted era amigo de mi esposo y leal a su casa, no puede hacer esto caballero. Enrico lo matará. Escuche, no sé qué venganza planea usted, pero está a tiempo de arrepentirse yo no diré nada, se lo prometo. Puede confiar en mí.

Él sonrió.

—Sé que es así, y sé la razón de su silencio. Usted jamás le dijo a su esposo que la había besado e importunado con mis atenciones, otra dama lo hubiera hecho. ¿Cree que llegué tan lejos para devolverla con ese demonio?

—Es mi esposo signore D'Alessi y nunca le conté nada porque Enrico lo habría matado signore, es un hombre muy celoso.

—No me matará, no tema. Un día le dije que la rescataría de su prisión y he cumplido mi promesa. Lamento haber tenido que raptarla para liberarla de

su cautiverio Isabella. Tendrá todo lo que desee y tal vez un día pueda convertirla en mi esposa.

Su proximidad la inquietó.

—¿Usted hizo esto por esa promesa o para vengarse de la familia Golfieri, conde D'Alessi?

—En realidad siempre hemos tenido una amistad estratégica donna Isabella. Y usted sabe por qué la traje a mi castillo y me pregunto por qué quiere usted regresar con el asesino de su padre. ¿Todavía lo ama? Creí que era su raptor y le temía y sin embargo usted me rechazó jurando que lo amaba. ¿Puede usted amar ahora a un asesino tan despiadado? Él y su familia destruyeron su casa y provocaron el suicidio de su madre. ¿Cómo puede vivir con ese hombre y compartir su lecho?

La joven lloró lentamente.

—Estoy encinta signore D'Alessi, no puede retenerme por favor, no lo haga, morirá, nunca seré su esposa ni abandonaré a Enrico, soy su esposa.

—Su cautiva, su prisionera... Cautiva de la familia que destruyó a la suya con singular crueldad. Un asesino cruel y despiadado con muchas muertes en su haber, eso es Enrico Golfieri, igual a su padre y hermanos. El quiso que hiciera su trabajo, me invitó a realizar la venganza, pero la idea me repugnó y le dije que no debía hacerlo. Jamás le habría hecho daño a una dama, no soy un vándalo. Y no tema, no le haré ningún daño, no soy un Golfieri—dijo.

—Eso no es verdad, usted no podrá cumplir sus promesas caballero, no resistirá la tentación y solo me arrastrará al pecado y a la desesperanza, a la tristeza que provocan la culpa por las malas acciones. Nunca debió raptarme, él me encontrará signore, jamás he podido esconderme en su casa ni en ningún lugar, Enrico siempre me encontraba. MI cuñada Angélica mencionará su nombre, ella siempre sospechó y un día...

—No tema Isabella, nadie sabrá que he sido yo.

—Mis hijos signore, mis niños, se quedarán sin madre, ¿es que no piensa más que en sí mismo? Usted dice que no es un Golfieri, pero actúa como ellos

movido por un impulso amoroso, sabiendo que es una locura y que no tiene chance de ganar o escapar a la venganza.

—O tal vez sea yo quien tome venganza esta vez señora.

Ella se apartó y él luchó contra el deseo intenso de atraparla entre sus brazos y besarla, sentir su calor, su perfume delicado... Tanto había esperado ese momento, pero no la tomaría como un salvaje, no lo haría. Aguardaría el momento para disfrutar la conquista, y la posesión final de la dama de sus pensamientos. Porque había jurado hacerla suya y nada podría detenerlo.

Día tras día iba a visitarla y conversaba con ella y notaba su pena y angustia y también el temblor de sus labios, sus manos y comprendió que su presencia la turbaba y asustaba.

¿Temía que le hiciera daño? ¿O temía seguir los impulsos de su corazón? Porque ella lo amaba, o había tenido debilidad por él, por eso no lo delató. Habría sido lo único que habría impedido ese rapto, pero afortunadamente para él no lo había hecho.

Su vientre crecía y había empezado a notarse, se lo dijo la criada encargada de atenderla. Y eso debía angustiarla, estaba siempre nerviosa, atenta a sus movimientos por eso procuraba permanecer a una prudente distancia.

Esperaba que con el tiempo pudiera recuperar su serenidad y lograr su seducción, el fruto a su espera y a ese amor tan intenso que sentía en su pecho.

Pero Isabella no pensaba entregarse a sus brazos y luchaba día a día con sus tristes pensamientos y su decisión de no rendirse.

Enrico iría a rescatarla, lo sabía y entonces mataría a su raptor, no tendría piedad de él.

Pensaba mucho en Enrico no como Alaric creía que lo hacía, odiándolo, reprochándole la ruina de su casa. Su vida estaba ligada a la suya, había sido por voluntad del Señor y sin embargo su amor no había impedido que cumpliera su triste misión: aniquilar a sus antiguos enemigos.

En el castillo negro reinaba el caos, la rabia, indignación cuando llegó

Angélica escoltada por sus sirvientes.

Su madre fue a recibirla y la abrazó contándole la pena de su hijo.

—Han raptado a Isabella, hija, se la han llevado y no hemos podido encontrarla.

La joven lo sabía, por esa razón estaba allí, su hermana María le había rogado que fuera a visitar a su hermano y le dijera toda la verdad.

Al verla, Enrico la miró con sorpresa y observó su rostro.

—¿Has venido a celebrar que me robaron a mi esposa hermanita? —dijo de mal talante.

Hacía días que nadie podía hablarle, tenía un humor de los mil diablos.

—Lo lamento Enrico, y no he venido a burlarme. Hace tiempo quise advertirte, pero tú no me escuchaste.

Esas palabras despertaron al joven.

—¿Qué has dicho, Angélica?

—¿Me escucharás ahora? Esto ha llegado demasiado lejos y tengo sospechas, he visto cosas en este castillo y mamá lo sabe. Tal vez me equivoque, pero creo que a tu esposa la raptó un ardiente enamorado, y que ese hombre fue quien vertió veneno en tu copa. Aunque dijeran que habían sido los Manfredi, yo lo vi cerca de su silla esa noche. Mamá no me creyó, tú me odiabas a causa de mis peleas con Isabella y el enemigo siguió con sus planes de robártela.

—¿De quién hablas maldición? ¿Quién se llevó a Isabella? ¿Cómo has podido callar todo este tiempo?

—Tú no me creíste, ni siquiera me escuchaste.

—Habla ahora y podré saber si realmente sabes algo de este asunto.

—Fue Alaric D’Alessi hermano, sospecho que fue él, no dejaba de acercarse a tu esposa con cualquier excusa y mirarla con embeleso. Él la rescató el día que dio a luz de sus aposentos cuando tú la dejaste encerrada por descuido. Vino a este castillo a pedir mi mano, pero no pudo hacerlo, la vio a ella, la hermosa doncella de cabellos dorados y nunca más pensó en

tomar esposa.

Enrico palideció.

—No puede ser Angélica, era amigo de nuestra casa, nos ayudó a matar a Giulio Manfredi y ha ayudado a buscarla estos días y puso a nuestra disposición una buena cantidad de caballeros de su casa—dijo.

—¿No me crees? Bueno, me lo esperaba. ¿Crees que hablo por despecho o celos? Aprende a escuchar a las mujeres de tu casa Enrico, no somos unas tontas, vemos cosas que ustedes ignoran.

Enrico comenzó a dudar, la casa D'Alessi siempre había sido amiga suya, y ese joven un amigo leal. No había querido participar del rapto de Isabella y quiso persuadirle de que atrapara a la hija de su peor enemigo para llevar a cabo una venganza porque los D'Alessi no eran como los Golfieri.

—Él siempre estaba cerca y creo que no venía a ayudarte a ti sino a ver a tu esposa y una criada que me acompaña puede dar testimonio de algo que vio en los jardines una vez. Clara, ven aquí.

La joven criada de semblante temeroso se presentó y dijo temblando la escena que había visto en los jardines.

Enrico tuvo deseos de matar a esa criada, pero se controló. Su rostro quedó lívido.

—¿Y por qué diablos no dijo nada? ¿Le faltan el respeto a mi esposa, la besan en mi propio castillo y ustedes que eran mis leales sirvientes lo callan? Debería darles una paliza a todos ellos por callar, estoy rodeado de traidores.

Clara lo miró aterrada incapaz de defenderse y fue Angélica quien habló por ella.

—Un servidor de Alaric la vio husmeando y la amenazó con matarla si decía algo Enrico, y ella solo tuvo valor de contármelo cuando vino conmigo a Ferrara.

—¿Juras que dices la verdad, muchacha?

La joven asintió aterrada.

Enrico miró a su hermana y comprendió que la desunión de su familia, las

tontas rencillas habían provocado que su enemigo avanzara en las sombras y llevara a cabo su vil acción de raptar a su esposa. Y en vez de descargar su ira contra lo primero que tuviera delante se detuvo a pensar.

—Alaric tiene su castillo a pocas millas de aquí, me cuesta creer que fuera tan necio de llevarla y esconderla, y que luego enviara a sus caballeros y participara de la búsqueda.

—Es un hombre extraño Enrico, no es como nosotros, he oído decir que tiene sangre francesa y debió estar loco para atreverse a hacer esto, pero no olvides que intentó matarte, pudo ser él, no lo vi hacerlo, pero si te mataba entonces todo habría sido más sencillo. Tal vez lo intente de nuevo, procura ser cuidadoso, tu muerte sería muy ventajosa para él en estos momentos.

El joven guerrero no podía creer esa traición, ¿su viejo amigo y leal aliado robándole a su esposa, besándola en los jardines de su castillo?

De pronto recordó algo, siempre observaba a su esposa y sabía que otros la miraban y eso lo enfurecía de celos. En una ocasión los vio conversando y ella parecía incómoda.

Isabella había guardado silencio, debió acusar a ese felón, contarle a su esposo la verdad. No lo había hecho y eso le resultaba desconcertante.

—No temas hermana, no le será tan sencillo quitarme de en medio. Dime algo, ¿alguna vez hablaste con Isabella sobre Alaric?

—Ella temía que tú lo supieras, temía que lo mataras por celos, me rogó que no dijera nada una vez durante la fiesta de cumpleaños de nuestro padre. Estaba tan asustada que huyó y se refugió en tus brazos, ¿lo recuerdas?

Enrico asintió.

—¿Crees que ella correspondiera a su admiración?

Angélica pensó antes de responderle.

—Hermano, Isabella jamás se habría atrevido a serte infiel, siempre te ha temido y lo sabes. Pero el caballero Alaric es muy guapo y seductor, pudo confundirla y tal vez intentó conquistar su corazón a tus espaldas.

—En realidad no importa, me encargaré de ese traidor y agradezco que

vinieras a enmendar tu silencio hermana, debo recuperar a mi cautiva, es mía y nadie tiene el derecho de robármela.

Enrico estaba loco de celos y furioso al pensar que Isabella pudiera amar a otro hombre y ese dolor rompía su corazón. Mataría a ese desalmado y luego encerraría a su esposa en una torre hasta que confesara su culpa en todo ese asunto. Tal vez lo habían planeado todo a sus espaldas. Besos en los jardines: charlas a escondidas, y su silencio que la condenaba.

Pero no la enviaría a un convento, regresaría a su castillo y seguiría siendo su esposa, cautiva en la torre secreta por el resto de sus días.

Habló con su madre y la interrogó sobre Alaric y su esposa.

—Enrico, no puedes juzgarla por las palabras de tu hermana, sabes que nunca ha sentido simpatía por Isabella. Y en cuanto a Alaric, nunca presencié un comportamiento osado de ese caballero ni de ella... Solo que... Tuve la sensación de que le temía y rehuía su presencia. No la juzgues con tanta prisa sin escuchar su verdad, es una joven buena y honesta, no es una coqueta Enrico. No puedes pensar eso de tu esposa, Angélica no debió acusar así sin pruebas, y me cuesta creer que Alaric... Vino aquí, trajo a sus hombres...

—No pidieron rescate madre, ni avisaron... Tienen a mi esposa por una razón y tú ya la sabes. Y tal vez sea el mismo autor de esas cartas quien lo hizo.

—Isabella es inocente Enrico, ella recibió las cartas, no las escribió. ¿Y si era culpable por qué raptarla? Yo estuve aquí con ella, Isabella estaba deseando que llegaras se sentía algo nerviosa.

—¿Y por qué estaba inquieta?

—Su madre Enrico, soñaba todos los días con ella y en sueños le pedía que hiciera una peregrinación a Roma. Sabes cuán afectada quedó con la tragedia de su familia, y sin embargo nunca escapó.

Enrico se alejó de su madre y se reunió con sus parientes para hablar en secreto ese asunto, nadie debía enterarse, tenía la sensación de que había espías en todos lados. Criados que callaban y en los que no podía uno fiarse.

Su padre estaba furioso y sus hermanos también. Ninguno se atrevió a defender a Alaric ni a dudar de su culpabilidad.

Armaron una comitiva y fueron a su castillo con mucha calma.

Enrico pensó que iba a matar a ese hombre y clavar su cabeza en lo alto de la muralla del castillo negro cuando lo atrapara.

Pero su enemigo era poderoso y tenía numerosos espías que le avisaron de la visita de Angélica y la furia de su hermano.

—Vendrán a buscarle signore, y lo matarán y encontrarán a la dama escondida.

Alaric mantuvo su fría calma.

—No la encontrarán amigo mío, Isabella no está aquí.

Y cuando Enrico entró en su fortaleza seguido de sus rudos parientes exigió ver al conde D'Alessi de inmediato.

Este apareció, serio, imperturbable acompañado del hermano del duque quien presenció las acusaciones del bravo Golfieri.

—Tú me robaste a mi esposa malnacido, devuélvela antes de que te corte en pedazos, si lo haces perdonaré tu vida, pero si la escondes...

—Yo no robé a tu esposa Enrico, siempre he sido leal a tu casa deberías ser más cuidadoso al hacer acusaciones. ¿Acaso tienes pruebas de lo que dices? Yo que tú buscaría en tu propio clan, tus primos no dejan de codiciar a tu bella esposa, o tal vez tu hermano Fulco... Todos quieren tu lugar y una bella dama como premio. Uno de ellos quiso matarte Enrico, pregúntale a tu primo Galeazzo si no espiaba a tu esposa cuando paseaba por los jardines en cada ocasión.

Enrico lo golpeó y Alaric se defendió y descargó su odio en ese malnacido largo tiempo contenido.

Lorenzo quedó muy disgustado por las palabras de Alaric, sus hijos y sobrinos se miraron avergonzados de semejante infamia.

El hermano del duque quiso detenerles y dijo que los enviaría a las mazmorras si no se calmaban.

—Busquen a donna Isabella, les ruego que lo hagan, no la encontrarán, pero alguien les dijo lo contrario sin ninguna prueba. Entrad y revisad cada rincón de mi castillo—exclamó el conde D'Alessi con gesto airado.

Los Golfieri se dividieron en grupo y junto a sus caballeros registraron cada palmo del castillo.

Enrico era el único capaz de encontrarla y siguió un camino distinto a sus familiares. Alguien le había avisado a ese felón y por eso llevó al hermano del duque, porque sabía que lo matarían sin piedad.

Pero encontraría a su esposa, maldición, lo haría. Solo debía dejarse llevar por su intuición...

Horas después debió rendirse y exhausto comprendió que Isabella no estaba en ese castillo. Pero estaba seguro de la culpabilidad de Alaric y así se lo dijo a su padre.

—¿Y dónde crees que la llevó?

—Tiene otras villas en Milán y en Toscana, padre. Iremos a Toscana, debió llevarla muy lejos.

Isabella supo que la llevaban a otro castillo y se estremeció. No hacía más que rogarle al caballero que la dejara ir, que Enrico lo mataría, que él la encontraría, pero él no la escuchó. No iba a dejarla ir y se lo dijo con mucha calma.

La joven tembló al comprender que estaba en un lugar lejano y extraño y que Enrico jamás la encontraría. Y durante los días que no vio a Alaric se preguntó si Enrico no lo habría matado.

No tardarían en saber la verdad, Enrico descubriría que había sido él quien la raptó y entonces...

Pensó en sus niños solos en el castillo, con sus niñeras preguntando por su madre. Vanozza los cuidaría. Y Enrico estaría furioso y desesperado buscándola, sufriendo como ella esa separación. Oh, lo extrañaba. Era un malvado, un Golfieri, pero ella lo amaba, siempre lo amaría y llevaba un hijo suyo en su vientre. No podía correr ni escapar, no podía siquiera intentarlo y

ese caballero no la dejaría ir porque él también la amaba con la misma intensidad que su esposo, con la misma vehemencia y lo más triste era que ella temía sucumbir a la suavidad de su voz y sus modales de caballero, y esas miradas.

La última noche en el castillo la había besado y todavía la perturbaba ese recuerdo.

—Debo llevarte de aquí bella dama, pero no temas, estarás segura.

Y siguiendo un impulso, luego de mirarla con intensidad la había besado. Ella se resistió, pero el asalto la había tomado por sorpresa y sus sentimientos eran confusos.

Aún en esos momentos sentía como se erizaba su piel por sus besos y caricias.

Rezó para apartar esos pensamientos, no podía tenerlos, era la esposa de Enrico y siempre lo sería, solo la muerte podría separarles y lo sabía y rezaba para que nada malo le ocurriera a su esposo.

Tampoco quería que mataran a Alaric, por eso no quiso delatarle y porque se sentía culpable por haberse sentido enamorada al comienzo, cuando nadie la amaba en el castillo negro. Una dulce y peligrosa tentación, eso había sido el conde D'Alessi.

Nunca esperó que cumpliera su promesa de llevarla del castillo negro, ella le había rogado que la dejara en paz, que amaba a su marido y eso debió herirlo y por eso había tramado esa venganza.

Sabía que Alaric planeaba seducirla, no al forzaría, pero no la dejaría en paz y ella al verse sola y desamparada, a su merced: sucumbiría a su hechizo... Pero no podía entregarse a él, Enrico nunca se lo perdonaría. Era una dama honesta, debía vencer las tentaciones, ignorar a Alaric y rezar para que su esposo la rescatara muy pronto. Él debía encontrarla, él siempre sabía dónde estaba...

Enrico regresó al castillo negro y se preparó para viajar a Toscana, pero había dejado espías suyos en la fortaleza de Alaric.

—Alguien debió avisarle padre, hay espías en nuestra tierra y debemos encontrarlos. Nadie debe saber que marcharemos a Toscana.

—Hijo mío, nuestros aliados escasean y nuestros amigos más leales nos traicionan a causa de una mujer. Desconozco a ese cretino, y solo puedo pensar que no tiene la sangre de su padre, sino que es un completo imbécil. Acusar así a nuestros parientes, a tus hermanos, quiere hundir nuestra confianza y que nos matemos entre nosotros. No creas una palabra de lo que dijo, ese caballero es peor que una harpía.

Enrico se había sentido molesto por las desagradables insinuaciones de D'Alessi, conocía bien a sus primos, y sabía que ninguno de ellos sería capaz de acercarse a su esposa como D'Alessi lo había hecho. Él tenía a Isabella y antes de marcharse le había hecho una advertencia:

—Mi esposa está encinta, si algo le ocurre, si llegáis a tocarla juro que te mataré D'Alessi.

Y su padre le había dicho luego:

—No podemos matarle, no hasta saber donde ocultó a tu esposa Enrico.

Al llegar al castillo su madre corrió a recibirles esperanzada.

—La tiene él madre, pero no está en su castillo, debió esconderla en la Toscana.

—Acusadle con el duque.

—No tenemos pruebas y ese malnacido lo negará hasta la final madre.

—¿Y no encontraron rastro de Isabella en el castillo?

Su hijo la miró con fijeza.

—Ella estuvo allí madre, lo sentí en una de las habitaciones, su perfume... Hubiera matado a ese malnacido madre, pero estaba el duque y ahora tampoco puedo hacer justicia hasta encontrar a Isabella.

—¿Entonces fue él? ¿Robó a tu esposa? ¿Pero por qué lo hizo?

—Madre, ¿eres tonta o qué? ¿Para qué la rapté yo la primera vez?

Vanozza se sonrojó incómoda. Ella nunca había sabido de ese asunto ni habría aprobado ese rapto jamás.

—Pero es demasiado gentil para forzarla, lo conozco, es un cobarde malnacido, tan delicado con las damas... Y solo conseguirá que le corte el cuello y es lo que haré en cuanto pueda madre.

Enrico no se sentía tan confiado, la rabia lo consumía, todo ese tiempo su enemigo había trabajado como una araña, en las sombras tejiendo sus intrigas a sus espaldas, conquistando a su esposa con gentilezas, robándole besos en los jardines...

Pero si ella cedía a su seducción, si ese hombre la tocaba ¡lo mataría!

Una semana después Alaric entró en su habitación y ella lo miró alerta y deslumbrada. Estaba tan guapo con las ropas de su casa y pensó: Enrico lo matará, no debo mirarle, no debo sentir la tentación de sus besos...

Él contempló a su cautiva con embeleso mientras la observaba con detenimiento.

—¿Se siente bien, bella dama? —quiso saber.

Ella asintió despacio.

—¿Por qué me trajo aquí en mitad de la noche caballero? ¿Piensa esconderme y mantenerme cautiva el resto de mi vida?

—Solo el tiempo necesario. Imagino que su esposo se rendirá, los Golfieri no pueden descuidar sus intrigas mucho tiempo ¿sabe? Tienen muchos enemigos que aprovecharán esta distracción para atacarles.

Mientras hablaba se acercó y tocó su cintura y ella dio un paso atrás asustada.

—No tema, no le haré daño bella dama, solo quería saber... Usted dijo estar encinta, ¿cuándo nacerá su hijo?

—En primavera signore. Por favor, le doy mi palabra que no diré nada...

—No la dejaré ir, olvídalo, no podrá convencerme bella dama. El traje para que sea mi amada, pero soy un hombre paciente, esperé mucho tiempo por este momento y no me importa esperar un poco más.

—Mi esposo me encontrará y si se entera que fue usted quien me raptó no tendrá piedad signore, entiéndalo, y si usted me arrastra al pecado con sus

malas artes yo no podré vivir con la culpa de haber deshonrado al hombre que amaba.

Esas palabras eran una cruel provocación y se acercó a ella despacio.

—¿Usted ama a Enrico Golfieri?

Isabella asintió en silencio y él supo que no mentía.

—¿Y si nunca vuelve a verlo seguiría amándolo bella dama?

—Eso no es verdad signore, él vendrá a buscarme, nunca se rendirá, porque me ama mucho más.

—Nunca la encontrará Isabella, tengo mis informantes ¿sabe? Todo este tiempo me han contado sus cuitas y riñas. Usted no puede perdonar al asesino de su familia, no lo ama, pero le teme, teme que la castigue por no amarlo como antes. Él no puede hacerle daño ahora, no puede tomarla contra su voluntad como hacía antes... Ese niño que lleva en su vientre no fue deseado.

—¡Oh, cállese! No tenía derecho a espiarme es usted un malvado Alaric, era amigo de mi esposo y su familia. Lamento no haberle dicho a mi esposo que me importunaba con sus atenciones, pero temí que lo matara.

—Temía que descubriera que fueron mis besos lo que la despertaron al amor donna Isabella. Podría besarla ahora hasta que dejara de resistirse y conseguiría mis propósitos, usted cedería a ellos.

—Jamás cederé a sus deseos signore.

—Sí lo hará, solo necesita tiempo y desprenderse del fantasma de su malvado raptor. Cuando comprenda que me ama y solo desea ser mi dama para siempre. Jamás la dejaré ir, no importa cuánto me ruegue bella dama o cuanto se resista a mis brazos...

Ella iba a echarse a llorar, pero algo la intrigaba.

—¿Usted no teme morir signore? ¿No teme a los Golfieri?

Él la miró con fijeza.

—No, no les temo es verdad, conozco muchos secretos suyos, no olvide que fuimos muy buenos amigos y aliados. Y también sé que ahora tienen más enemigos que antes, se vuelven poderosos y eso no agrada mucho a las casas

más cercanas al duque. Odiados y temidos, pero nunca serán respetados.

Cuando la habitación quedó vacía Isabella lloró, extrañaba a Enrico, a sus niños, se sentía tan sola y tan asustada. Empezaba a temer que nunca la encontraran, que muriera sola en esa celda luego de tener a su bebé. Su vientre crecía y también su tristeza, no quería una vida cautiva junto a ese caballero, no era su esposo, nunca lo sería y la llenaría de bastardos cuando se cansará de esperar la tomaría por la fuerza, o tal vez la doblegaría con amenazas.

La joven se durmió y soñó con Enrico, lo veía entrando en el castillo, buscándola por todas partes y de pronto alguien se lanzaba sobre él y lo atravesaba con su espada: Alaric.

Despertó gritando y una criada entró corriendo a la celda y luego lo hizo Alaric alertado al oír sus gritos.

—Calma querida, no hay nadie en la habitación—dijo.

Luego quiso saber qué había soñado, pero ella se negó a decirle.

Estaban a solas y tenía un vestido ligero que marcaba su abundante pecho y también ese bebé y sin poder evitarlo se acercó y la tomó entre sus brazos besándola con desesperación, movido por un deseo tan intenso que resultaba doloroso. Oh, cuánto resistiría sin tomar su cuerpo y disfrutar su calor y suavidad... Isabella lo empujó furiosa y corrió y abandonó la celda sin saber por dónde iba.

—Isabella, ven aquí—gritó Alaric.

Ella pensó que debía intentarlo, esconderse... No la tomaría, no se entregaría a él...

Alaric la encontró cuando entraba en una habitación y la dejó que se escondiera, le dio tiempo para hacerlo. Era como el juego del escondite, sonrió pensando que se divertiría un rato.

Esperó un rato y se acercó sigiloso. Sabía que estaba allí, en algún rincón y debía tener el talento de su esposo para encontrarla.

Aguzó su oído y percibió un sonido leve. Fue sencillo encontrarla, no necesitaba ser Enrico Golfieri.

Tomó un cirio encendido e iluminó la habitación y allí la vio, acurrucada llorando, asustada.

—No temas Isabella, no te haré daño, solo fue un beso. No serás mía hasta que desees serlo... —dijo acariciando su rostro.

Tan joven y tan hermosa, había sido una locura raptarla, pero sabía que al final tendría su premio.

Lentamente la llevó a su celda y le advirtió que no volviera a esconderse, que podía ser peligroso en su estado.

Enrico llegó a Toscana días después, y buscó la guarida escondida de su enemigo. Un castillo ruinoso y gris lo desanimó y pensó: no puede estar aquí, es un lugar espantoso, una trampa, una pista falsa...

Fulco se acercó y el resto aguardó impaciente sus órdenes.

—¿Creéis que ese tonto habría traído a mi esposa a este lugar horrible? —preguntó entonces.

—Está abandonado, no hay nadie. Solo ratas... D'Alessi no es tan próspero como parecen, ¿no creen?

Enrico no perdería tiempo en buscar en ese lugar sombrío y decidió registrar los otros castillos.

Semanas sin Isabella, sin poder encontrarla y su padre se impacientaba y enfurecía.

—Tal vez la haya matado para esconder su crimen hijo—dijo sombrío diez días después.

Estaban exhaustos y furiosos.

—No puedes pasarte la vida buscando a la cautiva, tú la atrapaste un día y cometiste la imprudencia de enamorarte de la Manfredi, pero ella nunca dejó de ser una de ellos. Tal vez no desee regresar contigo.

—Eso no es verdad, padre. Y seguiré buscándola, tengo un plan. Y no está muerta ¿entiendes? ¿Crees que habría arriesgado su cuello para matarla? Nunca le haría daño, conoces a ese traidor.

—O tal vez no lo conocemos en absoluto. Solo finge ser piadoso con las

damas, pero es un guerrero y un fiero contrincante. Querrá matarte hijo para quedarse con tu esposa, ¿no lo ves? Tu vida corre más peligro que antes y si decide matarte esperará paciente la ocasión. Tal vez fue él quien te envenenó. Habrías sencillo matarte y robarte a tu esposa. Debe sufrir locura amorosa, por eso es tan temerario y además tiene aliados poderosos y espías, no será tan sencillo darle su merecido.

—Maldición, debo recuperar a mi esposa padre y lo haré.

—¿Y si ella no quiere que la encuentres y se ha enamorado del gentil caballero D’Alessi?

Enrico palideció.

—Aún así es mi esposa y tiene un hijo mío en su vientre, regresará y no ofendas su honor, no está aquí para defenderse y ella siempre fue una buena esposa y lo sabes.

—Hijo, es una dama indefensa y está asustada, ¿crees que respetará su estado o que sea tu esposa? Es un hombre, aunque no tenga tu rudeza y fue para yacer a su lado que la raptó, debes aceptarlo.

—No la forzaré, lo conozco, solo esperará convencerla y eso no ocurrirá, ella sabe que la busco.

A pesar del tiempo y la desesperación que sentía a veces, Enrico nunca se rindió y siempre supo que la encontraría. Solo que temía que pasara el tiempo y la encontrara encinta de ese rufián. Afortunadamente ya estaba encinta, pues linda venganza sería tener que criar al bastardo de ese malnacido.

El tiempo pasaba y Alaric pensó que era tiempo de invitarla a su mesa y permitir que diera un paseo por los jardines. Esperaba que no cometiera la tontería de escapar, por si acaso se lo advirtió.

Su estado avanzaba y solo faltaban cuatro meses para la primavera.

Isabella dio un paseo por los jardines y la luz del sol tan intensa hizo que cerrara los ojos y se sintiera incapaz de abrirlos por un buen rato. Tanto tiempo encerrado que todo cuanto la rodeaba le pareció un paraíso. Una criada la acompañaba y guiaba sus pasos. La vista era magnífica, jardines hermosos,

árboles y flores por doquier como en su antiguo hogar y de pronto se detuvo y lloró y gritó su nombre con todas sus fuerzas. —¡Enrico, Enrico! —y su voz se escuchó a la distancia.

Y Alaric la oyó y se acercó furioso y la llevó de regreso a su celda tras ordenarle con voz fría que dejara de llorar.

—No me lleve de nuevo a la celda por favor, moriré en ese lugar, no puedo respirar bien—dijo ella.

Él se detuvo.

—Está bien, se quedará un momento, pero si vuelve a gritar regresará a su celda.

Ella lloró angustiada pensando que la belleza que le había otorgado el señor era un castigo más que una bendición, de haber sido como las Manfredi estaría junto a sus hermanas en el convento y no habría padecido el horrible rapto de Enrico, ni estaría a merced de ese caballero que había perdido el juicio por su causa.

Pero ya no lo amaba, tal vez nunca lo había amado, solo había sido una ilusión romántica: el amor era otra cosa y ella lo sabía. Solo el amor pudo unirle al hijo de su peor enemigo, a ese joven malvado y cruel, que la había raptado y tomado como un vándalo, que había temido, odiado y amado sin poder evitarlo. Y su mayor sufrimiento era pensar que ese caballero tan gentil y guapo tramaba apartarla de su marido para siempre y sabía que solo podría conseguirlo si lo mataba.

Alaric, ajeno a sus reflexiones la invitó a cenar esa tarde y la joven apareció con ricas ropas y el cabello dorado cubriendo su cuerpo como un manto de luz sin poder llevar su velo porque él no le permitía usarlo.

Sus ojos nerviosos observaron el rico salón y la mesa y miró a su alrededor nerviosa.

Sabía que tramaba algo, no había vivido encerrada en el castillo negro sin saber qué tanta amabilidad era solo para conseguir fines perversos.

Y no se equivocaba porque luego de probar la sopa y el vino sintió su

mirada llena de deseo en ella y se estremeció y no quiso probar un solo bocado.

—Debe alimentarse bella dama, debe pensar en el hijo de su amado Enrico que lleva en su vientre. ¿Usted lo extraña no es así? Se muere por regresar a sus brazos. Pero yo no soy un malvado ni la retendré como cree. Creí que usted correspondía a mi amor y lo mantenía reprimido, sofocado por temor a su esposo. Comprendo que sus sentimientos cambiaron.

Ella lo miró alerta.

—La dejaré ir, es lo que usted anhela ¿no es así? Lo haré, se lo prometo. Pero a cambio me dará una noche en mi lecho bella dama, solo una noche y la dejaré ir.

Isabella se incorporó furiosa.

—Jamás signore, yo hablé con usted hace tiempo, mis sentimientos por usted no cambiaron solo creo que se dejó llevar por la loca imaginación de los enamorados. En un momento quise huir a un convento, no a sus brazos. Y no haré trato con usted, ni me entregaré como una ramera a cambio de mi libertad.

—Siéntese Isabella por favor, no se altere.

—No me sentaré con usted.

—Sí lo hará, ¿o acaso prefiere quedarse encerrada en esa celda para siempre? Yo la devolveré al castillo negro mañana, pero antes debe darme lo que pedí y lo hará voluntariamente. La criada irá a buscarla en unas horas.

—No jamás iré a su habitación ni me someteré a usted conde D'Alessi.

—¿Acaso no confía en mi palabra? El tiempo pasa donna Isabella y no tema, nadie sabrá lo que pasó entre nosotros.

—Escuche signore, si hubiera sido sensato no me habría raptado y retenido como lo hizo, usted no actúa con sensatez y no me engaña, seguirá escondiéndome hasta el final y una noche en mi compañía no lo hará cambiar de idea, querrá tenerme de nuevo y conservarme aquí de rehén hasta que nazca mi hija, o hasta que muera. Y no me iré de este mundo con la pena de haber traicionado a mi esposo. He cometido pecados, usted me envolvió con sus

maneras tan agradables, y sabía que estaba triste y no era feliz. Pensó que podía conquistar mis favores y seducirme, usted planeó mi ruina sin comprender que esta locura será su fin. No puede siquiera pensar con claridad, ha perdido el juicio y retenerme aquí solo hará que lo odie, signore Alaric.

El conde la observó con fijeza.

—Usted no me odia, bella dama, es demasiado buena para odiar a nadie, ni siquiera puede odiar al rufián que la raptó y la convirtió en su esposa. Él quiso que lo ayudara los sabe ¿verdad? Planeó someterla y engendrarle un bastardo y devolverla a su casa. Y sin embargo usted lo ama. No puedo entender que ame a un hombre como ese, no lo creo en realidad. No me rechaza por su causa, me rechaza porque lo considera un pecado. De ser usted mi esposa no podría negarse a mis brazos y lo sabe.

—Pero usted no es mi esposo signore, y si le hace algo a mi esposo para conseguirlo jamás se lo perdonaré. No quiero que sea mi esposo, no quiero quedarme en este castillo, solo quiero regresar con mis hijos, y mi esposo, mi familia, es lo único que me queda en este mundo y usted me apartó de ellos y lo odio.

Sus palabras fueron una provocación para el caballero quien se acercó a ella furioso y la atrapó entrando en su boca con un beso ardiente y apasionado. Isabella se resistió, pero no pudo soltarse y se asustó al comprender sus intenciones.

El caballero la arrastró a su habitación y cerró la puerta con cerrojo.

Isabella lo empujó y corrió, pero no pudo abrir la celda y lo miró aterrada.

Alaric encendió cirios con mucha calma mientras observaba divertido el terror de su bella cautiva.

—Tal vez si dejo de ser tan amable y tan tonto, si la tomo como hizo su esposo tantas veces usted aprenda a amarme—dijo sin mirarla.

—Si me toca lo mataré D’Alessi. —chilló su cautiva furiosa.

No era la tímida doncella que se sonrojaba con sus miradas, y sostenía

algo en su mano para amenazarle y había en sus ojos una fiereza que le sorprendió.

—Tranquila doncella, no le haré daño, deje eso...—dijo Alaric acercándose a la joven despacio.

—No se acerque a mí signore, si lo hace le arrojaré esto y lo lamentará.

—Oh, la brava Manfredi, ya lo había dicho Enrico una vez, que usted lo había mordido cuando intentó besarla. Usted traicionó a su casa, a su sangre al enamorarse de su enemigo doncella, y sus padres deben estar blasfemando desde su tumba locos de rabia al verla suspirar por Enrico.

—Al diablo con eso, ellos me abandonaron, querían enviarme a un convento, nunca les importé nada signore. Me dejaron a merced de los Golfieri, no les debo lealtad alguna. Y si se atreve a tomarme juro que lo mataré signore D'Alessi, no tendré piedad de usted.

La joven estaba furiosa, pero por dentro temblaba y llamaba a Enrico para que la ayudara.

El caballero la observó con mucha calma y de pronto le arrebató y objeto y lo tiró al piso con la rapidez de un rayo y sostuvo sus manos para que no pudiera encontrar un objeto igualmente peligroso y en un ademán la arrastró a su cama y cayó sobre ella con inesperado apasionamiento.

—Tranquílcese doncella, no voy a lastimarla, se lo prometo. No llore, esta noche dormiré en mi cama y sentiré su piel y su perfume...—le susurró.

Isabella se encontró indefensa y atrapada en el peso de su cuerpo.

Él cubrió su boca con un beso y la joven no pudo evitar sus besos y caricias, estaba exhausta de tanto luchar, las fuerzas la abandonaban.

—Por favor signore. Por favor...—sollozó ella.

Alaric secó sus lágrimas y miró su rostro tan bello que tanto tiempo había cautivado su corazón.

—Tranquila hermosa, no te haré daño, lo prometo—dijo y la estrechó con fuerza sintiendo que se volvería loco si no la desnudaba esos momentos y le hacía el amor. Se había rendido, estaba exhausta, no lo detendría y lo sabía.

Pero no era así como había soñado ese momento, solo disfrutaba de haberla atrapado y de sentirla cerca dominando su genio Manfredi.

—Por favor, déjeme ir, no puede usted tomarme, lo odiaré si lo hace y nunca se lo perdonaré signore—dijo ella mirándole con fiereza.

Él miró sus labios y su pecho agitado, no la dejaría ir esa noche, no lo haría, dormiría en su lecho. Y siguiendo un impulso besó sus labios y luego le dijo al oído: —No lo haré bella dama, no soy un bárbaro, pero se quedará aquí y dormiré a mi lado como si fuera mi amante.

Isabella quiso marcharse, pero él la atrapó y la llevó de nuevo a la cama.

—No se irá, se quedará aquí y dormiré conmigo, obedézcame Manfredi o tal vez cambie de opinión, sabe que podría hacerlo, está usted demasiado débil para resistirse.

Ella sabía que tenía razón y se quedó donde estaba: agitada y llorando.

—Cálmese bella dama, ¿qué ocurre?

—No puedo respirar, este cuarto no tiene aire—dijo ella.

Asustado Alaric abrió la puerta y fue en busca de agua fresca.

Ella aceptó una copa y lo miró nerviosa y asustada. Había creído que lo haría, que no se detendría y no quería quedarse en esa habitación y estar a su merced.

Y como si leyera sus pensamientos fue en busca de una copa de vino, el mejor de su cosecha y se lo dio mientras acariciaba su cabello con suavidad.

—Tranquilícese, usted siempre supo que no lo haría ¿verdad?

Isabella bebió el vino y lo miró.

—Déjeme ir por favor, yo diré que usted no me hizo daño y pediré clemencia, tiene mi palabra.

—Descanse bella dama, mañana hablaremos de ese asunto.

La joven se tendió exhausta y se durmió poco después sin tener tiempo siquiera de atormentarse con lo que pudo haber ocurrido.

Despertó mareada y somnolienta sin saber donde estaba, hasta que descubrió que se encontraba entre sus brazos y se estremeció al recordar.

Lo apartó despacio y huyó, debía abandonar esa habitación cuanto antes y también ese castillo, pero ¿a dónde iría?

La puerta estaba cerrada con llave porque luego de quitar los cerrojos no abría y se desesperó. No quería estar allí cuando ese hombre despertara.

—Buenos días mi bella dama, ¿intenta usted abandonar la habitación? — dijo él.

Isabella lo miró asustada y permaneció inmóvil observando sus movimientos.

—Tranquila, no tema, no le haré daño, puede quedarse en mi habitación, es más cálida que la suya.

—No me quedaré aquí, signore—ella lo miró furiosa y asustada.

—Oh, sí lo hará señora Manfredi, me obedecerá y terminará aceptando que no tiene más salida ni refugio que mis brazos. Con el tiempo la doblegaré a usted y a ese genio vivo que aún conserva, su hijo nacerá y necesitará mi protección y ayuda...

Sus palabras la aterraron, no quería pensar que su hijo nacería en ese castillo, lejos de Enrico, sin la partera que conocía y ese médico que Enrico iba a llamar.

Pero todavía no la había vencido, resistiría hasta el fin.

—Nunca me entregaré a usted conde D'Alessi, no importa el tiempo que pase.

—No llore, piense en el niño de su amado esposo y en su futuro. Deje de enfrentarse conmigo porque eso no la ayudará, anoche pude tomarla y lo sabe, no lo hice por respeto a su estado, luego de que el bebé nazca nada me detendrá y será mejor que lo sepa. Y como no puedo tenerla como deseo deberá dormir a mi lado, entre mis brazos y así podré cuidarla hasta que su hijo nazca y sentir su deliciosa compañía. Se quedará aquí y si huye lo lamentaré.

Isabella lloró al comprender sus planes y al saber por qué no la había tomado. Su vientre había crecido y tal vez naciera antes de tiempo. Estaba

asustada, aterrada y tal vez Enrico nunca pudiera encontrarla y su vida fuera vivir con ese hombre, con su niño y con los que él le engendrara en el futuro sin tener derecho a ello.

—No llore mi bella dama, con el tiempo aprenderá a amarme, seré un buen esposo con usted, muy distinto al demonio Golfieri, se lo aseguro—dijo él acariciando su cabello con suavidad.

No, nunca iba a amarle, no lo haría y viviría triste el resto de su vida.

Sintió sus besos y caricias y se estremeció, no quería que la tocara, sabía que era peligroso que lo hiciera, pero estaba atrapada y dejó que la besara y tendiera en la cama despacio un momento antes de marcharse. Sintió que gemía y luchaba por hacerla suya, pero no se atrevió a hacerlo, no hasta que ella lo recibiera gustosa en sus brazos, sabía que no tardaría en sucumbir a sus besos...

Una criada entró más tarde a la celda con su desayuno, mientras que otra llegó después con el arcón repleto de sus vestidos.

Se dio un baño en la tina de madera con un frasquito de esencia de flores y se sumergió pensando que su situación era desesperada.

—Donna Isabella, su panza —dijo de pronto una criada.

Ella vio su vientre sin comprender.

—Ha crecido de golpe, ¿qué tiempo le falta para tener a su bebé? —insistió la joven.

—Tres meses o más, no lo sé...

—Nacerá antes, está muy grande.

—Tal vez sean dos—sugirió la otra criada.

La joven lloró pensando en su bebé.

—Quiero volver junto a mi esposo, por favor, ayúdenme, yo las compensaré y él también...—dijo mirando a una y a otra.

Las muchachas la ayudaron a secarse con una sábana y a vestirse sin decir palabra, hasta que una dijo.

—Lo lamento señora Isabella, pero no podemos ayudarla, no somos más

que simples criadas y de nada nos serviría su recompensa si nos cortan el pescuezo ¿sabe?

La joven dama se quitó uno de sus anillos que le diera su madre antes de ir a estudiar al convento y se lo dio.

—Mi esposo vendrá a buscarme y matará a todos quienes se crucen en su camino, no tendrá piedad, pero si me ayudáis y demostráis vuestra lealtad os compensará con generosidad. Entregad este anillo.

Las criadas se miraron aterradas, pero huyeron poco después sin haber aceptado ayudarla.

Isabella supo que ningún criado de Alaric la ayudaría, y fue a rezar hincada frente a su cama para pedir ayuda y protección al Altísimo.

Los sabuesos perseguían a su presa desde hacía meses sin poder encontrar dónde se escondía D'Alessi.

Enrico sabía que estaba cerca de su pista y un día recibió a un mensajero que decía saber dónde estaba la joven condesa Golfieri.

Ordenó que lo trajeran de inmediato.

Era un campesino de ropas raídas que trabajaba las tierras de Alaric en Toscana y que al parecer pasaba mucha hambre y esperaba recibir a cambio de su información trabajo en las tierras de su señoría y una choza donde guarecerse con su familia.

Enrico lo observó con fijeza, le habría entregado su alma de habérsela pedido, ¿pero sabría realmente donde estaba su esposa?

—Habla rufián, di lo que sabes y veré si recibes recompensa o una soberana paliza—le dijo.

El hombre dijo haber escuchado a una dama de dorada cabellera gritar Enrico, Enrico y que su señor volvió a encerrarla en una celda.

Que nadie sabía que allí hubiera una dama pues el castillo solía ser usado por su señor en muy raras ocasiones. Pero que quienes vieron a la dama dijeron que era muy bella y tenía el cabello dorado muy largo y parecía muy desdichada.

Enrico se estremeció al saber que sí era Isabella, y que ella lo había llamado, había gritado su nombre.

—¿Dónde está? ¿Qué le hizo ese malnacido?

El campesino se puso muy serio.

—La tiene encerrada en las habitaciones de arriba, en una celda, pero los criados dijeron que no le ha hecho ningún daño y que la joven esté encinta y muy asustada. No hace más que llorar y negarse a los brazos de su señor. El conde es muy respetuoso con las mujeres de su castillo, jamás ha tomado a ninguna de amante como hacen otros sin ninguna delicadeza, pero...

El joven Golfieri sintió que ardía de rabia.

—¿Dónde trabajas tú? ¡Decidme dónde está mi esposa maldita sea!

Y el campesino se lo dijo con detalles.

Se trataba de la guarida oculta del truhán, nadie sabía que tuviera un castillo en esa región y no era sencillo llegar allí, pero reunió a sus hombres y se dispuso a partir. Esta vez daría su merecido a ese demente desgraciado y salvaría a su esposa.

Ella lo había llamado, estaba triste, había gritado a su nombre, no lo había traicionado como había temido. Había sido un tonto, manipulado por sus miedos y la malicia de ese hombre.

Reunió a sus caballeros y partió con prisa a Toscana pensando qué muerte le daría al malnacido. Desesperado por encontrar a Isabella, sabría que no tendría piedad de ese hombre.

Días tardaron en llegar a la fortaleza escondida de ese truhán, cuya existencia todos desconocían. Iban armados y dispuestos a hacer rodar cabezas.

—Hijo, aguarda, podría ser una trampa —dijo su padre cuando estuvieron a escasas millas.

Enrico lo miró, estaba tan desesperado por encontrar a Isabella que no había pensado esa posibilidad.

—Debemos dividirnos, necesitarás escolta. Nuestro enemigo es poderoso,

tiene espías en todas partes, y puede estar esperándote Enrico, no seas necio, no te arriesgues.

—Si sabe que iremos la esconderá y ninguno de ustedes podrá encontrarla padre, solo yo.

—Te atraerá a ella y luego te matará como a un perro, hará que se abalancen sobre ti, es demasiado cobarde para hacerlo él. Escucha, ten calma, no debe verte. Tú irás por el otro extremo y aguardarás noticias nuestras.

Enrico se detuvo y miró a su padre.

—Toda mi vida te he servido con lealtad padre, pero si ahora muero quiero que des tu palabra que rescatarán a mi esposa de esa prisión y la regresarán al castillo negro y la cuidarán, y matarán a ese cretino sin piedad. No será suya sobre mi cadáver, es parte de tu familia padre, tiene a mi hijo en su vientre y tú la cuidarás como si fuera tu hija y no permitirás que nadie ose acercarse a ella.

—Lo prometo hijo, pero no temas, no te matará, vivirás y un día ocuparás mi lugar, eres el futuro de nuestra casa Enrico, nada mal o puede pasarte. Daría mi vida por ti hijo—dijo su padre emocionado.

—Escucharon ustedes hermanos y primos, tal vez sea una trampa y ese cretino me mate hoy, pero cuidarán a mi esposa y velarán por ella hasta el fin —gritó Enrico para que todos lo escucharan.

Fulco se acercó y su primo siguió su ejemplo y le dijeron:

—Lo prometemos Enrico, pero no morirás hermano y sabes que daremos con gusto nuestras vidas por ti.

—Además no olvides que eres demasiado malo para morirte ahora.

Enrico sonrió, pero reiteró su pedido y todos prometieron con solemnidad que así se haría.

Luego se dispersaron y entraron con sigilo a la fortaleza.

Isabella estaba nerviosa, había tenido sueños inquietantes y tenía un extraño presentimiento.

Odiaba dormir en la misma cama que su raptor, abrazada a él, y

soportando sus besos... Hacía tres días que la había encerrado en sus aposentos y no le permitía salir. Y en las noches, cada vez que entraba ella temblaba y se preguntaba si volvería a intentarlo, si cumpliría su promesa de no tocarla hasta que naciera su bebé. No confiaba en él. No era el mismo caballero gentil que se había acercado a ella la primera vez, había cambiado.

Rezó para alejar la tristeza y esa angustia que la envolvía y de pronto vio a Enrico, vio su mirada fiera y pensó, cuánto lo echo de menos, cuánto lo amo a la distancia y sabiendo que tal vez nunca más vuelva a verle. Entonces lloró y sintió que su bebé pateaba en respuesta, y pensó en ese ser inocente que a través de su vientre la consolaba diciéndole que debía resistir.

“Isabella, ¿dónde estás? ¡Isabella!” Dijo una voz y ella se sobresaltó. Se había dormido y no sabía de donde se escuchaba esa voz.

Luego oyó los gritos y la puerta de la celda se abrió lentamente y apareció Alaric con torvo semblante.

—Han venido a buscarte bella dama, tu amado marido ha cortado algunos pescuezos y espera poder tener el mío en sus manos. Pero no te encontrará...

Esas palabras le dieron esperanza y comenzó a llamar a Enrico a gritos, pero Alaric la atrapó y cubrió su boca.

—Guarda silencio bella Isabella o lo lamentarás. Vendrás conmigo y si intentas algo te arrastraré al jergón más cercano y tendré aquello por lo que tanto he esperado.

Isabella se calmó, había aprendido a temer a su raptor, sabía que estaba asustado y desesperado y no solo abusaría de ella, sino que la lastimaría.

La arrastró por los corredores hasta llegar al pasadizo secreto, un lugar que solo conocían él y tres de sus caballeros y su mayordomo. Jamás la encontrarían allí y sonrió con satisfacción.

Dejó a la bella joven que lloraba sobre un jergón y pensó en saciar su deseo por si acaso se la arrebataban y de pronto se acercó y la besó atrapándola entre sus brazos.

Isabella gritó, pidió ayuda.

—Nadie te escuchará hermosa, y nadie podrá encontrarte aquí, por eso escogí esta fortaleza—dijo él y abrió su escote y besó sus pechos con desesperación y deleite. Pero cuando rasgó su vestido ella lo mordió en el cuello y lo golpeó con sus puños como una fiera mientras gritaba fuera de sí. Luego corrió por la habitación desesperada buscando un objeto con qué defenderse y encontró un jarrón y buscó a su raptor.

—Deja eso doncella, sabes que no tienes escapatoria, nadie te encontrará aquí y si me matas o lastimas, ¿quién podrá rescatarte? Solo yo sé cómo salir de aquí.

—Enrico lo encontrará y lo matará como a un perro signore, pero si da un paso más se lo arrojaré al rostro o a su cabeza y no podrá esquivarlo.

Sin hacer caso a sus amenazas dio un paso hacia la brava doncella.

—No creo que pueda usted hacerlo bella dama, lo más seguro será que le quite ese objeto y luego la someta a mis deseos como debía hacerlo hace mucho tiempo. Pero no tema, no creo que sea peor para usted que yacer con ese vándalo.

Pero Isabella estaba acorralada, era su única arma para defenderse de su enemigo y la usaría, aunque pudiera errar y quedar a merced de su enemigo.

El conde D'Alessi avanzaba lentamente encendido de deseo por la bella cautiva, pero listo para esquivar el golpe que intentaría darle. Tal vez no lo haría...

—Si da un paso más lo lastimaré signore, juro que lo haré.

El jarrón era pesado, de arcilla si caía en su cabeza sería como de piedra, Alaric midió la distancia y se detuvo.

—Deje ese jarrón señora, sabe que no tiene chance de escapar, nunca la encontrarán y cuando esté exhausta y deje ese jarrón la haré mía y no podrá impedirlo.

Isabella sabía que tenía razón debía arrojárselo, pero temía errarle y luego todo hubiera sido en vano. Mejor sería hacerle esperar...

Enrico estaba furioso, su esposa no estaba por ningún lado y los sirvientes

huían chillando como ratas asustadas sin querer decir dónde estaba la dama raptada.

Habían registrado todo el castillo y sus mazmorras y no hallaron rastro de la joven.

Habló con su padre y hermanos y sin perder tiempo atrapó a una asustada criada que gritó como si viera al diablo.

—No me haga daño señor, por favor.

—¿Dónde tiene a mi esposa, es mi esposa sabe? Y haré pedazos a su señor y no dejaré ser viviente en este castillo si no aparece.

—Yo no sé, ella estaba en la habitación de arriba.

—Lléveme a esa celda ahora.

La criada le enseñó la celda vacía y él sintió el perfume de Isabella y registró la habitación hasta hartarse.

Y mientras estaba allí escuchó un sollozo ahogado muy leve y se estremeció. Era ella, estaba seguro. Pero dónde estaba... No había más habitaciones en ese piso.

De pronto pensó en una habitación tapiada, escondida, debía haber en ese castillo maldito una torre por la que se llegaba con un resorte secreto.

Interrogó a la criada diciendo que la mataría o la entregaría a sus hermanos para que se divirtieran un rato con ella si no le decía como llegar a la torre secreta de ese castillo.

—Y no mienta, acabo de escuchar a mi esposa sollozar a través de la pared.

—Signore, yo no conozco el camino secreto se lo juro, debe creerme.

—¿Es sirvienta de este castillo y no sabe cómo llegar allí?

—El conde D'Alessi jamás permite que limpiemos ni entremos a ese lugar, pero el mayordomo si sabe.

—Búsquelo inmediatamente. Si mi esposa muere no quedará un solo ser con vida en este castillo.

La criada fue en busca del mayordomo y Enrico la siguió.

Tardaron en dar con él, el anciano se había escondido asustado en las cocinas.

Corrió escoltado por sus primos, y uno de ellos quiso adelantarse.

—Ten cuidado Enrico, podría ser una trampa, hay demasiado silencio aquí.

—Al diablo Firpo, quiero encontrar a mi esposa, enloqueceré si ese malnacido le ha hecho daño.

Al llegar a la torre se dividieron para buscar armados con espadas y puñales, pero fue Enrico quien la encontró tendida en un jergón llorando. Estaba viva, pero su vestido estaba roto y había sangre en sus manos.

—Isabella, hermosa—dijo y pensó que le partía el corazón verla en ese estado, sufriendo, llorando, prisionera en esa horrible torre.

Ella se incorporó aterrada y lo miró.

—¿Enrico, eres tú? —dijo ella sin poder creerlo.

Él corrió a abrazarla y besarla, y su pobre esposa no dejaba de llorar y él habría llorado, pero había aprendido a frenar las lágrimas desde niño cuando lo armaron caballero y en vez de dolor sintió rabia y quiso buscar a ese malnacido.

—Isabella, tranquila, estás a salvo, deja de llorar, te llevaré al castillo y nunca más me apartaré de ti hermosa—dijo estrechándola con fuerza.

—Buscaré a ese malnacido, no puede estar muy lejos, debió esconderse, así como un cobarde.

—Déjalo Enrico, ha huido, él... —Isabella no pudo continuar y Enrico se enfureció al enterarse de que había intentado atacar a su esposa y ella se defendió arrojándole un jarrón de arcilla.

—Cayó y se desmayó y pensé que lo había matado y no me atreví a mirar hasta que oí su voz. Dijo que un día te mataría y vendría por mí Enrico.

—Cálmate Isabella, fuiste muy valiente hermosa, una verdadera dama Golfieri. Pero yo lo mataré primero esposa mía, lo haré y jamás podrá cumplir su inmunda promesa.

—Enrico, no puedo irme así, mi vestido...

Él acarició su mejilla y le dio su capa para que se cubriera y mientras lo hacía notó como había crecido su vientre. Meses sin su esposa y solo deseaba llevarla a su castillo y abrazarla y llenarla de besos y caricias.

—Enrico, tuve tanto miedo de no verte nunca más... Pensé que moriría en esa celda, prefería morir a vivir deshonrada.

—Hermosa, yo te prefiero viva, no digas eso, nunca dejaría de buscarte y no me importaba el tiempo que pasara, sabía que te encontraría.

Emprendieron el regreso y la joven se durmió y Enrico se deleitó sintiendo su cuerpo junto al suyo, y el suave aroma de su cabello. Estaba viva, la había encontrado...

Pero Isabella tardó en recuperarse y durante días lloró y tuvo pesadillas y se despertaba pensando que estaba encerrada en ese castillo.

Ver a sus niños le daba paz, y también estar en brazos de su esposo, pero él no pudo acercarse a ella en la intimidad, aunque deseara hacerlo, no se atrevía.

Y cuando despertaba llorando él la abrazaba y besaba y la calmaba con palabras suaves, besando su cabeza. Pero el miedo se había instalado en su corazón y sintió que nunca podría recuperar la paz que había perdido.

—Tranquila Isabella, encontraremos a ese maldito y recibirá su merecido, no descansaré hasta hacer justicia—le dijo Enrico una mañana cuando despertó gritando.

Ella lo miró y él no pudo evitar besarla y desear que fuera suya, pero debía ser paciente, nunca más volvería a tomarla como lo hizo aquella noche.

—Pensé que nunca volvería a verte, dijo que te mataría Enrico y creo que él...

—Alaric fue quien intentó envenenarme aquella noche hermosa, y quien escribió las cartas que recibiste. No tengo dudas de que lo hizo fingiendo ser un pariente de los Manfredi. Mi hermana calló, todos callaron por temor, y sé que tú lo hiciste por temor... pero si alguien intenta besarte en el futuro o te

importuna con miradas o palabras, te ruego que me lo digas, que no te lo calles. Ese hombre fue amigo mío y de mi familia, largo tiempo estuvo en este castillo y pudo hacerte mucho daño, pudo matarme y dejarte encerrada en ese castillo. No fue tu culpa Isabella, no estoy enojado contigo solo te pido que no vuelvas a callar por miedo. Siempre tendremos enemigos, y habrá hombres que se sientan tentados por tu belleza.

—Mi belleza fue un castigo Enrico, todos decían que era afortunada por haber nacido hermosa pero mis hermanas viven tranquilas en su convento y ningún hombre querría hacerle daño.

Enrico sonrió tentado.

—Ni tocarlas siquiera. Escucha Manfredi, te amé por hermosa y olvidé que eras la hija del enemigo por esa causa, y quiero que sepas que fuiste muy valiente al enfrentarte a ese hombre. Porque tras esos modales tan refinados de su estada en Francia supongo, se esconde un hombre cruel y despiadado. Pero yo te quería viva Isabella, no como una mártir, y si él te hubiera deshonrado, jamás pienses en quitarte la vida Isabella, la vida es lo que cuenta. Cuantos descansan en sus lápidas arrepentidos de haber tomado lo único bueno de este mundo: estar vivos. Qué importa el paraíso, el infierno, lo que importa es estar vivos, hermosa. Y si crees que habría preferido verte muerta a deshonrada te equivocas, te quería viva hermosa.

—Enrico... Yo creo que nunca podré ser la misma, no puedo siquiera abandonar el castillo ni ir a ningún lado sin que me asalte un temor espantoso. Y no me siento valiente sino cobarde, atormentada... Y cada vez que debas irte yo...

—No me iré hermosa, me quedaré contigo. He corrido un gran riesgo todo este tiempo sin saberlo, y hemos ganado un peligroso enemigo, pero no descansaré hasta encontrarlo. Creo que huyó al extranjero, tal vez a Francia. Tiene amigos y parientes en ese país. Lo hemos denunciado con el duque y no podrá escapar de recibir su merecido si regresa a Milán.

Isabella lloró.

—Debí matarlo cuando lo vi en el suelo, pero no tuve valor, tuve miedo de condenar mi alma al infierno si lo hacía—dijo entonces. Y ella revivió ese momento cuando ese hombre la tenía a su merced, besando su cuerpo y llenándolo de caricias y ella lo había mordido y pateado y luego tomó un jarrón amenazante.

Enrico besó sus manos.

—Bravo Isabella Manfredi, tuve suerte de que no me mataras nuestra noche de bodas—dijo.

La joven rió mientras secaba sus lágrimas.

—No te atormentes hermosa, si lo hubieras matado su fantasma regresaría a ti para atormentarte y no habría Cristo que fuera capaz de expulsar ese nefasto espectro.

—Enrico, perdóname por haber callado, jamás creí que ese hombre fuera capaz de tanta maldad. ¿Por qué escribió esas horribles cartas?

—Para que me odieras hermosa, y durante un buen tiempo reñimos y sé que te lastimé y no debí... Temía perderte Isabella. Yo no quería que supieras lo de tu familia, no de esa forma y ... Quiso separarnos, que dejaras de amarme...

—Yo siempre te amé Enrico y cuando ese hombre me raptó y pensé que no te vería más supe cuanto te amaba. A pesar de nuestras peleas, yo te amo Enrico, y siempre te amaré.

Él la abrazó y besó con ardor.

—Hermosa, tuve tanto miedo de perderte, de que ese hombre te hubiera conquistado... Pudo triunfar en su maldad, te llevó a una propiedad que nadie sabía que era suya en Toscana, y en esa torre escondida... Pero no lo consiguió y lo encontraré Isabella, y llegará el día que pagará por todo el daño que nos hizo.

Isabella se refugió en sus brazos y él la besó y la llevó a la cama despacio.

—Tómame Enrico, quiero saber que soy tuya de nuevo y nunca me dejarás ir—le susurró ella al oído.

Él se detuvo y la miró con intensidad.

—Isabella, nunca más volveré a ser rudo contigo ni te obligaré...
Perdóname hermosa.

—Enrico, tómame por favor, quiero volver a ser tu esposa, extrañé tanto tus besos y yacer entre tus brazos.

Enrico no pudo resistir sus palabras y la besó mientras la desnudaba despacio. Ella lo abrazó y sintió el aroma de su piel y suspiró al sentir sus caricias y gimió cuando entró en ella con fuerza. Y sabía que al hacer el amor aparecía ese horrible fantasma y lloraría, porque él estaría allí, luchando por poseerla, besando su cuerpo y suspirando extasiado diciendo cuánto la amaba... Pero debía alejar ese desdichado fantasma y recomenzar, era Enrico no era Alaric. Y se emocionó al comprender que había sobrevivido y estaba de regreso, en los brazos del hombre que amaba y amaría siempre, no importaba las pruebas que le deparara el futuro.

—Te amo hermosa, te amo tanto...—le susurró Enrico al oído cuando el momento de éxtasis pasó.

Y observó su cuerpo y notó su panza redonda que había crecido de prisa esos meses y la besó sintiendo como el bebé lo pateaba molesto.

—Está allí, pateó—dijo sonriendo—Será otro varón, ya verás...

Isabella sonrió y se durmió poco después.

Enrico pasaba mucho tiempo con Isabella y por primera vez sus parientes no se burlaron ni intentaron apartarlo de su lado. Sabían cuánto había sufrido esos meses y dejaron de ser tan belicosos por un tiempo...

Alaric continuaba desaparecido y sospechaban había hecho un viaje a Francia. Debió huir esa noche por un atajo en sus propiedades, pero no perdían la esperanza de encontrarle un día y darle su merecido. Enrico esperaba ese momento con ansiedad.

Isabella no había perdido el miedo y pensó que no volvería a dormir tranquila hasta que ese hombre hubiera muerto. Enrico era su escudo y en sus brazos siempre se sentía segura, habían dejado de ser enemigos ahora se

amaban sin reservas, cada día, cada instante que estaban juntos.

Una noche luego de hacer el amor él la retuvo entre sus brazos y le dijo:

—Hermosa, el día que te encontré pedí a mi familia que, si algo me ocurría ese día y mis ojos no volvían a ver la luz del sol, velarían por ti y harían justicia. Y quiero que sepas que si un día muero Isabella te quedarás en este castillo y ese malnacido no te llevará ni ningún hombre osará acercarse a ti.

Ella lloró sin poder evitarlo.

—Oh Enrico, no hables de tu muerte, no querré vivir si algo te pasara.

—Debes hacerlo Isabella, nuestros hijos te necesitan, debes velar por ellos son el futuro de nuestra casa.

—Tú eres su futuro Enrico, nada malo te pasará, no hables de ello por favor te amo tanto que no podría soportar una vida sin ti.

—Tranquila, si algo me ocurre regresaré a cuidarte como un fantasma.

—Oh deja de decir esas cosas me haces daño Enrico.

Él la miró con fijeza y al verla tan desdichada secó sus lágrimas y la besó mientras le decía:

—Perdóname hermosa, no quise hacerte llorar... Solo quiero vivir para amarte y cuidar de ti...

Isabella se entregó a sus brazos con ardor y se estremeció de placer cuando entró en ella de nuevo, pero no podía dejar de llorar pensando que un día podía perderlo y Enrico no volvió a decir esas palabras que tanto la habían angustiada.

Una mañana Isabella despertó sintiéndose mal, los dolores habían comenzado. Enrico se asustó y pidió a los sirvientes que fueran por el doctor a la ciudad. El parto se había adelantado y eso no era bueno. Vanozza fue por la partera al enterarse y todo el castillo se convulsionó con ese parto prematuro.

Temían que no viviera, los niños que nacían antes de tiempo jamás lo hacían, pero no había quien pudiera detener a ese bebé que pujaba por salir, aunque la partera quisiera frenar su nacimiento, supo que era inevitable.

Isabella mordía un trozo de almohada para soportar el dolor y durante horas pujó hasta quedar exhausta.

—Debe nacer—dijo una vieja sirvienta.

—Morirá si lo hace, no es tiempo—dijo la partera.

—Salve a Isabella, el amo la matará a usted si algo le ocurre a su esposa—respondió una gruesa criada.

La partera sabía que debía ayudar al bebé, aunque luego... Pero su cabeza no asomaba y pensó que tal vez no estaba maduro para nacer.

—Señora respire, cálmese... El doctor vendrá en un momento y él la ayudará, ahora debe ayudar a su bebé, puje...

Lo intentó, con el rostro empapado de los nervios y el esfuerzo la comadrona intentó salvar al bebé y a la madre con los conocimientos que tenía sobre alumbramientos y que le diera el doctor en aquella ocasión.

Enrico estaba nervioso porque no escuchaba llorar al bebé ni tampoco a Isabella y sin contenerse entró en la habitación furioso y asustado, temiendo que ocurriera lo peor.

Isabella lo vio entrar y sonrió y aunque las criadas le dijeron que se fuera él se acercó y besó la frente de su esposa y acarició su dorada cabellera.

—¿Qué ocurre, partera? ¿Por qué no nace mi hijo? Mi esposa está pálida y cansada—bramó mirando a la vieja nana con mirada asesina.

—No está preparado para nacer señor, no es tiempo, está alto—dijo la partera llorando.

Enrico se estremeció.

—¿Y no puede hacer nada para ayudar a mi hijo?

—Enrico ten paciencia, reza por favor—dijo su esposa tomando su mano.

Sus palabras lo alarmaron y besó sus manos y se hincó a su lado rezando la oración que su madre le había enseñado desde niño.

De pronto se escucharon golpes en la puerta, el doctor había llegado y verle fue un gran alivio.

Al ver a Enrico hincado al lado de su esposa el médico pensó que algo no

iba bien. La partera le explicó lo ocurrido y el médico lavó sus manos con agua hirviendo y no tuvo tiempo de decirle al caballero que debía marcharse. Tocó el vientre y sintió las patadas del bebé, estaba vivo... Qué alivio. Pero la partera no se equivocaba, la cabeza no había llegado a donde debía estar.

—Señora cuando sienta dolores puje, puje con todas sus fuerzas—dijo.

Isabella obedeció.

—Más fuerte, cada vez más fuerte, concéntrese el bebé quiere nacer debe ayudarlo. La bolsa se ha roto no puede esperar mucho más...

Ella pujó y rezó, pidió que ese bebé naciera sano y fuera un varón como quería Enrico.

De pronto el bebé abandonó su vientre y ella lo vio era tan pequeñito y su cabello rubio como el de Antonino. El médico lo sostuvo con delicadeza y lo cubrió con su manta mientras lo hacía llorar.

Enrico observó la escena atónita, era la primera vez que presenciaba el nacimiento de un hijo suyo y lo vio tan pequeñito...

—Felicitaciones padre, su esposa le ha dado una hermosa niña—dijo el doctor.

Isabella lloró emocionada y quiso tenerla en brazos. Una niña, tan pequeñita y no dejaba de llorar...

Enrico se acercó curioso y vio espantado que su pequeña hija era igual a su madre, aun con su carita minúscula se notaba el parecido.

La partera miró al médico admirada y asustada a la vez y le preguntó en privado si la niña viviría.

—Por supuesto, está perfectamente. Es más pequeña porque se parece a su madre, pero es muy sana, crecerá con el tiempo...

Isabella miró a Enrico demasiado emocionada para poder hablar. Su hija, una hermosa niña que buscaba con desesperación algo para alimentarse.

—Debemos pensar un nombre, no esperábamos una niña—dijo poco después.

Cuando Enrico la tuvo en brazos pensó que esa niña sería hermosa como

su madre y la encerraría en una torre cuando llegara a la edad casadera y que ahora no solo debía cuidar a su esposa sino también a su hija. Tenía un olorcito especial y parecía querer decirle unas palabras...

—La llamaremos Elina como mi abuela, fue una dama muy fuerte ¿sabes?
Isabella se puso seria.

—Tú querías un varón Enrico...

—Es verdad, pero ella es hermosa Isabella, y se parece tanto a ti que temo que me dará muchos dolores de cabeza en el futuro. Es tan pequeñita, mira sus manitos... Y tiene hambre, cree que soy su madre mírala...

La boquita roja y minúscula de Elina buscaba desesperada algo para comer y lloraba de frustración al no encontrarlo en el pecho de su padre.

Enrico dijo a la partera que buscara una buena nodriza para alimentar a su pequeña niña.

Isabella extendió sus brazos para alimentarla no soportaba ver llorar a su bebé.

Su suegra entró poco después contenta de que fuera una niña, pero Enrico dijo sombrío:

—La encerraré con siete candados cuando cumpla los quince años madre y mataré a todo aquel que intente acercarse a ella—dijo.

—Enrico por favor, es solo una bebita—le respondió su madre.

—Pero crecerá y será tan hermosa y brava como una dama Golfieri, y con la belleza de su madre. ¿Creéis que podré dejarla que corra libremente por los jardines?

Elina lloriqueó al verse privada de su madre y miró con ceño fruncido a su padre mientras le hablaba con gesto solemne.

—Tú serás una hermosa doncella y aprenderás a defenderte de nuestros enemigos y de todo aquel que pretenda acercarte a ti mi niña.

Isabella protestó y Enrico rió cuando su hija empezó a gritar malhumorada porque tenía hambre y no quería saber nada de querellas ni de ser una guerrera sino comer, alimentarse, estaba hambrienta.

El pequeño Enrico se acercó a la cuna para ver a su hermana. No era más que una niña, pero sentía curiosidad y celos al ver a su padre alzándola en brazos y se acercó curioso, con expresión ceñuda.

Su cabello era rubio y sus ojos de un azul intenso. Estaba despierta y eso lo asustó porque no dejaba de mirarlo con curiosidad.

De pronto extendió su mano y quiso tocar esa nariz minúscula y ella se asustó y comenzó a gritar delatando su presencia en el cuarto.

Enrico vio a su hijo que era su viva imagen y lo apartó de la cuna tras darle unas nalgadas.

El niño lloró y corrió a buscar refugio en su madre, sabía que ella evitaba que su padre lo castigara cuando hacía algo mal.

Era muy veloz y no tardó en encontrarla, Isabella lo alzó en brazos riendo y al ver a su esposo que lo perseguía le dijo lo que ocurría.

—Déjalo Enrico, es un niño.

—Estaba trepado a la cuna de Elina tocando su nariz, no debe hacerlo, debe aprender a cuidar a su hermana—su marido estaba furioso, tenía debilidad por la niña y la mantenía tan vigilada como a su esposa como si temiera que Alaric pudiera robárselas.

Nadie sabía su paradero y tal vez estuviera muerto. Pero sospechaba que no, al enterarse de que sus propiedades habían sido vendidas tiempo atrás y nadie sabía donde había ido a parar el dinero de la venta. Sus familiares lo habían dado por muerto y vendieron las propiedades y ocuparon las que quedaron en el ducado. Y cuando fueron interrogados negaron saber dónde estaba Alaric y se aventuraron a decir que seguramente estaba muerto.

Enrico abrazó a su esposa y le dijo cuanto la amaba y la cuidaría siempre y le hizo prometer que si un día enviudaba permanecería casta en el castillo sin tomar esposo, cuidando a sus niños hasta que estos se hicieran adultos.

—No digas eso Enrico, no quiero pensar que un día no estarás junto a mí—le respondió Isabella.

Sin embargo, lo prometió mientras le hacía el amor esa noche con ardiente

entusiasmo sabiendo que siempre sería suya y que no quería pensar en el día que su esposo le faltara.

Era feliz, sus niños crecían sanos y la casa Golfieri era una de las más importantes del país. A veces recordaba el día en que había llegado al castillo negro, hacía años seis años atrás, había tenido tanto miedo y había sufrido tanto, pero ahora al fin sentía que pertenecía a esa familia y a ese esposo que había odiado y temido al mismo tiempo.

Alaric D'Alessi supo del nacimiento de la niña de Isabella y sonrió feliz. Una niña hermosa, igual a su madre, ¡qué pena no haber podido criarla como si fuera suya!

Pero ahora le aguardaba mucho qué hacer. Había llegado al castillo de su tío Lothaire D'Hacourt en Provenza y estaba a salvo de las intrigas de los Golfieri, pero tenía emisarios que lo mantenían informado de todo lo que ocurría en el castillo negro.

Recorrió el castillo inquieto, echaba de menos a Isabella y lamentaba no haberla tenido y todavía suspiraba al recordar su último encuentro en que la tuvo desnuda entre sus brazos y ella pareció rendirse a sus besos... Era tan hermosa y suave, tan deliciosa... Pero luchando por ese deseo feroz ella lloró y se resistió y huyó... Y lo golpeó con ese jarrón. Pudo matarlo, pero no lo hizo, era una dama tierna y además lo amaba.

Esperaría, no importa el tiempo que tardara en volver a sus brazos... Ahora debía permanecer escondido en Provenza, nadie sabía su verdadero nombre, solo su tío anciano: el conde Lothaire D'Hacourt. En el castillo todos creían que era un hijo perdido del conde que había regresado años después, nadie sabía por qué.

Alaric sabía que su pariente estaba enfermo y que odiaba a cierto sobrino y no quería dejarle la herencia porque dos veces había intentado matarle. Y esa noche lo llamó a su lecho para comunicarle su decisión.

—Alaric, eres un caballero noble y tienes sangre francesa en tus venas, lamento que mi hermana se casara con ese D'Alessi desafiando la voluntad de

nuestro padre. Y me ha alegrado descubrir que no eres uno de ellos sino un D'Hacourt, o como un caballero D'Hacourt debería ser—dijo con expresión cansada.

No era un hombre viejo, solo tenía cincuenta y cinco años, pero estaba exhausto y sufría una enfermedad al corazón que lo había dejado postrado los últimos meses. Sabía que su fin estaba cerca y quiso alertar a su sobrino.

—He hablado con un notario que está en el castillo, he hecho un testamento y te he reconocido como mi hijo Alaric. Y mudarás tu nombre, nadie sabrás que eres D'Alessi, serás Henri D'Hacourt y deberás tomar por esposa a una dama de noble cuna para tener buenos aliados y conservar tu castillo y estas tierras. He pensado en las hijas del barón de Vendôme, escoge a la que más te agrade. Son damas educadas y muy agradables.

Alaric asintió sin entusiasmo. Isabella debía ser su esposa, pero sabía que eso no sería posible por el momento.

—Me siento honrado de ser su heredero tío—declaró.

—Has servido a Francia y has demostrado ser un caballero D'Hacourt peleando junto a nuestro rey. Y sabes cuánto aborrezco a ese pervertido sobrino mío: Lucien. Un malnacido bastardo. Jamás le dejaré mi heredad.

Alaric lo sabía, era un joven depravado, bebedor y cruel villano y dos veces había intentado dar muerte a su tío sin haberlo conseguido. Decían que se había marchado al norte, pero nadie estaba seguro de su paradero.

—Cuando yo muera Lucien querrá arrebatarte la herencia sobrino, demostrará que tiene más derecho que tú a quedarse con este castillo y sus tierras de labranza. Querrá matarte, y tal vez tenga espías en esta fortaleza. Acércate hijo.

Alaric obedeció y escuchó las palabras susurradas por su tío: —Mátalo hijo, no tengas piedad de ese malnacido. Hazlo antes de que te mate él a ti.

—Así lo haré, tío—prometió Alaric.

Pero le llevó un buen tiempo encontrar al villano, sus caballeros lo buscaron durante meses y le dieron muerte en una mísera taberna de Paris,

hundieron un puñal en su garganta y huyeron sin dejar rastro.

Su tío murió meses después y Alaric desposó a la hija del barón de Vendôme: Clarise, una joven de cabello oscuro y ojos cafés muy alegre y vivaracha, viuda de su primer marido y con un hijo de tres años que criar.

La escogió por ser la más bella y porque intuía que sería una buena compañera de lecho. Había demostrado ser fértil, y le daría hijos.

Sus hermanas quedaron resentidas de no ser escogidas, pero Alaric no sintió emoción alguna el día de su boda. Solo cumplía una promesa hecha a su tío en el lecho de muerte. Una alianza con la familia Vendôme sería muy ventajosa para él y necesitaba una esposa para ostentar el nuevo título que tendría.

Y cuando llegó su noche de bodas tomó a la joven de castaña caballera, que no dejaba de reír mientras la acariciaba y pensó en Isabella, y durante años fue incapaz de espantar su fantasma. De olvidar las noches que había dormido abrazado a ella, su cuerpo hermoso y voluptuoso estremecido con sus besos...

La condesa D'Hacourt era muy feliz, tenía un esposo muy guapo y galante y apasionado y no tardó en enamorarse perdidamente de él. Quería a su hijo Philippe como si fuera suyo, y lo llevaba en su caballo a dar paseos y con los años lo convirtió en un aguerrido caballero.

Y Alaric fue feliz con su nueva familia y amigos, muy pronto hizo nuevos aliados, pero jamás pudo amar a Clarise, solo sentir un tibio cariño y gratitud por ser una esposa dulce y tranquila. Pero su corazón yacía cautivo en Milán, por la bella doncella de dorados cabellos y jamás perdería la esperanza de convertirla en su esposa un día y llevarla a Francia, donde sabía, jamás la encontrarían...

Pero antes debía matar a Enrico y no podía hacerlo sin delatar su presencia en Provenza, además tenía otros asuntos en qué pensar en esos momentos.

Sus espías lo mantenían al tanto de lo que ocurría en el castillo negro.

Alaric había hecho una promesa a Isabella Manfredi y tenía la certeza de que un día la cumpliría.